PERFUME

EMIR

EL QUE MAS PERSISTE
EL QUE MAS GUSTA
EL QUE MAS VISTE

Dana S.A.

DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 1 DE MAYO DE 1938

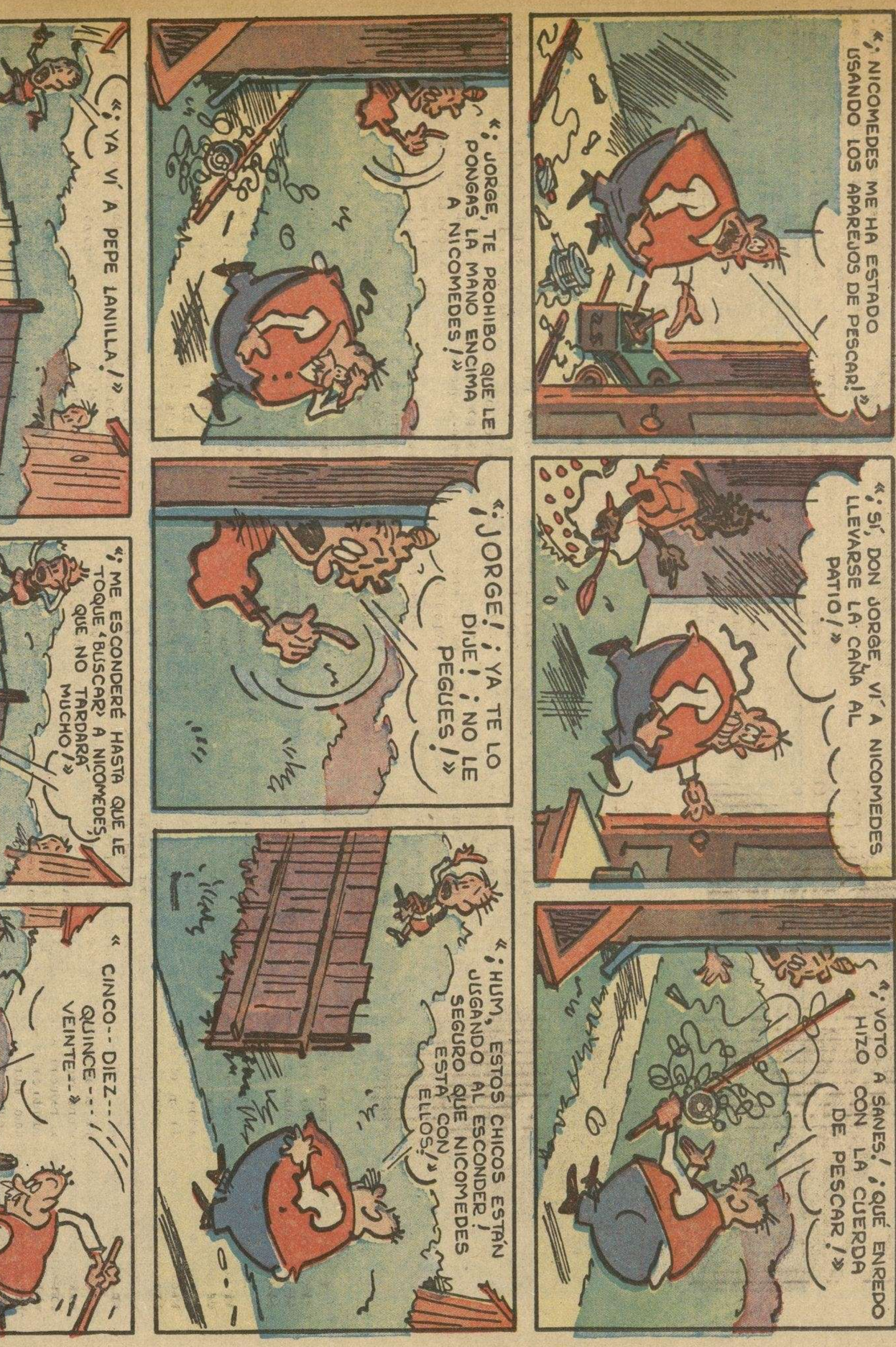
M.E.C.D. 2016

Loretta Young

En Este Número ★ Reportajes de Hollywood ★ Creaciones de la Moda ★ Historietas en Colores

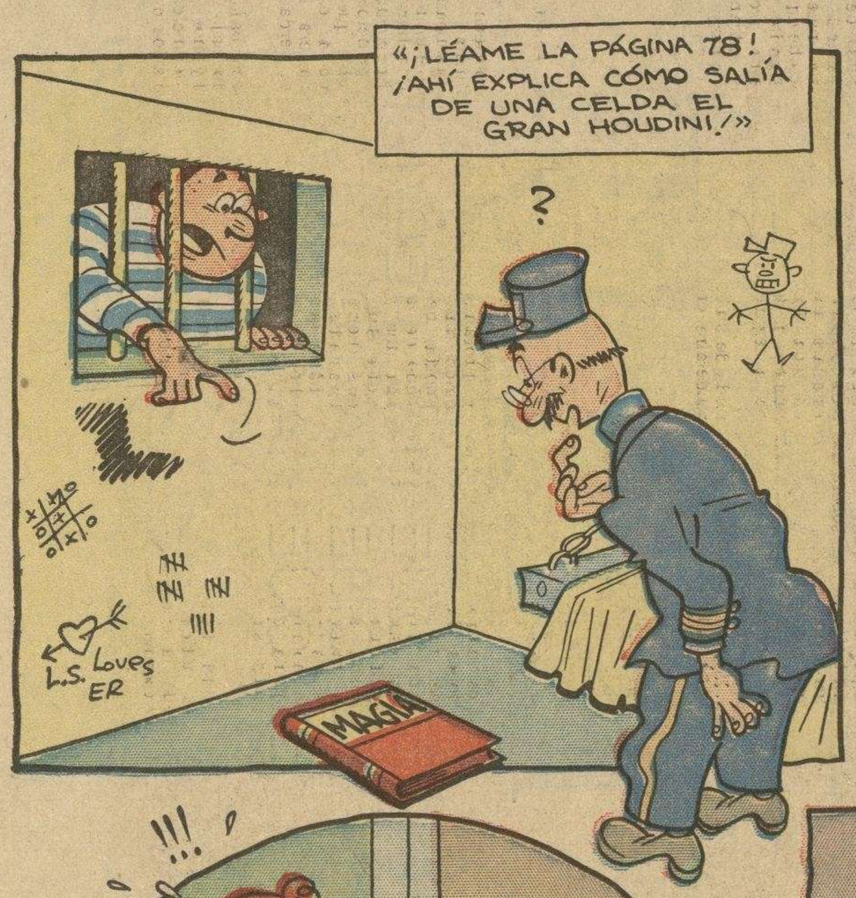
EL LOCAKIL
POR FONTAINE FOX

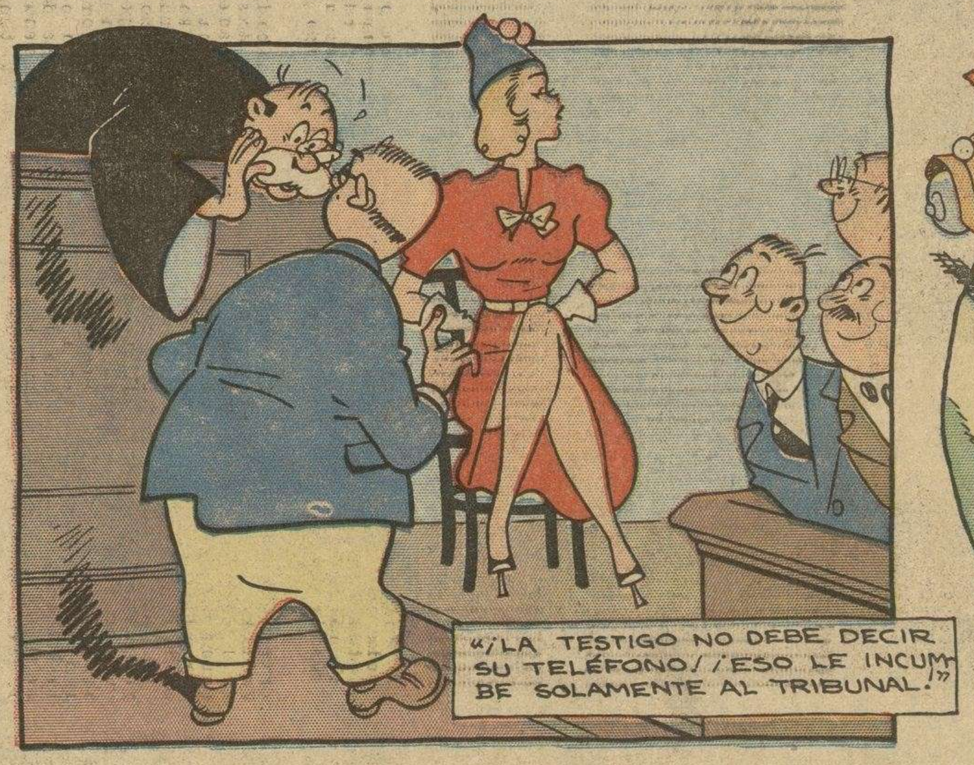
EL TERRIBLE NICOMEDES

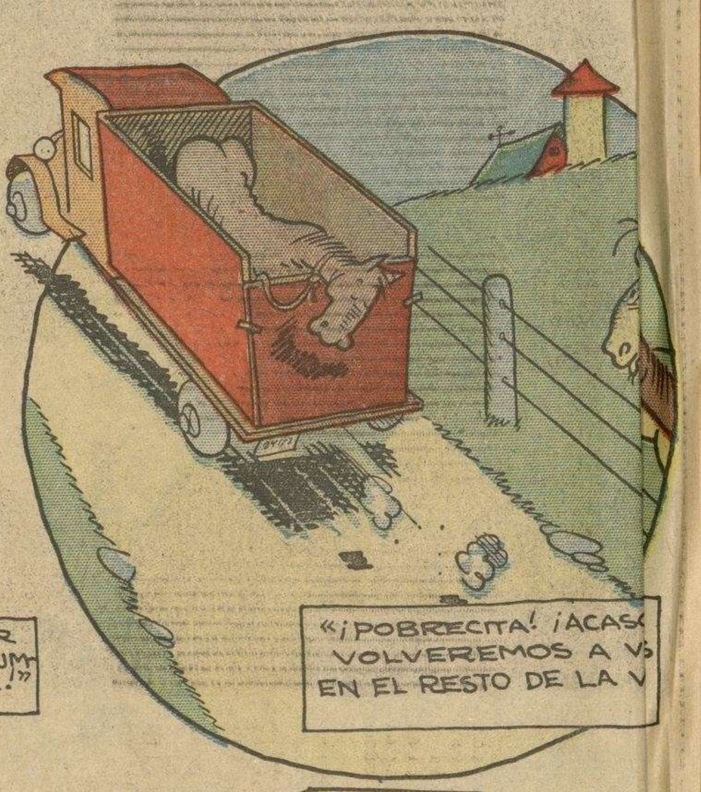


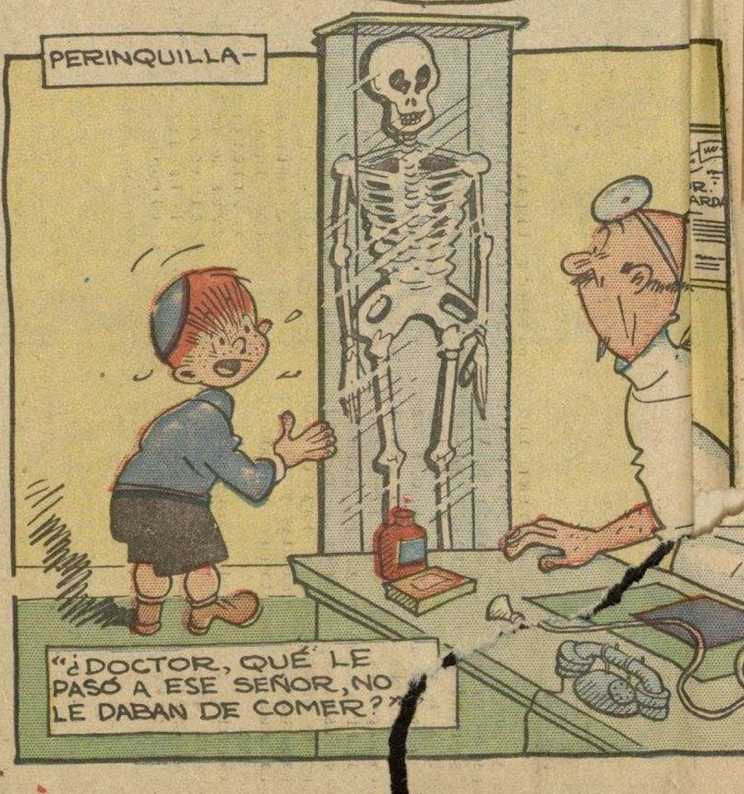
LA VIDA ES ASÍ...

por FRED NEHER









M.E.C.D. 2016

EL RAPTO DE GOYA

Por Carlos Deambrosis Martins

HACE unos años, la prensa cosmopolita habló del rapto de «La Gioconda», en el gran museo del Louvre. La opinión mundial se conmovió, se agitó; y hoy el genial Leonardo de Vinci sigue, en su galería del palacio parisiense, sonriendo enigmática y sugestivamente a la admiración universal, a través de su obra maestra. Una creación cinematográfica, con Willy Forts como protagonista, popularizó el incidente. Otros casos más concretos se han dado luego de sustracciones de obras de arte y han suscitado inmediatas y eficaces actuaciones reivindicatorias en todo el universo.

¿Ocurrirá lo mismo ahora ante el nuevo hurto que se denuncia?

Una agencia telegráfica suiza acaba de dar a conocer, ciertamente, un nuevo episodio de la devastación premeditada, organizada y presidida por Azaña, Negrín y Prieto, del tesoro artístico de la Madre Patria. El gobierno republicano de Barcelona acaba de enviar a Moscú una nueva colección de obras de arte español, escogidas como siempre entre las mejores, que son también, claro está, las de mayor valor en realización. En la lista de estos donativos que ha sido publicada por los periódicos de Soviecia, figura el álbum del gran pintor aragonés: la serie de dibujos inmortales conocidos por «Los horrores de la guerra», inspirados en la lucha contra la invasión napoleónica.

Gaetan Sanvoisin comenta este hecho abominable en el «Journal des Débats» de París, y recrimina por él a los «detentadores accidentales y desnaturalizados de un patrimonio cuya irradiación artística se destaca entre las más suntuosas del mundo». El colega encuentra simbólico este episodio. «El país que conoció la resistencia heroica de Zaragoza, de esa Agustina de Aragón que el arte de Goya perfiló precisamente con pasión épica, ha de ver cómo se mandan «al país donde se consumaron las desdichas de la Beresina, una serie conmemorativa de los episodios de la campaña de 1809».

Pero, para los españoles, para todo el mundo civilizado, el simbolismo es más trascendente que la citada coincidencia histórica. Goya, el extraordinario y alucinante evocador de la grandeza y la decadencia de España, el que cantó con sus pinceles, en dramáticas hipérboles, la defensa hispana contra la invasión, es hoy sacrificado por los sacrílegos vendedores de la independencia nacional a la estrella moscovita. Sus obras pasan a ser la prestación en especie pagada por los titulares de la traición española al zar rojo.

No sabemos si, a su paso por Barcelona, esas imágenes de Goya—expresión sublime de un heroico terror—habrán sido guardadas en el recinto de alguna de esas Checas «autónomas» donde tantos desdichados pierden la razón y la vida entre los tormentos asiáticos de los auténticos sicarios de la U. R. S. S.... Lo cierto es que en ese éxodo incalificable que se le ha impuesto, Goya llevará, en la vibración patética de sus obras, un sordo clamor de rebelión, más vivo, más sombrío si cabe, que el de sus mismas escenas de antaño.

Acaso sean los propios antros de la Lubianka quienes para mayor escarnio, acojan esas maravillas robadas a España, para excitar, en una contemplación sádica, sarcástica, los instintos profesionales de Jejow y de los funcionarios de la G. P. U. Acaso, las propias garras de Stalin profanen el santuario genuinamente español de esas visiones goyescas, para alimentar en el subconciente del déspota tártaro nuevas ambiciones de holocaustos sangrientos, del hecatombes universales. Acaso, esas entrañables figuras de Goya permanezcan fijadas, crucificadas, en las paredes y vitrinas de los museos soviéticos, en un supliciado cautiverio, que será exhibido hipócritamente a los ínfimos y cribados visitantes del «Intourist».

Los asesinos de Zinoviw, de Radek, se sonreirán ante la simplicidad directa y genial de las imágenes de Goya y sentirán el orgullo infrahumano de ese complicado y único procedimiento judicial bolchevique, mediante el cual ante los interrogatorios declarativos del Procurador Vychinsky, un Georges Piakatov —como en el «Iégor» de Charles Plisnier— se abruma a sí mismo con los más deshonrosos calificativos de la terminología acusatoria moscovita. (1).

No. Goya no pudo prever nunca, como pudo preverlo la nación española, que sus «horrores de la guerra» correrían tamaña suerte; es decir, que el gesto desalmado de los marxistas instalados en la Madre Patria, no sólo despojaría para siempre al país de su infancia inocente, de su patrimonio artístico secular, de su prestigio internacional, sino incluso de los atributos de su soberanía, para ofrecerlos y entregarlos —sin que estuviera antes una reacción solidaria en toda Europa —al enemigo público Número 1 de la civilización occidental y de la seguridad europea.

¡Goya, —«oh pesadilla henchida de imágenes ignotas», como dijo Baudelaire en las estrofas de «Les Phares», de la sección «Spleen et Ideal» de sus **Flores del mal**, donde se evocan, en una cuarteta de aquelarre, sus figuras de sabat», al lado de todos los genios de la pintura universal! ¡No era éste el destino de gloria que te reservaba España, que te otorgara el mundo! El monstruo bolchevique, que antes de dar su último coletazo en el Mediterráneo ha exigido tantos cientos de miles de vidas, tantos horrores, destrucciones y profanaciones sin precedente, ha exigido también tu sacrificio, ¡cantor inmortal del 2 de Mayo, psicólogo humanísimo de la raza española! Pero la «España una y pacificada» ya próxima, como dice Sanvoisin, sabrá rehacerse con más fuerza «a través de sus esplendores devastados», de sus tribulaciones colectivas, hasta que en nombre del arte, del derecho, de la misma dignidad internacional, se imponga su rescate.

..Paris, marzo, 1938

(1.) Comunican de Moscú —tomamos la noticia del «Journal de Geneve»—, que la reciente ejecución de Antonioff Avseenko, ex-cónsul general ruso en Barcelona, ha impresionado más la imaginación de los moscovitas que la matanza de muchos otros jefes bolcheviques. Al paso que Kameneff, Zinovieff y Piatakoff no eran más que organizadores, Antonoff Avseenko, que era también un notable organizador, había hecho al régimen servicios que se contaban entre los más importantes.

La toma de Kieff en 1918 y la organización del Gobierno comunista de Ukrania en Kharkoff, con lo que fué posible la conquista completa del país ukraniano, fueron precisamente su obra.

Su papel no fué tampoco menos importante en el curso de la guerra dirigida contra el General Denikine. Avseenko consiguió ser maestro en el arte de introducir bolcheviques disfrazados en las filas del Ejército blanco. Una vez terminada la guerra, promovido a agente soviético en el extranjero, trabajó en compañía de Manouisky entre los comunistas teutónicos. En esta forma tomó la dirección de numerosas tentativas comunistas en Alemania.

Su actuación como cónsul general en Barcelona está todavía en la mente de todos. Su título no era más que un tabique tras el cual podía ejercer y ejercía de hecho un control estricto sobre el Gobierno rojo. Asistía a los consejos de ministros, organizó la Checa en Cataluña, suprimió a los jefes anarquistas. Gracias a la experiencia adquirida en veinte años de luchas civiles, Antonoff Avseenko supo desencadenar el movimiento comunista, eliminar a sus adversarios, despojar a la burguesía, imponerse sobre el ejército republicano y servir de intermediario principal en la ayuda material considerable que la U. R. S. S. está administrando a los rojos de España. Su potencia era tal, que era él quien resultaba el verdadero dueño del país.

Llamado a Moscú bajo un fútil pretexto, fué detenido bajo una vaga acusación de «trotzkysmo» y, después de varios meses de detención, ha sido suprimido con los mismos métodos que con tanto éxito había enseñado a los «chequistas» novatos de España.

D. Francisco de Goya y Lucientes, el gran pintor español cuyo pueblo (Fuendetodos, en la provincia de Zaragoza), ha sido escenario recientemente de durísima batalla entre las fuerzas nacionales y las rojas. Este magnífico retrato es uno de los más conocidos del gran pintor español, cuya obra tiene ahora una doble significación por haber sido el pintor de escenas de guerra del siglo pasado español.

Sobre la pared desconchada de esta casuca de Fuendetodos (provincia de Zaragoza), la humilde cartela recuerda a los humanos uno de los acontecimientos más importantes de España: el nacimiento del tal vez más grande pintor español de todos los tiempos: don Francisco de Goya y Lucientes

La Secretaria del Conde

POR María Marechal

(CONTINUACION)

Su primo fingió no haberla comprendido, pero un fruncimiento imperceptible de cejas indicó que había sentido el ataque.

—No vale negarlo, querido Sergio. Está muy en consonancia con el carácter de usted el disfrazar limosna, presentándola como remuneración de trabajo Nada me interesa tanto en el mundo como los pobres vergonzantes.

—Verdaderamente, Olga, habla usted un lenguaje enigmático.

—Bueno, pues, tratemos el asunto sin rodeos. Mañana celebro una reunión de confianza. La música se reducirá a un violín y a un piano. Ya cuento con el violinista: un aventajadísimo alumno del Conservatorio, que se muere de hambre, como casi todos sus colegas, y que se da por muy satisfecho con ganar cincuenta francos en una velada. Ofrezco igual retribución a la secretaria de usted. Con esa cantidad podrá comprarse un traje de más abrigo que el que lleva. ¡Me da frío mirarla! Por de contado, su trabajo se reducirá a actuar de pianista.

—Es usted infinitamente buena—exclamó el conde con ironía—. Esa sensibilidad... de imaginación... debe de producir a usted muchos sufrimientos.

—Así es, pero, ¿qué remedio? No puedo cambiar de me[illegible]de ser. En fin, esa pobre muchacha [illegible] inspira compasión, y puesto que usted se interesa por ella, prefiero que ella y no otra se beneficie con esa modesta cantidad.

—Efectivamente, es muy modesta.

—Pues no hay quien pague más, querido primo. Y aun conozco a muchas personas que sólo dan cuarenta francos. Todo el mundo no es veinte veces millonario como usted. Y, a propósito, ¿cuanto le cuesta a usted esta obra de caridad?

—¿Se obstina usted en llamarla así? Bueno, pues no se equivoca usted; es una obra de caridad la que se realiza aquí entre estas cuatro paredes, bajo pretexto de un trabajo literario.

—¡Ah! Estaba segura de ello. ¡Qué original es usted! Pero, ¿por qué no practica usted esa obra en distintas formas? ¿Por qué no le da usted trabajo de copia en su domicilio, o por qué no le encarga que le borde gorros?

—Porque no los uso.

—¡Es verdad! En fin, no nos desvicmos de la cuestión. Hágame el favor de transmitir mañana mi proposición a esa muchacha, y, sobre todo, no falte usted a mi fiesta. Tengo anunciada una sorpresa. Con usted no quiero guardar secretos: obsequiaré a mis invitados con el «Hada de los pájaros», una verdadera maravilla, que ha sido el embeleso de la Corte de Inglaterra. ¿La ha visto usted?

—¿Al hada? No, todavía no.

—Me alegro, porque así será una novedad para usted. Presenta jilgueros que saben geografía mucho mejor que yo; cotorras que pueden dar lecciones de gramática, y bengalíes que resuelven complicadísimas operaciones aritméticas.

—¿De veras?

—Como lo está usted oyendo. ¡Ah! Un encargo. Si, por cualquier circunstancia, la secretaria de usted no puede asistir como pianista a mi reunión, haga el favor de avisarme mañana temprano.

—Sin aguardar hasta entonces, puedo comunicar a usted la contestación. Mi secretaria no aceptará.

—¿Y por qué?

—Porque yo no quiero.

—¡Eso es demasiado! ¿Es que se propone usted contrariarme siempre y en todo?

—No se trata de usted, princesa; usted encontrará fácilmente dedos mercenarios para el desempeño de esa tarea; se trata de la señorita de Pontmore.

—¡Ah! ¿Ese es su apellido? ¡Alguna noble aventurera! ¿En qué guardilla la ha encontrado usted?

—Noble, lo es—contestó con mucha frialdad el conde—. En cuanto a aventurera, invito a usted a que no vuelva a pronunciar esa palabra.

Pero la princesa no oía a su primo. Tenía la mirada fija en la vidriera que daba al patio. De pronto se levantó bruscamente, y sin cuidarse de arreglar los pliegues de la falda, se lanzó hacia la puerta, la abrió y exclamó:

—¡Señorita de Pontmore! Dos palabras; haga el favor de escuchar...

Efectivamente, Blanca atravesaba el patio y se dirigía a la puertecita de salida. El conde creyó soñar. Desde hacía más de un cuarto de hora Blanca había debido salir del palacio. ¿Para qué volvía?

—Señorita—dijo la princesa con tono altanero—, ¿le agradaría a usted ir mañana a mi casa para ganar cincuenta mañana a mi casa para ganar cincuenta francos? Se trata de ejecutar números de música en el piano, desde las once de la noche hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

Ante aquella proposición inesperada, en la cual no tenía motivo para sospechar intención insolente, Blanca no enrojeció, pero enrojeció el conde.

Los ojos de Sergio lanzaron terribles relámpagos, y si la princesa no hubiera estado ocupada, ante todo, en dirigirse a la «aventurera», a la cual trataba de herir, hubiera comprendido que su causa estaba perdida y que los proyectos que acariciaba respecto a su primo habían fracasado.

—Ya he manifestado a usted, princesa —dijo el conde, esforzándose por moderar la emoción de su acento—, que su proposición es inaceptable.

—Supongo que la señorita de Pontmore, al encargarse de la secretaria de usted, no habrá hecho abdicación de su voluntad. Y supongo también que esa señorita tiene edad bastante para contestar directamente, sin valerse de intérpretes.

La princesa se daba cuenta de que iba demasiado lejos entablando la lucha en aquel terreno; el conde no era hombre capaz de dejar sin recoger el guante que se le lanzaba. Pero los celos, el amor propio herido, el placer de humillar a la que consideraba como a una rival, hablaban con más fuerza que la razon en el ánimo de la altiva coqueta.

Blanca comenzaba a comprender que era ella, su insignificante personalidad —así se juzgaba la muchacha—, el objeto de la malquerencia de la dama.

Siempre supo Blanca hacer valer su dignidad; pero ante el conde sintió un nudo en la graganta y miró con angustia al dueño del palacio.

Y aquella mirada fué sorprendida al paso e interpretada y comentada de modo injurioso.

Afortunadamente, para socorro de la que la solicitaba, llegó la respuesta del conde, rápida, breve, sin réplica:

—Este incidente se prolonga en demasía—dijo—, y está usted haciendo que la señorita Pontmore permanezca de pie mucho más tiempo del que la cortesía permite. Me preguntaba usted si esta señorita había hecho abdicación de su voluntad; sí, en lo que se refiere al empleo de las horas de que dispone; todas esas horas me pertenecen...

Y volviéndose respetuosamente a Blanca añadió:

—¿No es esto lo convenido?

La señorita de Pontmore inclinó afirmativamente la cabeza.

—Queda, pues, terminado este incidente, prima, y tendré el honor de acompañar a usted hasta su carruaje—exclamó el conde.

Aquello constituía una despedida casi insultante, tanto más cuanto que la princesa no había manifestado aún intención de retirarse.

Sonriente, satisfecha en apariencia, Olga instalóse en su elegante landó. Pero la tempestad rugía en lo hondo de su pecho, y cuando el carruaje dejó atrás [illegible], que caminaba por la acera de la calle enfangada por la lluvia, la princesa vió con júbilo triunfante que había «salpicado» a su rival.

—Dimitri—dijo el conde, al volver a sus habitaciones—, procura arreglarte de modo que la Princesa de Schersky no vuelva a encontrarme en casa.

Dimitri se inclinó respetuosamente. Sus ojuelos verdes relampaguearon con satisfacción maliciosa.

—Y van dos—murmuró el fiel criado, entrando en su cuarto, donde guardaba la pareja de chinchillas. Confío en la tercera.

El conde se habría sorprendido muchísimo si hubiese sabido que Blanca acababa de pasar un cuarto de hora en aquel santuario íntimo.

Efectivamente, aquello parecía un santuario. Por todas partes veíanse imágenes piadosas, pebeteros, cirios en candelabros y lámparas que ardían día y noche. El «iconostasio» hallábase velado por una cortina de púrpura bordada en oro. Allí, al lado de la imagen de la Panagia, veíase la de San Sergio, patrono del linaje y de la casa de Woronzoff.

Todos los Woronzoff, de padres a hijos, desde tiempo inmemorial, llevaban en primero o segundo término el nombre de Sergio. Y Sergia era el nombre obligatorio de todas las hijas.

¿Cómo llegó a penetrar Blanca en aquel inviolable santuario? Cuando Dimitri abandonaba aquella estancia, aun cuando sólo fuese durante un minuto, la cerraba cuidadosamente, llevando la llave a la cintura, sujeta con una cadena de acero.

Cuando la secretaria salió del despacho, no encontró en el vestíbulo a los lacayos que allí prestaban servicio habitualmente.

Dimitri estaba solo.

El servidor se aproximó a Blanca y le preguntó con tono misterioso:

—¿Conoce usted a «Newsky» y a «Newska»?

—Unicamente de nombre. Nunca los he visto.

—¿Le agradaría a usted conocerlos?

—Seguramente. Me agradaría mucho.

Dimitri le hizo seña de que lo siguiera; levantó una cortina, recorrió un pasillo que iba a desembocar en el jardín, y al llegar ante una puertecita se detuvo.

—Aquí es—exclamó con gran solemnidad.

Llevóse una mano a la cintura, sacó una llave y se dispuso a abrir.

—¿Cree usted—le dijo, mientras introducía lentamente la llave en la cerradura—, que el padrecito se enojaría si yo regalase mis chinchillas?

Blanca tuvo en los labios el nombre de la princesa Schersky. Recordaba el deseo vehemente que la dama expresó un día, y supuso que al fin había revelado aquel deseo al dueño de los animalitos.

Sin embargo, guardó silencio.

Dimitri insistió en la pregunta.

—Creo—contestó al cabo la señorita de Pontmore—que el conde no tiene interés especial en este asunto. Los animalitos son de usted, y usted puede por lo tanto disponer de ellos con toda libertad. Si en una ocasión significó el conde su empeño en que esos lindos animales no saliesen de aquí, fué en consideración a usted.

La fisonomía de Dimitri se despejó.

—Bueno; me alegro muchísimo—exclamó—. Ayer se me ocurrió una idea, y cualquier idea que surge el 13 de di-

M.E.C.D. 2016

ciembre se vuelve en daño de que la ... no lo pone en ejecución.

¡Aún seguía el temor hacia el 13 de diciembre!

—Guardé cama el día entero—añadió Dimitri—. Su Excelencia tiene todos los años la bondad de dispensarme de prestar servicio ese día. Además, para mi señor es una fecha inolvidable, y seguramente durante esas veinticuatro horas pensará en muchas cosas que no le dejarán de acordarse de mí.

Penetraron en la estancia.

Blanca quedóse sorprendida y deslumbrada por la profusión de luces, y a la vez algo sofocada por el intenso perfume que se desprendía de los pebeteros y del óleo aromático de las lámparas.

Pero su guía no le prestaba atención.

Habíase detenido ante una cortina de zarga negra, que se hallaba frente al «iconostasio», y parecía apostrofar y amenazar con el puño a una persona invisible oculta tras la cortina.

—¿Quiere usted ver?—preguntó a la señorita Pontmore—. Se lo mostraré, a condición de que no hable de ello absolutamente a nadie.

Blanca sonrióse. ¡Tantos misterios para una pareja de chinchillas!

—No se ría usted—observó el fiel criado—, acarrea desgracia a cuantos la contemplan. Es una serpiente. Su mirada es tan peligrosa como el veneno de su lengua. Porque deseo a usted bienes infinitos, nunca descorrería ese velo si no estuviésemos protegidos contra el mal de ojo por la Panagia, tres veces santa, y por el inmortal San Sergio.

Bruscamente tiró de la negra cortina, y puso de manifiesto ante Blanca, que permaneció estupefacta, un gran lienzo colocado en soberbia moldura.

Era un retrato de mujer, de mujer con rostro admirable, en verdad, para los que no saben descubrir el alma a través de los rasgos fisonómicos.

Líneas de irreprochable pureza, blancura mate y aterciopelada, cabellera espléndida cayendo en áureas ondas sobre los desnudos hombros, nada faltaba para hacer de aquella bellísima criatura una reina de los salones aristocráticos.

Parecía hallarse dispuesta para asistir a algún sarao. El traje, de riquísima tela de brocado de plata con adornos de encaje, se destacaban maravillosamente sobre un cortinón de terciopelo verde obscuro, que formaban el fondo del cuadro. La cabellera, el cuello, el corpiño y los brazos lucían cuajados de brillantes. La mano izquierda, maravillosamente modelada y despojada de guante, para dejar ver la perfección de su forma, hundíase a medias en un cofrecillo que mostraba un collar de perlas.

—¡Es muy bella!—pensó Blanca.

Pero aquellos ojos, luminosos y transparentes como zafiros, fulguraban con alegría orgullosa poco simpática.

—He vencido—parecía decir aquella arrogante criatura—, he vencido y reino.

Y el erguimiento altivo del cuello, la actitud de la cabeza, el ademán imperioso de la mano, todo parecía confirmar la expresión triunfadora de la mirada.

También en aquel momento triunfaba Dimitri.

—¿Quién hubiera creído esto?—murmuró—. Me trataba como a un perro. ¡Cuántas veces me ha cruzado la cara con su finísimo látigo! Un día lo rompió en mis espaldas...

Dimitri comenzó a reír con risa silenciosa. Luego añadió:

—¡Verdaderamente, fué una lástima! ¡Un látigo con puño de marfil verde incrustado de rubíes! ¡Un regalo hecho por su excelencia en el famoso año, durante el cual en cada uno de los trescientos sesenta y cinco días se presentó rado, ciego. Yo callaba y soportaba todo con tal de no separarme de mi señor. ¡Primero morir que abandonar a mi amo! Después me consolé, confiado en que caería la venda que le cubría los ojos y llegaría a ver claro.

Blanca no sabía qué pensar oyendo aquel largo monólogo.

—¿Quién es esta mujer?—exclamó al fin.

—¿No lo sabe usted? La condesa Alejandra, la bella de las bellas, el ídolo de la corte de Rusia. ¿Se asombra usted, verdad? Se pregunta usted cómo un humilde siervo—yo lo era hasta hace algunos años—tiene derecho para guardar en su cuarto un retrato que en San Petersburgo cubrirían de oro. ¡Derecho! No lo tengo, pero me lo tomo. El padrecito, después de los terribles sucesos, me dijo: «Esto lo quemarás». ¡Pero me da lástima quemar un marco tan rico, un retrato tan hermoso y una imagen de mujer tan bella!... Verdaderamente merecía la hoguera, el «knut» y la Siberia, a la cual quiso enviar a otro hace tiempo. Pero Dios es justo, y hasta en la tierra los malos reciben castigos...

Blanca, ante aquella exaltación, arrepentíase de haber seguido a Dimitri. Había hablado de chinchillas, y la visita tomaba carácter muy distinto.

—Tengo que irme—dijo—. ¿Quiere usted enseñarme esos lindos animalitos?

Allí estaban. En un nicho muy cuidado se acurrucaban una contra otra y enderezaban las orejas al ver llegar una persona con la cual no estaban familiarizadas.

Sus negros ojuelos, saltones y vivos, parecían sentir miedo de la luz; los largos bigotes oscuros y rígidos cuasi les llegaban a las orejas.

—Tómelas usted—dijo su dueño—: les agrada mucho que las acaricien, y no hay animalito más lindo ni más gracioso en sus movimientos.

Sin embargo, a pesar de las caricias de Blanca, «Newsky» y «Newka» se refugiaron en lo más hondo de su nicho.

—Pues es preciso que se familiaricen con usted—observó Dimitri con acento solemne—; mi sueño lo ha dicho...

Tomó una tras otra las chinchillas y las depositó en los brazos de Blanca.

—Llévelas—exclamó—, son para usted y si usted no las quiere, que sean para la señorita pequeña, a la cual servirán de distracción.

—Pero se me van a escapar en el camino—contestó Blanca, pasando suavemente la mano por la sedosa piel de los animalitos, lindísima piel de color gris perla salpicada por lunares azulados.

—Es verdad—contestó Dimitri—. Hoy mismo las llevaré yo a la casa de usted, y así volveré a ver a «Minos», a la señorita pequeña, que habla con voz muy dulce, y al simpático veterano de dragones, que ha comenzado a narrarme sus campañas.

XXII

A la mañana siguiente, cuando Blanca se presentó a la hora de costumbre en el palacio de Woronzoff, encontró solitario el despacho, al cual la condujo Dimitri, sin formular observación alguna, pero no sin haberle preguntado por las chinchillas.

Los animalitos habían pasado muy bien la noche. Estefanía estaba contentísima con el obsequio, y el doctor Roland declaró aquella misma mañana que «Newsky» y «Newska» iban a ser como elementos recreativos, excelentes auxiliares para apresurar la curación de la enfermita.

—Esto marcha perfectamente—murmuró Blanca encontró en su mesita de trabajo una esquela del conde. Este le manifestaba que tenía necesidad de pasar el día fuera de casa y le rogaba que le prestase un servicio urgente.

Se trataba de ir a escoger en un establecimiento editorial, del cual el cocinero conocía las señas, una colección de obras musicales francesas para enviarlas a San Petersburgo. La elección quedaba encomendada al gusto de la señorita de Pontmore.

Al salir del vestíbulo, Blanca vió, ante la escalinata, una berlina de color obscuro, sin iniciales ni escudo en la portezuela. El cochero al cual conoció como perteneciente a la servidumbre de la casa, no llevaba la librea condal.

Blanca quedóse titubeando sin saber qué hacer, cuando Dimitri, bajando apresuradamente la escalinata, llegó a abrir la portezuela.

Dando por terminada la vacilación, la señorita de Pontmore ocupó el vehículo y se dejó llevar.

El cochero recorrió los Campos Elíseos en toda longitud, entró por la Avenida de la Emperatriz y penetró en el Bosque de Boulogne.

—¿Qué camino ha tomado?—se preguntó Blanca—. Indudablemente es una equivocación. No es posible que por aquí existan establecimientos editoriales de música.

Sin embargo, tratándose de asuntos referentes al servicio, era punto menos que imposible admitir que incurriesen en error los criados del conde de Woronzoff. Aquella casa, en la cual el dueño parecía no prestar atención a cosa alguna, marchaba de un modo excepcional.

Blanca, después de reflexionar un poco, asomó la cabeza por una de las ventanillas, llamó al cochero y le preguntó:

—¿No está usted equivocado?

—No, señorita—contestó respetuosamente el conductor del carruaje.

—Pues entonces, ¿qué camino es éste?

—El que me ha mandado Su Excelencia.

La respuesta no admitía réplica; pero de cualquier modo resultaba raro aquel rodeo.

Blanca, sin embargo, no tenía motivo para quejarse. En aquella hermosa mañana de invierno, en soledad casi completa el Bosque ofrecía aspecto encantador. Los árboles, sin hojas, se esfumaban envueltos en leve bruma; los rayos del sol acariciaban la helada superficie del lago, y en los cuadros de césped las hierbas aparecían esmaltadas por gotas de rocío congelado, que brillaban como diamantes.

Era una novedad en la vida laboriosa de Blanca aquel paseo sin objeto, sin apresuramiento alguno, sin que nadie reclamase sus servicios. Podía disfrutar en paz de aquel deseado inesperado. En el lago no había patinadores, ni trineos con elegantes damas arrebujadas en espléndidos abrigos de pieles. A lo sumo de vez en cuando, veíase a un paseante aislado, caminando con la mayor rapidez posible y llevando las manos bien guardadas en los bolsillos para preservarlas del frío.

Cuando transcurriesen algunas horas, los alrededores del lago adquirían animación extraordinaria, acudiendo allí lujosos trenes con aristocrático público, deseoso de distraerse presenciando los alardes de habilidad de los patinadores.

¿En que pensaba Blanca, sentada en los mullidos almohadones, forrados de seda oscura, con los pies en un calorífero grande.

—Es hermoso—se dijo—encontrar esto en París.

Serían las cuatro de la tarde cuando se apeó en la puerta de una casa editorial, establecida en el centro de la capital. Blanca efectuó la selección muy concienzuda, y el dependiente que la servía se asombró al ver a una señorita tan modestamente vestida adquirir tantas obras musicales, y al contemplarla antes bajar de un carruaje cómodo y excelente dentro de la sencillez.

Aquellas obras musicales—casi es innecesario decirlo—nunca llegaron a San Peterburgo, como tampoco llegó una enorme colección de libros franceses, adquirida de igual modo, a la mañana siguiente, después de un paseo por el Bosque de Vincennes.

XXIII

El domingo, al volver de misa, Blanca fué recibida con jubilosos gritos por su hermanita.

—¿He tardado mucho?—dijo la mayor, después de cerrar la puerta— El sermón ha durado más de una hora. Pero ya me tienes aquí: los domingos, una vez cumplidos los deberes religiosos, te los dedico por completo, Estefanía.

Blanca, de espaldas al balcón, junto al cual estaba instalada una cama para descanso de la enfermita, comenzó a despojarse del sombrero y del chal, húmedos por la lluvia, sin fijar la vista en el lecho.

—Hermana—exclamó la pequeñuela con voz vibrante—, por vez primera, estando tú fuera de casa, no he seguido con impaciencia las agujas del reloj. ¡Mira! ¿No te parece esto un altar en día de Corpus? ¡Y aún no he concluído de verlo todo! ¡Aún quedan muchas cosas en el fondo de la caja!

Blanca se volvió, dió algunos pasos hacia adelante y se detuvo estupefacta.

Realmente, como acababa de decir Estefanía, aquel rincón de la estancia se asemejaba a un altar en día de Corpus. El lecho hallábase cubierto de violetas de Parma, de lilas blancas, de fragantes rosas de todos matices, desde el tono pálido de la eglantina hasta el rojo fuerte de la rosa de Bengala.

Había mucha diferencia entre aquel espléndido tesoro florido y el modesto ramito de violetas que el doctor llevaba al hacer la visita. Pero Estefanía no se preguntaba de dónde había caído aquella lluvia perfumada.

La enfermita estaba abria de gozo; hablaba a las rosas, a las lilas, a su hermana y, mientras hablaba, formaba guirnaldas, coronas y ramilletes, para deshacerlos seguidamente a fin de tener el gusto de volverlos a hacer a continuación. El rostro de Blanca había adquirido expresión de gravedad.

—¿Quién ha enviado esto?—murmuraba—. No tenemos amistades, ni relaciones, y el doctor no es suficientemente rico para permitirse locuras de este género. ¡La primavera y el estío en pleno diciembre!...

En aquel momento sonaron dos golpecitos dados en la puerta.

—¡Aquí está el doctor!—gritó alegremente la pequeñuela, que había aprendido a conocer desde muy lejos los pasos de su excelente amigo, y que conocía también su manera de llamar.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó el doctor Roland—. ¿Dónde ha hecho mi enfermita esta admirable recolección? Indudablemente ha sido en los jardines del Paraíso.

—Si no ha enviado usted estas flores

Himalaya. Allá por el año 1919 sus experiencias científicas le permitieron descubrir los rayos Z. Estos rayos son los que utiliza Dunokowsky para arrancarle a la tierra su oro. El rayo Z es el catalizador necesario para reunir en conglomerado las materias sintéticas conocidas que forman químicamente el oro. Este el secreto de Dunokowsky.

Nunca ha sido mi fuerte la química, pero sé que un catalizador es un agente químico que obra por sola acción de presencia. Es como una dama, ante quien dos galanes se baten en duelo por sus encantos. Al final, la dama queda inmune, pero los galanes han sufrido serias transformaciones después del aitercado.

Mientras tanto, Monsieur Legrand continuaba:

El alquimista moderno. Dunikowski en su pequeño y sumario laboratorio de San Remo, donde obtiene diariamente oro por valor de 11 chelines

El inventor y su sobrino, sometiendo la tierra tratada con una fórmula especial, para obtener el oro.

—Algún día vendrán ustedes conmigo a San Remo y allí Dunokowsky les demostrará prácticamente lo que digo. Le llevaremos unos guijarros de una mina cualquiera y verán cómo extrae unos centígramos de oro. Los ingenieros especializados necesitan una tonelada de tierra para hacer lo mismo. Ustedes mismos fabricarán el oro. El hijo de Dunokowsky, que tiene 17 años, y un sobrino mío los guiarán. Sólo tendrán que machacar los guijarros en un mortero y exponerlos luego a la acción de los rayos Z. Después es necesario calentar el polvo en un crisol. Cuando se enfría hay que rociarlo con ácido clorhídrico para eliminar los calcáreos y los metanos la fortuna para hacerlo, ustedes recuerdan lo que pasó.

Sí, recordamos. Allí nació el célebre proceso. La Sociedad Finindibus, representante del Banco Austríaco Spitzer, le abrió un crédito de 4.000.000 de francos para instalar una usina. Después intervino la Cité de Londres, por intermedio de M. Gordon Leigth. Dukowsky creyó tener la fortuna. Ya era tarde cuando advirtió que al firmar el contrato renunciaba a todos sus derechos.

La voz de Legrand está impregnada ahora de recuerdos amargos:

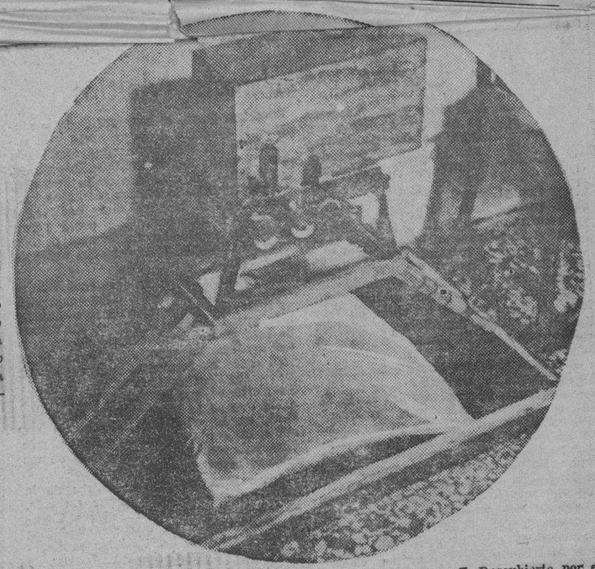
—Quiso obtener la modificación del contrato, pero no pudo. Entonces se negó a fabricar oro. Lo acusaron. Lo condenaron. Lo sacaron de la cárcel para que demostrara si podía conseguir el precioso metal, pero ¿cómo iba a hacerlo si en su ausencia habían arruinado los aparatos? Lo volvieron a la prisión; cubrieron de oprobio su nombre. Fué calificado de estafador, impostor y aventurero. Yo lo defendí, pero no quisieron admitir mis pruebas. No importa. Algún día tendrán que reconocer su genio.

Ya se lo dijo a los jueces, tremante de indignación, en estas palabras que clausuraron su inútil defensa:

—También al pensar que algún día, de aquí a cinco o diez años, cuando el invento de Dunkowsky sea verificado por la Academia de Ciencias, tengan que arrepentirse de haber paralizado el progreso.

Mientras tanto Dunokowsky es un tremendo enigma. En una casita de San Remo trabaja un hombre enfermo y perseguido que puede trastornar al mundo.

B. LIPARI



Esta es la caja que encierra los misteriosos y catalizadores rayos Z. Descubierto por el padre de Dunikowski, el ingeniero polaco guarda celosamente el secreto de sus rayos.

HOLLYWOOD (E.U. de A.)—Bajo el cielo de Hollywood se han visto los más raros y exóticos uniformes, pero la sorpresa fué tan grande como grata cuando Miss Virginia Grey, actriz de la comedia musical "Rosalie" salió de la escena en este original y gracioso vestuario. Nelson Eddy y Eleanor Powell protagonizan la referida producción de los estudios Metro-Goldwyn-Mayer.

M.E.C.D. 2016

El enigma tremendo del hombre que fabricó ORO

Zbignieb Dunikowski, el ingeniero polaco, el día de su comparecencia ante los tribunales de París, durante el famoso proceso que se le siguió por los enemigos de de sus investigaciones científicas

"LO PERSIGUIERON, COMO A TODOS LOS GENIOS", DICE AHORA SU DEFENSOR EN LA CAPITAL DE FRANCIA.

EL CRONISTA, INCANSABLE PERIODISTA VIAJERO, RESIDENTE EVENTUALMENTE EN PARIS, NARRA EN ESTA BELLA CRONICA SU ENCUENTRO CON EL DEFENSOR DE UN ALQUIMISTA DE LOS TIEMPOS MODERNOS: ZBIGNIEB DUNIKOWSKI.—SUS ACTIVIDADES ORIGINARON UN PROCESO FAMOSO.—FUE CALIFICADO DE IMPOSTOR Y DE LOCO.—PERO SU DEFENSOR ANTE AQUELLOS TRIBUNALES, M. LEGRAND, LE LLAMA GENIO MODERNO

Os acordáis de aquel hombre a quien se revistió con las vagorosas tintas de los alquimistas, por que pretendía fabricar oro, del objeto más insignificante? Me refiero a Donikowsky, el misterioso hombre de ciencia residente ahora en Menton.

Según la versión que acabana de proporcionarme, no han bastado procesos, ni el desdén, ni el desprecio con que lo han observado todos; él prosigue sus estudios en su apartada quinta de la costa de Francia; y, si antes se creyó que buscaba solo la manera de seguir viviendo del modo como lo hace cualquier «ganapán» vulgar, ¿qué se dirá ahora que prosigue sus experimentos solo, sin auxilio de nadie,

Esta tenacidad me atrajo desde el primer momento de conocer la noticia y decidí, en consecuencia, comprobar la verdad.

La persona a la cual tenía que entrevistas para ello, ya se habrá deducido: el abogado que le defendió en París, al ser acusado de estafador. ¿Quién mejor que él, que puso en tal defensa más que las luces de sus estudios, el fervor de un convencimiento profundo en el hombre que defendía?

Para conseguir hallarlo a la mayor brevedad posible, tuve que apelar a la amistad de un conocido inglés, Sir Basil Tompson, el cual es un amigo desde hace algún tiempo. No fué cosa fácil lograr entrevistar al abogado; pero, una tarde Mr. Tompson me llamó por teléfono, diciéndome:

—Esta tarde tendrá usted el gusto de hablar con M. Legrand, el famoso abogado.

La presentación fué breve. Legrand apretó con efusión mi mano y me dijo:

—Ya tenía el gusto de conocerle. He leído muchos de sus trabajos.

Sonreí. Indudablemente Mr. Tompson era el autor de ese conocimiento; pero acepté el cumplido, por que en verdad necesitaba que aquel hombre colmara la curiosidad que me recomía.

Sir Basil dijo en seguida:

—En 1932 no ectaba usted en París. Sólo usted sabrá a qué punto del mundo le llevaba en ese tiempo su fiebre de los viajes. Posiblemente su alejamiento de lo que nosotros llamamos la civilización le ha hecho olvidar el proceso que extremeció París y todo el mundo—tanto como el proceso Landrú, o el de Mandrin o el de Dreyfus—. Uno de esos procesos que de tiempo en tiempo conmueven a las multitudes proveyéndolas de uno de esos manjares de emoción y de escándalo, muy grato a los paladares franceses.

Uno de los procesos preliminares de la obtención del oro. La tierra tratada debe ser sometida a una elevada temperatura.

Empecé a recordar.

¡Dunokowsky! El nombre masculló en el cerebro y en seguida la asimiló a los sueños aureos de la niñez. El oro. El medioevo; los brumosos senderos de lo soñado; estampas revueltas y fanásticas entrelazadas con la historia y la leyenda... Dunokowsky; sí: tal era el nombre del hombre que fabricaba el oro con sólo proponérselo.

—¡Voy recordando el asunto!

—Pues bien —añadió Sir Basil. —El señor Legrand, aquí presente, es el hombre que defendió al ingeniero Dunokowsky ante los tribunales de París.

—Como ahora deseo defenderlo ante el mundo; ahora que está cerca de demostrar que cuanto dijo era verdad, tan verdad como las más sagradas.

Legrand se excitó. Luego, dijo:

—No hablaré de lo que está haciendo ahora, porque eso sería revelar, contra su voluntad, lo que debe permanecer en el más profundo secreto. Dunokowsky sufrió una condena; más que eso: sufrió la befa de todo el mundo. Para unos era un impostor; para otros, un loco; para mí, un genio. Y, como todos los genios, ha pagado su tributo. Cuando quieran redimirlo será demasiado tarde. La humanidad es siempre tardía en sus reparaciones. Una estatua o el nombre de una calle podrán ser un galardón de gloria para el genio que ha muerto pobre y perseguido, pero lo es otra cosa que un mero descargo de la conciencia de la humanidad, que se siente culpable.

Legrand trasuntaba desengaño en sus palabras. Sir Basil le escuchaba con el mismo tenso interés que yo. Su sinceridad impresionaba.

—Dunokowsky fabrica oro; así como lo oyen. Pero no hace con ello ningún imposible. Todo consiste en que de donde los técnicos extraen medio gramo de oro, él obtiene ciento veinte. Dunokowsky es un ingeniero polaco. Su padre, como us-

---

—contestó la niña con exaltación, mientras que sus pálidas mejillas se teñían de rosa—, se trata de un verdadero milagro, de un envío hecho por un ángel.

El doctor movió negativamente la cabeza.

—Desgraciadamente, hija mía, confieso que no soy millonario, y esta profusión insensata de flores...

—¡También hay fresas!—clamó Estefanía, que continuaba registrando con entusiasmo el contenido de la enorme caja.

Acababa de descubrir, en un cestita cerrada, fresas artísticamente colocadas entre musgos.

—Estas fresas son para usted, querido doctor, porque sé que le gustan. Pero, ¿qué le ocurre a mi hermana. Parece que no está completamente satisfecha.

—En efecto—dijo el doctor, dirigiéndose a Blanca, que permanecía pensativa y seria, con los ojos fijos en el suelo—: ¿qué tiene usted, hija mía? ¿Por qué no está usted tan contenta como su hermana?

—Porque no poseo la confianza infantil de ella—respondió Blanca—y... no sé... pero lamento que haya sido abierta esa caja. Hubiera sido mejor devolverla al que la trajo.

Estefanía oprimió dulcemente contra el pecho una gran rama cuajada de capullos y de flores de azahar, que exhalaban aroma penetrante.

—¡Oh, Blanca!—murmuró—. ¡Mira qué encanto! ¡Qué delicioso perfume! ¿Cómo es posible que no estés satisfecha?...

—Lamento recibir un obsequio cuando no puedo dar las gracias, por desconocer al donante. ¿Me comprendes, mi querida Estefanía? Con este misterio, no tenemos más remedio que resignarnos a parecer ingratas, y nada hay más feo que la ingratitud.

—¡Oh! Pues yo me siento contentísima—respondió la inocente pequeñuela—. Yo sé que todo esto lo ha enviado un ángel.

El doctor rompió a reir alegremente Estefanía le lanzó una mirada de indignación.

—¿Acaso no cree usted en los milagros?—preguntó con acento conmovido.

—Sí, hija mía, creo en ellos tanto como tú y tal vez más, porque he vivido cinco veces lo que tú y he tenido ocasiones de ver manifestarse la omnipotencia misericordiosa de Dios.

—Entonces, ¿por qué ha de ser más difícil para la bondad infinita de Dios enviar flores, a fin de proporcionar alegría a una pobre niña enferma, que hacer que el maná cayese en el desierto, según refiere mi Historia Sagrada?

—Tienes razón, hijita, nada es difícil para la mano del Sumo Hacedor, que hizo de la nada el mundo. A mayor abundamiento, convengo contigo en que las flores son productos más naturales que el maná; pero el maná descendía directamente del cielo, y no llegaba a los israelitas en cajas precintadas como ésta.

Estefanía fijó una mirada de desencanto en las cintas caídas sobre el lecho, y observó que había en ellas fragmentos de la lacre rojo.

—Convendrá adquirir informes—murmuró, sin darse por convencida, sintiendo aún fe en la posibilidad de que aquello fuese un milagro.

Precisamente Blanca, sin decir palabra, había bajado a interrogar a la portera. Pero las noticias que obtuvo fueron insignificantes.

El mensajero celeste, según Estefanía, había adquirido el vulgar aspecto de un mozo de la Compañía de ferrocarriles París-Lyon-Mediterráneo.

P. L. M. se leía en las letras de oro que adornaban su gorra. Y las mismas iniciales aparecían bordadas con hilo rojo en el cuello de la blusa del humilde funcionario.

Ni hubo que abonar cantidad alguna al mozo, ni éste hizo más que entregar la caja.

—Esos hombres—observó sentenciosamente la comadre Sapín—son mudos como peces.

La caja llevaba en una tarjeta la inscripción siguiente:

«Señorita Estefanía de Pontmore—, Rue Pavée, número 15, París».

Y, en un ángulo, otro rótulo decía: «Remesa de la casa Duluc sucesora de A. Karr, Niza (Alpes Marítimos)».

¡Venir desde tan lejos para la pequeñuela Estefanía aquellas bellísimas flores, cuidadosamente colocadas entre musgos y follaje!...

¡Para ella, en pleno invierno, el áureo sol de Niza, había hecho desplegar sus galas a las violetas, a las rosas de té, a las lilas y a los azahares!...

—Tú elegirás las que gustes, yo me reservaré únicamente un ramo de violetas, y la comadre Sapín hará el favor de llevar el resto a esa pobre mujer que, según me has contado, se pasa el día tiritando a la puerta de la iglesia y ofreciendo a las personas caritativas ramitos a diez céntimos.

El proyecto de Estefanía fué juzgado excelente y se aprobó por unanimidad.

Aquel día, al terminar vísperas, los fieles que salían de la iglesia de San Pablo quedaron admirados ante el tesoro florido que llenaba la cesta de la humilde y anciana vendedora.

En pocos momentos toda la mercancía desapareció, a cambio de abundantes monedas de plata, y la pobre florista, viendo terminada su tarea mucho antes de la hora acostumbrada y encontrándose con una ganancia espléndida, entró en el templo a dar gracias a Dios, y le rogó por el alivio de una niña enferma, segun le había encargado la comadre Sapin.

Al siguiente domingo llegó de Niza otra remesa de flores destinada a la señorita Estefanía de Pontmore.

La caja era de dimensiones semejantes a la primera. Unicamente variaban las flores, que eran todas flores de montaña, como las de los Pirineos, según observó Estefanía, que conocía muy bien la flora de su tierra natal: brezos, rododendros, narcisos, geranios, valerianas, y sobre todo, lindísimas azucenas silvestres.

—Verdaderamente, queridísima hermamana—exclamó Estefanía—, esto es muy extraordinario. ¡Cuántos regalo vengo recibiendo desde hace poco tiempo! El fiel «Minos», su carruaje, los libros, las chinchillas, y ahora flores muchísimo más bellas que todas las que se venden en París.

Al escuchar a su hermanita enumerar los obsequios, Blanca ruborizóse y guardó silencio. El segundo envío de flores la dejó más pensativa aún que el del domingo anterior.

XXIV

Aquella misma hora el conde de Woronzoff trabajaba a solas en su biblioteca.

Irguió la cabeza a oir sonar las campanadas de las doce.

—Seguramente a estas horas—murmuró—la caja habrá llegado a su destino. Mucho me agradaría saber lo que «Ella» piensa.

Pasóse la mano por la frente, y volvió a tomar la pluma.

He aquí lo que se leía en mitad de una página repleta de citas, de fechas y de textos poco comprensibles:

«¿De qué color son sus ojos? Me lo he preguntado ya cien veces, sin encontrar la respuesta. A veces se me figura que una oleada áurea pasa por ellos; a veces muéstranse sombríos como la noche; luego nace el día y saludo el azul purísimo».

El conde se sonrió al releer aquellas frases anigmáticas, rasgó la hoja de papel en la cual estaban escritas y abrió el cajoncito secreto del bufete, sacando un libro de notas, encuadernado en piel de Rusia.

M.E.C.D. 2016

En el libro figuraban, entre otras, las notas siguientes:

«...Si fuese posible aceptar como buenas las teorías de Darwin respecto al origen de los seres, me sentiría muy inclinado a creer que «Ella» tiene una sirena en el comienzo de su árbol geneaológico.

«¡Cuán musical es su voz cálida, flexible y vibrante! A veces suena como un timbre de oro, grave al par que conmovido.

.. ..

«¡Blanca! ¡Nombre muy bello! Por el doctor sé que no ha nacido en los Pirineos, sino en Atenas, donde su padre, entusiasta admirador del arte de la antigüedad, fijó su residencia durante varios años. Así, pues, bajo el poético cielo de Grecia brotó esta flor admirable.

.. ..

«¿Qué ha hecho para adueñarse así de todo mi ser? La inocente criatura, que aún conserva en los ojos y en los labios el candor de la infancia, se asombraría muchísimo si leyese estos renglones completamente consagrados a ella. Me temo lo veo perfectamente. Lejos de adivinar la simpatía que con grandes esfuerzos procuro ocultarle, siente miedo de mí.

.. ..

«¡No soy desdichado! Aun cuando su presencia sólo hubiese de ser el rayito de sol que momentáneamente se desliza en el sombrío calabozo y llega a iluminar un instante al infeliz prisionero, ese instante sería el de la gracia y el de la salvación.

XXV

Aquella tarde, la tarea de Blanca se prolongó más que de costumbre.

Inconscientemente, el conde dejó que transcurriesen las horas, y cuando indicó a su secretaria que podía retirarse, había anochecido tiempo ha.

—Como me parece que no es prudente que se marche usted sola—le dijo—, voy a llamar a Dimitri para que la acompañe. Creo que prefiere usted la compañía de Dimitri a la de cualquier otro sirviente ¿no es así?

—Muchas gracias—contestó Blanca,—pero es inútil molestar a Dimitri ni a nadie. Estoy ya habituada a andar por París a cualquier hora.

—Como usted guste—añadió el conde con acento menos que amable, casi brusco.

Aún no había dado la señorita de Pontmore cien pasos por los Campos Elíseos cuando ya estaba arrepentida de la negativa a aceptar acompañante.

Dos hombres que venían siguiéndola desde que salió de la Avenida de Gabriela se le aproximaron y le pidieron limosna con tono amenazador.

Blanca apresuró el paso, pero los pedigüeños no se quedaron atrás. Uno de ellos colocóse a la derecha y el otro a la izquierda, y ya la amenaza iba a convertirse en insulto, cuando un hombre de elevada estatura, envuelto en amplia capa, cayó sobre los malandrines y los ahuyentó desenvainando un estoque encerrado en un bastón. El acero relampagueó a la luz de un farol. No fué preciso más para que corrieseu los cobardes. Pálida, temblorosa, sosteniéndose de pie difícilmente, con las pupilas veladas por la emoción, Blanca quiso dar las gracias a su salvador pero éste había desaparecido.

En los días sucesivos el misterioso protector estuvo siempre en su puesto, sin que la señorita de Pontmore se diese cuenta de ello.

Una noche la vió detenerse de repente, a la entrada de la calle de San Antonio, ante una pobre mujer que se hallaba sentada, mejor dicho, casi acostada en el hueco de una puerta.

Era una italiana, joven aún y bella, a pesar de su extenuación y de sus andrajos. Estaba amamantando a un niño; tenía otro acostado, medio dormido en la falda, y otro, el mayorcito, lloraba en silencio.

Blanca sacó del bolsillo una moneda de plata y la entregó al pequeñuelo.

—¿Tienen hambre, sin duda, estos angelitos?—dijo con voz tan dulce que la italiana, movida a gratitud, se inclinó y le besó el borde de la falda.—Siganme; vamos a buscar remedio a su necesidad.

La pobre mujer se levantó trabajosamente, pero ya reanimada por la esperanza del socorro que se le ofrecía. Los niños, cediendo al certero instinto de su edad, adivinaron a una bienhechora y se asieron a la ropa de Blanca, como si temieran que los abandonase.

Llegaron a un modesto restaurante del cual—por estar a cargo de un amigo del matrimonio Sapín—Blanca tenía buenas noticias.. Dióse a conocer, fué recibida con mucho respeto y encargo una sopa substanciosa y bien caliente para sus protegidos. Los niños se lanzaron ávidamente sobre aquel maná inesperado. La madre, antes de llevarse la primera cucharada a la boca, dirigió una mirada de gratitud hacia su Providencia visible, cuyo rostro resplandecía iluminado por júbilo divino.

—¡Perdónelos usted, señorita!—murmuró con emoción.— ¡Tenían mucha hambre!

Después de la sopa les sirvieron un abundante guiso de carne con patatas; los famélicos pequeñuelos comieron, chupándose los dedos de gusto.

—¡Está muy rico! ¡Está muy rico!—se decían uno a otro—. Madre, ¡qué buena es esta señorita!

Cuando llegó el momento de marcharcharse, la protectora no quiso dejarlos ir con las manos vacías. Hizo que les envolviesen en un papel un pan y un trozo de carne fiambre, y el propietario del establecimiento añadió, por cuenta propia, una botella de vino para la pobre madre, que estaba criando al menor de los pequeñuelos.

—Dentro de dos días vuelvas usted a traerme e icasco—le dijo—, que no ha de faltar aquí un plato de sopa para usted y para los niños.

—¡Dios mío!—pensaba Blanca, continuando su camino—. ¡Dichosos los ricos! Dar de comer a los pobres abandonados, proporcionarles techo bajo el cual se refugian... ¡Qué manantial de dichas inefables!

Mientras que, como un ángel de la Caridad, Blanca consagró exclusivamente la atención al cuidado de los menesterosos niños, una mirada piadosamente ávida contempló con emoción aquella escena de conmovedora ternura.

Veinte veces el espectador misterioso limpió con un pañuelo de finísima batista el vapor de agua que, al condensarse, empañaba los cristales de la puerta del establecimiento. Luego, cuando la madre y los hijos se separaron de Blanca, después de bendecirla y de darle gracias mil veces, y después de ofrecer la muchacha que volvería a verlos, el caballero que iba envuelto en amplia capa siguió a la italiana y resueltamente la interpeló:

—No tema usted nada—le dijo al ver el movimiento de espanto que hizo la mujer—. A partir de esta noche, la suerte de usted y la de sus hijos queda asegurada. ¡Bendiga usted a Dios, que le ha hecho ver a uno de sus ángeles!

Y como la pobre mujer permaneciese estupefacta, el desconocido le puso en la mano todo el oro que llevaba en el portamonedas.

—En cambio—le dijo—, deme la moneda de plata que le han entregado hace un momento. Tal vez esa moneda traiga la buena suerte también para mí. Hay mendigos de todas clases—añadió en voz baja.

Tres días después la italiana fué a referir a Blanca la rara aventura que le aconteció después de la cena con la cual fué agasajada caritativamente. Pero la aventura había tenido continuación. Un señor, que no quiso darse a conocer, había colocado de aprendiz al mayor de los niños, al segundo en la escuela, y a ella con el recién nacido en una buena habitación, en la cual nada hacía falta, y donde se le facilitaría el trabajo que le fuese capaz de ejecutar.

XXVI

¿Qué iba a buscar al anochecer a la solitaria iglesia?

Tal vez el eco de las plegarias de un corazón puro, porque «él» aun no rezaba. Tal vez la huella del ángel que se le había aparecido en figura de mujer

¿Qué iba a buscar? No se sabe. Pero con mucha frecuencia el bedel, al hacer la requisa del templo antes de cerrar las puertas, veíase obligado a llamarle la atención con la palabra y con el gesto.

—¡Se va a cerrar!—repetía con acento monótono—. ¡Se va a cerrar!

Y agitaba el manojo de llaves, aproximándose a aquel personaje misterioso, que no miraba a los cuadros ni los altares, sino que se ocultaba tras una pilastra, como malhechor que aguarda el momento de lanzarse sobre su presa.

«He entrado en «su» iglesia—decía el libro de notas, cerrado con llave—. Era de noche. La lámpara del santuario alumbraba débilmente la parte superior de la nave y dejaba en la oscuridad las pilastras y las capillas. Sólo una de éstas, llena de exvotos, hallábase iluminada aún por unos cuantos cirios, que se consumían chisporroteando: prendas conmovedoras de fe y de esperanza, colocadas allí por afligidas madres, por angustiadas esposas, que aguardaban y solicitaban el auxilio divino. Me aproximé. Un grupo en mármol cautivó mi tencion

.. ..

«No fué ilusión; no me engañó la fantasía. Real y verdaderamente se asemeja al bellísimo ángel caritativo que atrajo mi atención en el templo. Cuando la vi al siguiente día a la luz del sol, me pareció de repente le brotaban alas azules. Pero su belleza sola no hubiera conmovido mi corazón. La amo, no porque sea para mis ojos la criatura más bella que ha salido de la mano del Creador; la amo porque es la mejor y la mas pura...

.. ..

«¡Torno a la poesía, aun queriendo huir de ella! Y, a pesar mío, vuelvo a verla tranquila y serena en el modesto marco donde se encierra su vida, ennobleciendo a los objetos humildes, vivificando a los inertes, resucitando a los corazones que se creían muertos para siempre...»

XXVII

No, conde de Woronzoff, ya no estás solo; ya no vas amargado, sin ilusiones, errante por el mundo, arrastrando la abrumadora carga de las pesadumbres pasadas. A tu lado está el hada de la Esperanza: la beldad que tiene pupilas de topacio.

¿Para qué necesitas mirarla, cuando, dócil a tu voz, a la voz de su señor, escribe bajo tu dictado crónicas de la historia o relatos de la vida de los magnates y caudillos de tu patria?

¿Para qué necesitas mirarla?

Su imagen está ya grabada en tu corazón con caracteres imborrables.

SEGUNDA PARTE. — Rusia.

El aspecto exterior de las casas en Oriente—escribía un moralista — sólo nuestra por lo general, paredes desnudas. Pero en el interior los ojos quedan deslumbrados al contemplar infinitas columnas, preciosos mármoles, fuentes murmuradoras y, en fin, todas las riquezas y todas las fantasías del arte árabe. Desgraciadamente, la puerta de estas mansiones maravillosas se encuentra cerrada casi siempre, no abriéndose más que para las personas amadas.

«Lo mismo ocurre con algunos espíritus, aparentemente fríos y desprovistos de galas. Para descubrir sus magnificencias ocultas, los tesoros de su corazón, hay también que forzar la puerta de entrada.

«¿Qué es preciso para ello?

«Casi nada: ¡la sonrisa de una mujer!»

Por desdicha, la sonrisa brilló antaño, embriagadora, irresistible; logró forzar la puerta; pero ¿qué ocurrió?... Las magnificencias de la morada íntima fueron devastadas, mancilladas, profanadas, y el santuario vacío cerróse para siempre.

.. ..

Cinco años antes sólo se hablaba en la Corte de Rusia de una estrella que acababa de surgir en el horizonte y que prometía eclipsar a todas las demás por su fulgor triunfante.

La estrella se llamaba Alejandra de Bergstein, y disfrutaba el favor de la Gran Duquesa heredera, una princesa alemana que la trajo en su compañía desde el país natal, cuando, al colocar su mano en la mano que habría de empuñar el cetro del imperio de Rusia, emprendió voluntariamente el camino del destierro.

Este favor, unido a una belleza incomparable, constituía la dote de Alejandra de Bergstein. Su madre, viuda de un conde del Imperio, casi arruinado, la confió al fallecer el año anterior a la juvenil princesa cuya educación tuvo a su cargo. Esta aceptó la misión y desde el momento en que, celebrada la boda, se instaló en San Peterburgo, nombró a Alejandra de Bergstein su primera dama de honor.

Nadie llevaba con gracia más altiva, en el espléndido busto, el lazo de brillantes con las iniciales de Su Alteza Imperial; el distintivo de las damas de honor.

Miles de mariposas de la más selecta aristocracia acudieron a quemarse las alas en el fuego de aquellos bellísimos ojos.

Pero Alejandra se cuidaba muy poco de semejantes homenajes. Era práctica y ambiciosa.

Todos los que contaban con mediano caudal, aun cuando fuesen príncipes o favoritos del Soberano, recibieron una negativa cuando se aventuraron a solicitar la mano de la orgullosa beldad.

—¿Qué es lo que quiere? ¿A qué aspira?—se preguntaban con asombro los que constituían el círculo familiar de la Gran Duquesa.

Al fin una noche de noviembre, en que el palacio de invierno deslumbraba espléndidamente iluminado, y en que Alejandra hacía resaltar su hermosura vistiendo tul blanco, el conde de Woronzoff—que acababa de llegar de Viena donde había desempeñado una misión diplomática de extraordinaria importancia fué presentado a la encantadora dama de honor.

Esta le dispensó una acogida tan llena de reserva, pero al mismo tiempo tan halagadora y tan graciosamente modesta, que todos pensaron que el conde era el favorecido por la suerte, si se tomaba la molestia de hacerse agradable.

Alejandra estaba muy bien informada. Sabía que ninguno de la Corte, ningunos de los bayardos de provincias podía llamarse rico al lado del conde de Woronzoff

¡Cuánta habilidad desplegó en sus ma-

Continúa en la Pág. 11

M.E.C.D. 2016

UNA VISITÁ AL CREADOR DE

MAMA INES

NUEVA York, bajo la nieve, es un gigante aterido Todo está blanco, plenamente blanco. La gran ciudad produce una grata sensación de limpieza pero cuando termine la nevada será un fangal intolerable. Mientras sobre la Séptima Avenida voy pensando en todo esto, los copos azotan el rostro colándose bajo el ala del sombrero. Calle 55.

El autor de «Mamá Inés» me espera. No lo veo desde el año 35, y mientras lo abrazo aprecio en su amplia sonrisa que su carácter optimista de siempre, bajo los rascacielos newyorkinos, sigue siendo un aliado del Maestro tal como en París, en la deliciosa bohemia de las noches de Montmartre. Exclama:

—¿Qué tal, viejo? ¡Cómo has engordado! ¿Y París? Cuéntame. Pero te estás quedando calvo...

Como una ametralladora, Grenet me formula cien preguntas, mientras me despojo de los guantes, de la bufanda, del abrigo. Su simpatía por París se desborda en mil curiosidades. Comprendo y sonrío. En tanto, la nieve, monorrítmica, se aplasta sobre el cristal de la ventana.

Un mullido butacón recoge mi humanidad entumida. La cotelera centellea entre los dedos de Grenet. Un «daiquirí» erizado de hielo—como los del Floridita que, ¡hélas!, quedan a mis espaldas—se vierte sobre las copas.

—Háblame —le digo— de tu parábola en Nueva York. De tus triunfos, de tus obras, de tus realidades, de tus proyectos...

El creador de «La Virgen Morena», sonríe y calla. Mi curiosidad, disparada a boca de jarro, despierta su evocación. Sus ojos oscuros se levantan sobre mi cabeza y su mirada se pierde, en un mar de recuerdos.

—Muy bien. Me he sumado otra vez a la vida meteórica de esta ciudad. Nueva York sigue siendo el mismo pulpo de siempre... el que tú conoces. Competencia trajín, montañas de dólares y montañas de ilusiones. Para mí, la cosa es más fácil. Mi música gusta en los Estados Unidos y los productores no olvidan al autor de «Mamá Inés». Tengo, pues, un trabajo excesivo.

—¿Y tus últimas composiciones?

—He escrito mucho en el año pasado. Por el radio, en discos de fonógrafos, en papeles de música, mis recientes congas «Yumuri», «Asunción», «Habanera» y «Cubanita» se tocan a todas horas. También han gustado mucho «Cuba de mi vida» y «Romance de la Habana», músicas de sentimiento folklórico. Pero de todas mis últimas composiciones, «Trago largo» es casi la que a mí más gusta. Es una rumba. La letra es de Andrés Eloy Blanco y está prohibida en Venezuela. Espérate. Quiero que la oigas.

Grenet se anima. Hablar de música produce en él un efecto de estimulante. De un «trago largo», como la rumba que va tocar, vacía su copa, apaga la punta de su cigarrillo y, cual si un potente resorte lo empujase, salva en un relámpago los tres metros que separan su butacón del piano. Sus manos, se sumergen en el estanque del teclado, mientras los ritmos brujos de «Trago largo» me hacen comprender la devoción que despiertan en el Maestro. Su busto se inclina sobre las teclas en ángulo agudo, ladea sobre el hombro izquierdo su cabeza plena de cabellos negros—la posición clásica de Grenet cuando toca con el alma—mientras las palabras de Andrés Eloy Blanco van acompañando la armonía del sonido. ¡Lástima que un úkase caraqueño impida a los venezolanos escuchar la música y la letra tan gozosamente matrimoniadas!

«Trago largo» termina. Eliseo se levanta del piano e imprime en la cotelera los ritmos de otro «daiquirí». Mientras ejecuta esas labores de «barman», paseo mi curiosidad sobre las cosas interesantes que tiene en las consolas, en las mesitas, sobre las paredes. Un marco pequeño adosado a un muro, encuadrando un cheque de banca, despierta mi interés. Está dirigido a Eliseo Grenet, allá por el año 1920 y su valor es de 29 centavos.

Una carcajada del Maestro turba mi contemplación.

—¿Te sorprende? —me pregunta jovial. —Pues si supieras de qué se trata. Ese cheque de 29 centavos representa los derechos de autor que me correspondieron en dicho año por mi música tocada en Cuba. Como ves, lo conservo como una reliquia, que es a la vez todo un discurso ciceroniano. Eso pasaba cuando las «vacas gordas»; cuando «La Chambelona», «Si muero en la carretera...» y las más populares de mis músicas se tocaban a todo tren desde el Cabo San Antonio a la Punta de Maisí... Y ya ves los derechos que ello me produjo.

—¿.....?

—Sí; es triste, pero intensamente cierto. Por tales cosas y otras muchas los músicos cubanos emigramos de nuestro país. Para mí, esa obligación es uno de mis más grandes dolores. Cuba es mi amor más intenso, y aunque creas que exagero, si fuera necesario, por ella estoy dispuesto a sacrificarlo todo: mujer, hijos, afectos...

Grenet se ha conmovido. Cubano cien por cien, no puede comprender ciertas cosas. En el fondo, nadie puede comprenderlas. El Maestro Grenet recibe cheques de todos los países del mundo por los derechos de autor que le corresponden... menos casi de Cuba. Nadie es profeta en su tierra, dice el refrán, y aquí se cumple religiosamente.

Son cerca de las cinco de la tarde y en el salón de Grenet las sombras se espesan por momentos. La luz de una lámpara de pie las combaten. Grenet me habla del Cabaret «Yumuri». Broadway y la calle 52. Templo de música criolla.

El maestro Grenet dirigiendo su orquesta en New York

Imaginada, creada y animada por Eliseo, sigue su ruta de éxitos. A ella dedicó Grenet lo mejor de sus esfuerzos. Pero ya está cansado. El «night club», en su diaria rutina, quita arrestos y embota los dinamismos. El hombre que mejor comprende la música popular cubana es un generador infatigable de energías. La noria del cabaret encadena su espíritu batallador. Eliseo Grenet emigra tras otros objetvios más a sus gustos y a sus prácticas fantasías. Tiene interesantes proposiciones de México y la Argentina. La Radio Belgrano lo requiere por doce semanas para que dirija doce de sus operetas. Otra empresa de Radio de Ciudad Méjico lo busca para que interprete él mismo sus composiciones. De los Estados Unidos los contratos se acumulan también. Grenet vacila.

—¿Y del cine, qué? ¿No has hecho nada para Hollywood?

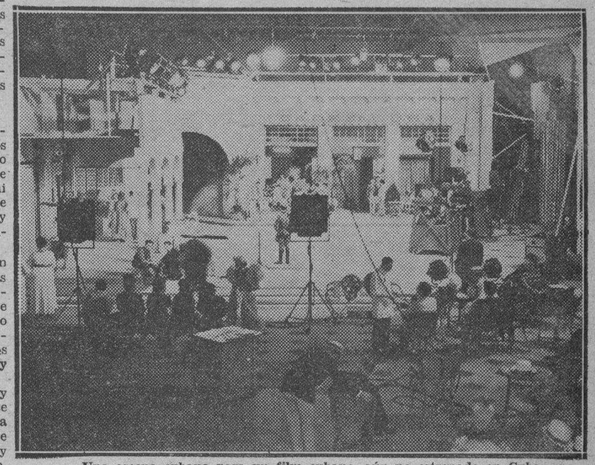
—Sí, varias veces he compuesto para los magnates del séptimo arte. También tengo una película que hice para la Warner Bros. Es decir, un «sketch» de ambiente musical criollo. La cosa pasa en la Plaza de la Catedral donde hay un café al aire libre, un estanco de billetes de lotería y otras cosas más. Yo toco con mi orquesta. Es un motivo para oirme y oir mi música. No sé por qué no se ha exhibido en la Habana. Claro, el ambiente quiere ser cubano pero le faltan detalles. Yo protesté de ciertas cosas inexistentes en Cuba y de ciertos anacronismos que, aunque no nos perjudican, no dan el sabor de lo nuestro.

Se hace tarde. La cotelera y los cigarrillos se hermanan en un ritmo de zarabanda. Grenet me cuenta mil cosas, cien episodios diversos: es una pirámide de memoria vívida. Me habla de las dificultades de los extranjeros en los Estados Unidos, especialmente los músicos, aunque comprende que las medidas de defensa son indispensables ante la competencia. Sucede lo mismo que en Europa, que en todas partes. Me relata una anécdota sabrosa, de hace muchos años, la primera vez que fué a Nueva York.

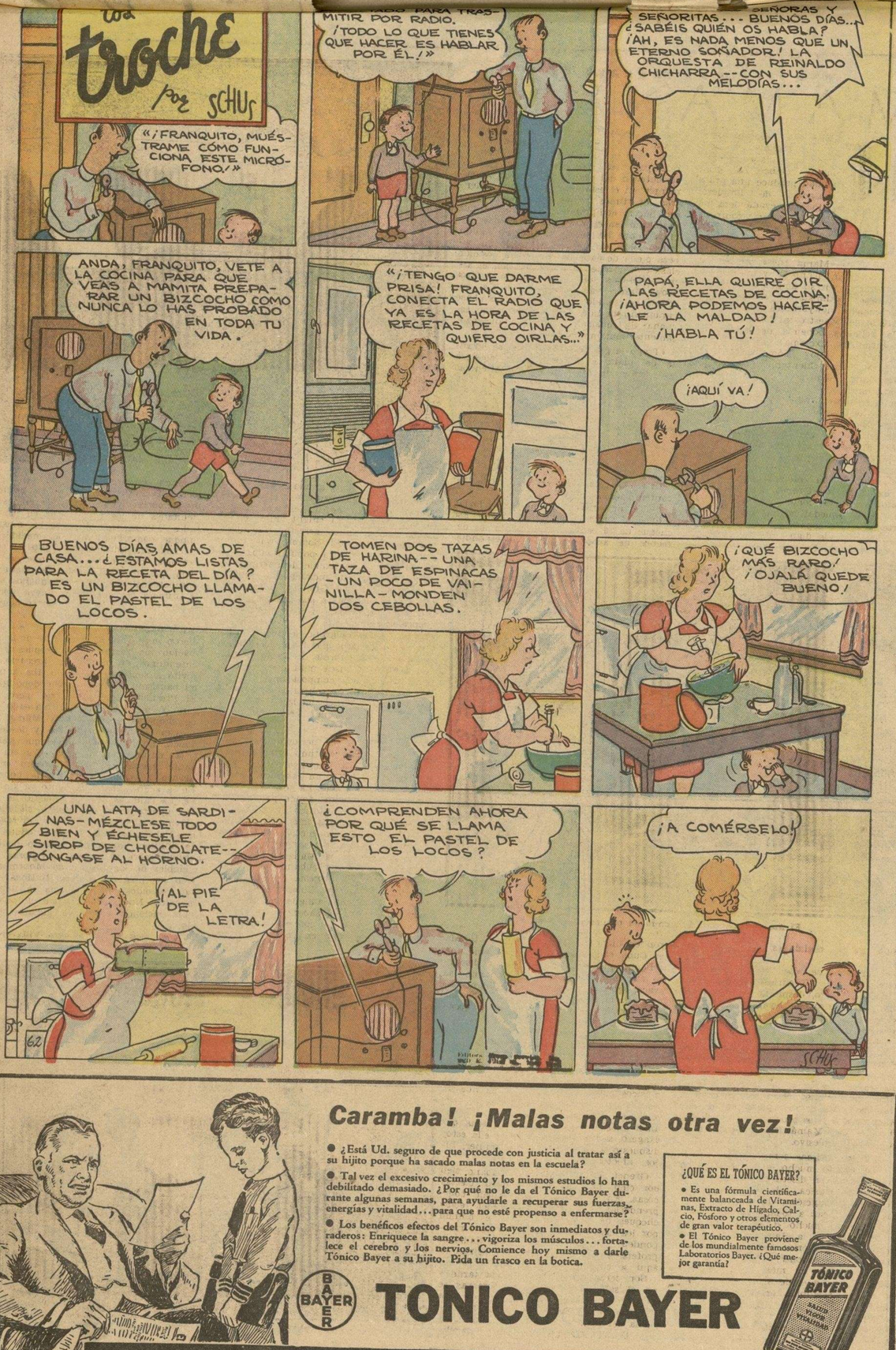
—...y yo llegué un poco encogido a la «American Federation of Music». Tenía que pasar unos ejercicios. Me atendieron muy bien. El Presidente de la Asociación me recibió poco después y nos entendimos en mi inglés precario. Me invitó a sentarme al piano. Iba a pasar mi bautismo de fuego. ¿Qué debo tocar? El Presidente me mira frío, pero burlón. Y me dice con un marcado dejo de simpática ironía: «Play Mama Inés, please». El hielo quedó roto, y desde entonces no he recibido más que halagos

Me enfundo en el abrigo. Con mi borsalino hasta los ojos, estrecho en un abrazo al viejo camarada de bohemia. En la acera silbaba el viento ya sin nieve. La calle 54 era un amasijo de lodo. Del apartamento de Grenet—situado en el «main floor»—sale la voz del Maestro que había alzado la ventana: «Buen viaje, Villitica; ojalá muy pronto podamos revivir sobre el terreno, las horas inolvidables de las noches de Montmartre». Con sus palabras últimas tintineándome en los oídos enfilo hacia la Séptima Avenida. Nueva York, entre el lodo, seguía luciendo como un gigante aterido...

Renato Villaverde.



Una escena cubana para un film cubano, aún no estrenado en Cuba



Caramba! ¡Malas notas otra vez!

- ¿Está Ud. seguro de que procede con justicia al tratar así a su hijito porque ha sacado malas notas en la escuela?
- Tal vez el excesivo crecimiento y los mismos estudios lo han debilitado demasiado. ¿Por qué no le da el Tónico Bayer durante algunas semanas, para ayudarle a recuperar sus fuerzas, energías y vitalidad... para que no esté propenso a enfermarse?
- Los benéficos efectos del Tónico Bayer son inmediatos y duraderos: Enriquece la sangre... vigoriza los músculos... fortalece el cerebro y los nervios. Comience hoy mismo a darle Tónico Bayer a su hijito. Pida un frasco en la botica.

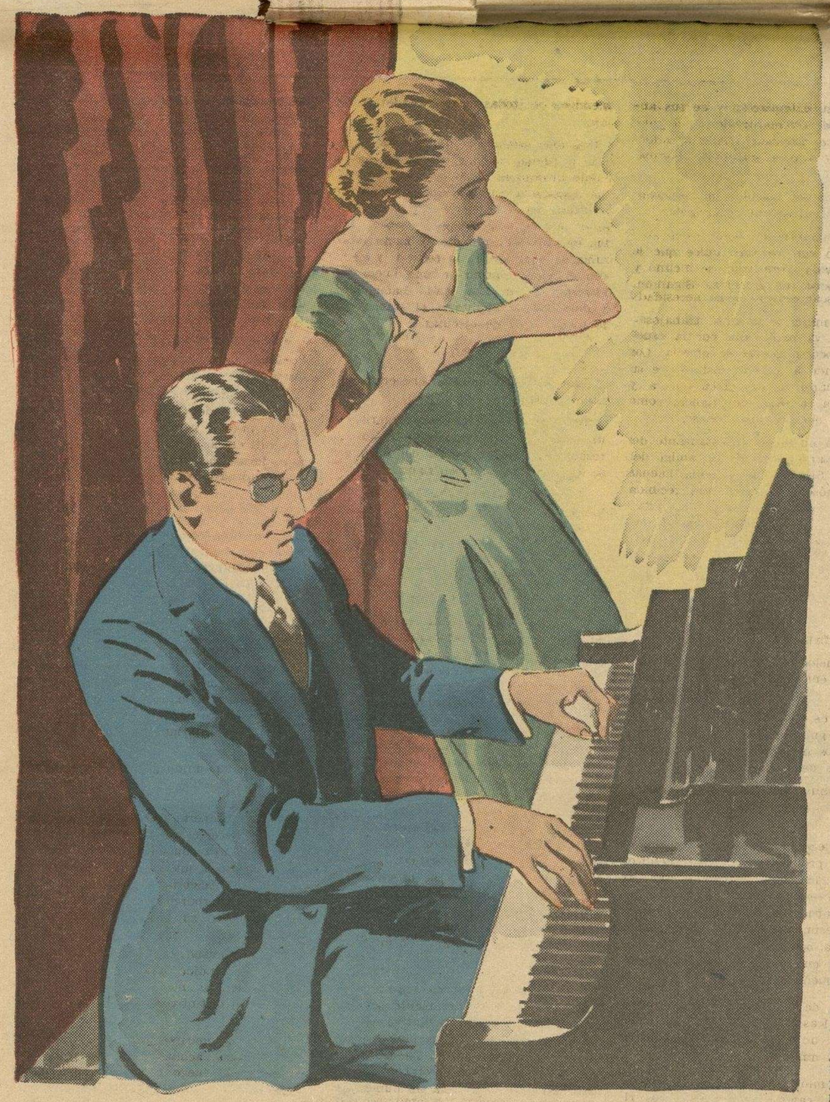
¿QUÉ ES EL TÓNICO BAYER?

- Es una fórmula científicamente balanceada de Vitaminas, Extracto de Hígado, Calcio, Fósforo y otros elementos de gran valor terapéutico.
- El Tónico Bayer proviene de los mundialmente famosos Laboratorios Bayer. ¿Qué mejor garantía?

BAYER

TONICO BAYER

RENUEVA LAS FUERZAS VITALES



Al principio, no acertó a dar con las teclas correctas del piano. Luego, ya no pudo dominar sus nervios ante semejante error.

Gafas oscuras

por James S. Bealle

ALICE COMPTON sintió que alguien acababa de entrar en la habitación, y sin volverse preguntó: "¿Katrina, ha sonado el timbre de la puerta?"

—Sí, Miss Compton. Es su agente el señor Douglas.

—Entonces, arregla las cosas y dile que pase adelante.

Un instante después, la criada regresaba a la pieza seguida del señor Douglas. Era un hombre de unos cuarenta años y pico, calvo y de buen físico. Sonrió y le hizo una señal a la criada para que se alejara de allí.

—Buenos días, señor Douglas. Katrina me dice que hace una mañana preciosa.

—¡Muy linda!, contestó Douglas al mismo tiempo que tomaba la fina mano de Alice y se la apretaba afectuosamente. Luego añadió:

—Siento mucho que no pueda usted admirar este bello día, pero le aconsejo que se vaya a dar un paseo por el campo.

—¡Así lo haré, y gracias por el consejo! ¿Tenemos algo de qué tratar hoy?

—Bueno, si usted desea lo llamaremos asuntos de negocios! Todos los asuntos que un agente discute con los artistas que representa son cuestiones de negocios, aunque sean de índole personal. Sin embargo, no sé cómo llamar lo de hoy. Si se tratara de dólares y centavos, no me costaría trabajo explicárselo. Por eso no sé si usted me dejará hablarle durante cinco minutos corridos.

—¡Por supuesto, amigo Douglas! Escucharemos una de mis virtudes.

EL AGENTE comenzó de esta manera: "Es sobre la trasmisión de radio que hizo anoche con Hudson Van Nuys acompañándola al piano. Cuando salimos de la difusora no me atreví explicarle por qué Van Nuys se equivocó de clave y se puso tan nervioso. El acompañamiento, como era natural, la afectó a usted en su canción y el programa resultó perjudicial a la reputación de ambos."

—Hace cinco años—continuó—que vengo representando a Hudson Van Nuys. Es un cliente excepcionalmente raro, pues nació ciego. Por esta razón nunca permite que le tomen fotografías. Su público no debe verlo jamás. Es sumamente sensible cuando le hablan de su defecto y ningún empleado del estudio debe hacer mención de esto mientras está en presencia de él. Se les ha dicho que lo traten como a un igual, sin darle a demostrar que le tienen lástima.

—Es el único hombre que se ha vuelto célebre y ganado una fortuna de millones como pianista de género popular. Cuenta con un público enorme, tan vasto como el que oye los programas de variedades más importantes de la radio. Nadie ha podido explicarse por qué estos millones de radioyentes prefieren oir ese programa con música de piano nada más y con Van Nuys actuando como su propio locutor.

—Probablemente, se debe a que posee una voz juvenil y ardorosa al mismo tiempo. Sus admiradores se hacen la ilusión de que lo conocen íntimamente hace muchos años, y esto hay que acreditárselo a las personas que escriben las amenas exposiciones que él se aprende de memoria.

—Van Nuys vive temiendo constantemente que el público se entere de su ceguera. No es que le preocupe la ruina profesional, pues tiene dinero y es económicamente independiente. Es que le persigue la obsesión de que descubran su defecto.

—Miss Compton, usted sabe que todo el mundo cultiva el culto del heroísmo. Hudson Van Nuys, que es ciego, solamente puede cultivar el culto de las voces. La primera vez que oyó hablar por radio al Presidente Roosevelt, me dijo: "Douglas, el señor Roosevelt es un grande hombre." Van Nuys desconoce en absoluto la política de Roosevelt y posiblemente no le interesa, pero como ciego al fin se dejó cautivar por la voz del Presidente, y pudo comprender sus intenciones.

—Posee un espléndido mirador frente al Río Hudson, con vista al Parque de Palisades y a los panoramas del estado de New Jersey. Nunca podrá contemplar aquellas bellezas naturales, pero de seguro que las siente en su espíritu delicado. Además, así los amigos selectos que le visitan, tienen algo digno de ver y se olvidan momentáneamente de su ceguera.

—Todos sus amigos son gente de voz suave y armoniosa. Tres son locutores famosos de la radio, a los que quiso conocer después de oírlos trasmitir los partidos de fútbol y la inauguración presidencial. Van Nuys recibe miles de cartas semanalmente de sus admiradores. No por vanidad, sino por curiosidad, tiene una persona que las lee. Para seleccionar a este empleado fué necesario entrevistar a más de 50 personas hasta conseguir una que tuviera la voz adecuada que exigía el pianista.

DOUGLAS hizo una pausa y entonces continuó su relato:

—Yo creo que a mí me nombró su agente porque le impresionó bien mi manera de hablar. Lo que deseaba decirle, Miss Compton, es que el martes pasado me llamó a su casa y me confesó que estaba enamorado. Parece que ha estado oyendo sus discos fonográficos y se ha enamorado de usted por la voz.

—Por eso me pidió que la invitara a cantar el jueves por la noche en su programa. Era su vigésimoséptimo cumpleaños. Se alegró cuando le dije que yo también la representaba a usted. Lo primero que me advirtió fué que usted no debía saber que él era ciego. Se puso unas gafas oscuras. Dijo que le hablaría con naturalidad. Ensayó a caminar por el estudio, contando los pasos desde la puerta hasta el piano. Hizo colocar la banqueta en una posición matemáticamente calculada para que al sentarse sus dedos cayeran sobre las teclas correctas del piano. Luego, se propuso acompañarla hasta la puerta y allí despedirse con absoluta naturalidad. Me confió que no deseaba que usted le tomara lástima, porque aspiraba a gozar de su respeto. "Los ciegos, exclamó, inspiramos lástima nada más, y no quiero que eso me pase a mí con ella."

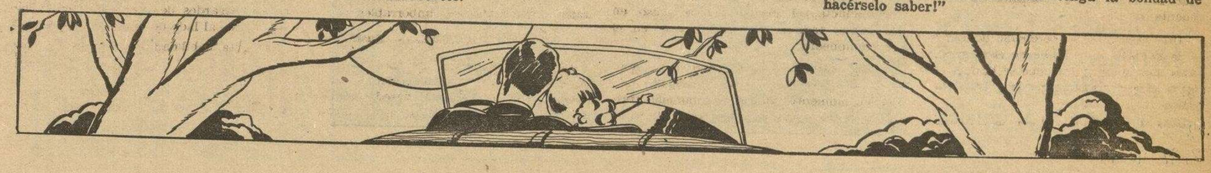
—Como siempre, sucedió lo inesperado. Alguien movió la banqueta del sitio exacto en que estaba. Usted recordará que él entró y la saludó efusivamente y que en seguida se sentó al piano. Pero como habían movido la banqueta, no pudo acertar a colocar sus dedos en las teclas correctas. Por un momento quedó turbado. Después pudo continuar, pero a través de todo el programa se notaba que era víctima de una gran nerviosidad. El primer error lo perdió.

—Terminada la trasmisión, me preguntó si le había causado mal efecto a usted lo sucedido. Está seguro que logró ocultarle su ceguera. Yo le dije que usted vivía muy sola y que quizás él la podía visitar y entablar amistad. Me contestó que no, que deseaba que usted lo recordara como lo había conocido en el estudio.

Douglas hizo otra pausa y se dirigió a la ventana para mirar al panorama que se extendía ante su vista. Poco después se volvió a Miss Compton y le dijo:

—Ahora, Alice, ¿qué cree usted de todo esto? ¿Debo decirle a Van Nuys que usted es ciega también?

—¡Sí,—respondió la aludida—tenga la bondad de hacérselo saber!"



M.E.C.D. 2016

Loretta la Maravillada

Loretta Young, la Fanática Número 1 del Cinema, Que Suspira Por el Héroe, Odia a los Villanos y Llora Por las Heroínas, Unico Fenómeno de su Clase en Hollywood. Por Mario J. Gualda

Hollywood.

HAY dos maneras de mirar a Loretta Young, y en ambos casos el efecto es monumentalmente agradable.

Podemos verla como si se tratara de una creación inefable y encantadora, envuelta en los sutiles pliegues de una nube color de rosa, o bien podemos conceptuarla, aparte de su sin par belleza que no tiene posible relación con el barro humano, como una mujer semejante a las demás que por una de esas inexplicables casualidades de la naturaleza ha sido dotada de un conjunto de facciones perfectas.

El que estas líneas escribe viene observando a Loretta Young hace muchos años con la esperanza de descubrir algún día uno de esos detalles insignificantes que revelan la similitud de los privilegiados con los seres humanos comunes y corrientes. Nunca he podido creer que su grado de perfección sea tan absoluto que no tenga, convenientemente simulado, uno que otro defectillo de menor cuantía.

Desde luego que si le aplicamos el microscopio demasiado cerca, en seguida aparecen las primeras señales de humanidad. A Miss Young le repugnan las espinacas; no le gusta mojarse los pies; se le pegan las sábanas por la mañana; cruza las piernas sobre los cojines del sofá; quiere dominar a su hermana menor ejerciendo sobre ella una autoridad que no tiene.

Igual al de las demás criaturas de este mundo es su fanatismo por las películas.

Tan pronto se encuentra en un teatro o en un cuarto de proyectar cintas, Loretta Young es otra Alicia en el país de las maravillas. Conoce al dedillo todas las triquiñuelas del ramo cinemático. Al cabo de doce años de servicio en la industria del celuloide se ha podido relacionar con todos los artistas de Hollywood. Pero cuando está viendo una película, las personas y las cosas de este mundo se esfuman de su mente y ya no es sino una ingenua muchachita embelesada en la contemplación de los episodios retratados en el lienzo.

Loretta, como las colegialas, suspira por el heroe de la obra, odia al villano y llora por la suerte de la heroína. No es de las que pretende que no la emocionan las escenas. Cuando vió la primera exhibición de la película **El Prisionero de Zenda**, a pesar de la abundancia de melodrama que hay en la obra, no pudo contener los suspiros cada vez que aparecía en la pantalla la figura arrogante y caballerosa de Ronald Colman. "Siempre que lo veo en una nueva película—confiesa—renace en mi corazón una gran emoción. Al terminarse la exhibición de esta última cinta salí de la sala de proyecciones como una muchacha de dieciseis años en un éxtasis de amor."

HACE algunos meses. Loretta me invitó a almorzar en su casa, una hermosa vivienda estilo colonial situada en la sección de Bel-Air, en el Bulevar Sunset. La conversación duró más de una hora y siempre volvía al tema de su predilección, la más reciente película que había visto. Me dijo que había llorado mucho viendo la genial producción de Walt Disne, **Blanca Nieve y los Siete Enanos**, y que tampoco pudo contener las lágrimas al presenciar las emocionantes escenas de la película **En el Viejo Chicago**. En cambio, la cinta **Adversidad** no le gustó tanto, porque no la hizo llorar.

La próxima vez que la ví después de esta visita a su hogar, estaba presenciando las primeras pruebas adelantadas de la película **Cuatro Hombres y Una Oración**, una especie de comedia melodramática sobre el tema de las intrigas diplomáticas, en la que aparece en compañía del galán David Niven, a quien ella protegió presentándoselo a Samuel Goldwyn como un buen candidato para actor.

De la belleza y las gracias que adornan a Loretta Young se ha escrito tanto que ya casi se tiene olvidado este otro aspecto sentimental de su personalidad de que hemos venido hablando. A nuestro juicio, la referida característica es la que explica porqué aun después de doce años de trabajo en el lienzo Miss Young conserva aun la frescura de sus primeras interpretaciones cinemáticas y está ahora precisamente en el apogeo de su fama.

Esa actitud de Alicia en el país de las maravillas es lo que le imprime a las películas de Loretta el sello inconfundible de su personalidad. Ella discute los personajes que representa con entera objetividad, pero no le entusiasman las obras donde no refleje el asombro que generalmente asociamos con la heroína Alicia.

Esto en cuanto a la parte artística del cine, que en lo tocante al negocio la situación varía totalmente. Miss Young es una de las mujeres más avisadas de Hollywood cuando se trata de sacarle el mayor partido posible a su trabajo. No acaricia ilusiones banales sobre su porvenir financiero, ni cree que el cine hace millonarios a los artistas, hasta el extremo de que hizo todo lo posible por convencer a su hermana Georgianna, de trece años de edad, que no debía aceptar un contrato del productor Selznick para un papel secundario en la próxima filmación de la obra **Gone With the Wind**.

"No hubo manera de persuadirla—dice—de que no es oro todo lo que reluce. Como ve que poseo una mansión y que vivo relativamente bien, quiere hacer lo mismo. No comprende que llegar a donde estoy me ha costado doce años de terribles sacrificios."

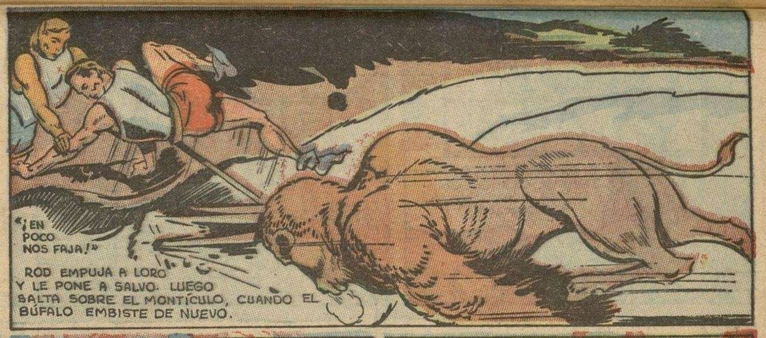
Le recordé que ella también había sido joven y abrigado la esperanza de ser estrella, a lo que me respondió que en aquella época era distinto. El cine estaba entonces en pañales y con ser bonita cualquier muchacha podía abrirse paso en los elencos. Hoy día las cosas son muy diferentes; el cine es una industria y un negocio antes que nada, y para triunfar en el ramo, que está tremendamente especializado, se necesita algo más que talento y belleza.

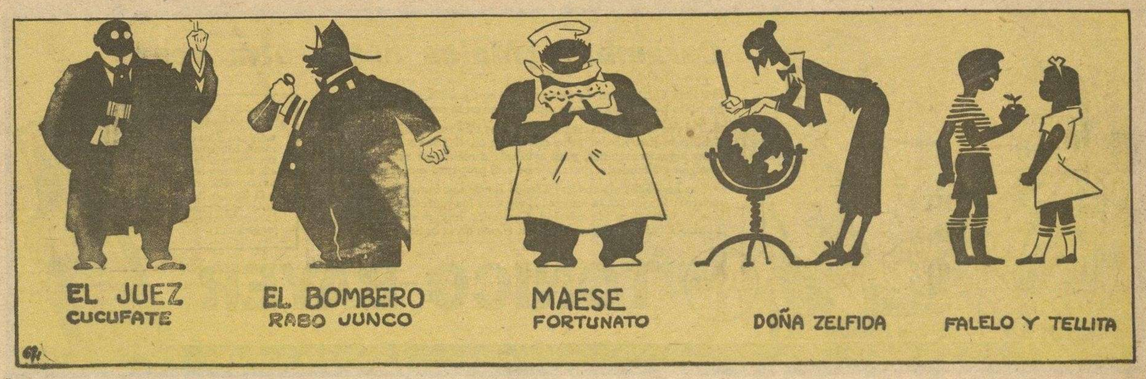
AUN en los negocios, Loretta sabe poner la nota de la cordialidad. En su camerino hay una caricatura que representa una cafetera rodeada de biscuits. Debajo del dibujo aparecen las firmas de todos los artistas que tomaron parte en la cinta **Café Metropole**, en la que tan señalado éxito alcanzó con Tyrone Power. Los compañeros de trabajo le hicieron este presente porque mientras se filmaba la película todos los días se presentaba en el estudio con una cafetera llena de café y docenas de biscuits para obsequiarlos.

Entre las escenas, Loretta habla y bromea y llena de vida el ambiente del estudio. Trabaja con ahinco y es muy comprensiva con los demás camaradas. No se da humos de gente grande. En el fondo de su alma sabe que tan pronto salga de allí y se meta en un cine a ver películas, se transformará en una chiquilla sentimental y sensitiva, que llora a la menor provocación.

M.E.C.D. 2016

ROD RIAN
DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA
PAUL H. JEPSON





Myra la Intrépida

SINOPSIS ANTERIOR: CUANDO LOS SECUACES DE LING SIN ATACARON AL CAPITÁN DE LA POLICÍA Y SE LLEVARON A JACK LANE, LEW WEN LOGRÓ ESCAPAR EN UN AUTOMÓVIL DE ALQUILER.

TODO INDICABA QUE IBA A PONERSE A SALVO, PERO PRONTO LOS LUGARTENIENTES DE LING SIN LO ESTABAN PERSIGUIENDO DE CERCA.

¡CUIDADO CON MI AUTOMÓVIL!

EL AUTOMÓVIL NO TIENE IMPORTANCIA. HAY UNA VIDA DE POR MEDIO.

TAXI

TRATARÉ DE SALTAR Y SUBIR LAS ESCALERAS DEL EDIFICIO DEL GOBIERNO.

LEW DA UN SALTO Y EMPIEZA A SUBIR LAS ESCALERAS, PERO ALGUIEN LO DETIENE..

¡UN MOMENTO, COLEGA!

ALARMADO, LEW SE ABALANZA SOBRE SU ASALTANTE MIENTRAS LOS POLICÍAS LOS RODEAN A AMBOS.

¡ALTO AHÍ LOS DOS! ¡ESTÁN ARRESTADOS

¡GRACIAS, AMIGOS, ESO ES PRECISAMENTE LO QUE DESEO!

MIENTRAS TANTO, LING SIN, AGUARDA EN SU FORTALEZA LA LLEGADA DE JACK LANE.

¡ESTÁ BIEN, LING SIN, ME TENGO MERECIDO EL CASTIGO QUE QUIERAS IMPONERME! ¡HE TRATADO DE SALVAR AL MUNDO DE TU TIRANÍA, PERO HA SIDO EN VANO!

¡VAMOS, SARGENTO, NO SE PONGA MELODRAMÁTICO! SOY YO LA QUE SALVARÉ AL MUNDO, COMO LO VERÁ PRONTO. ¿NO QUERRÍA SALUDAR A SU AMIGA?

¿ESTÁ MYRA AQUÍ? ¿PUEDO VERLA AHORA?

PASE POR AHÍ. ELLA HA DECIDIDO TRABAJAR EN MI LABORATORIO.

¡MYRA QUERIDA!

¡HOLA, JACK! ¿DÓNDE HAS ESTADO?

TODA LA ESCENA ES OBSERVADA POR LING SIN A TRAVÉS DE LA PARED DE CRISTAL.

¿MYRA, QUÉ TE HAN HECHO? ¡PARECE QUE NO ME RECONOCES!

¡SI TE RECONOZCO, JACK! ¡PERO ESTOY OCUPADA TRABAJANDO EN UN GRAN EXPERIMENTO!

¡JÁ, JÁ! ¡MAGNÍFICO!

CHARLES COLL

CONTINUARÁ LA PRÓXIMA SEMANA...

CENICIENTA

Por Sam Lukas

Arleen Whelan, la Cenicienta de 1938.

Hollywood.

EL DIRECTOR de películas H. Bruce Humberstone iba paseando por el Bulevar de Hollywood, como era su costumbre, una diáfana mañana del mes de mayo. Lo menos que pensaba era que estaba tejiendo en su cabeza una historieta semejante a la de la Cenicienta y que él estaba predestinado a hacer un papel de príncipe en la vida de una muchacha a quien no conocía.

Efectivamente, al llegar a la calle Vine, la vió pasar como un sueño por su lado. Era peliroja y sus ojos verdes lucían como dos bellas esmeraldas. Tenía un cuerpo esbelto, caracterizado por esas líneas que los agentes de publicidad llaman aerodinámicas. Humberstone la siguió y la vió entrar a un taller de embellecimiento. Sobre la mesita donde la chica trabajaba, había un letrero que decía: Arleen Whelan, manicurista.

Al verlo entrar, la señorita Whelan le preguntó: ¿desea manicurarse? El director sonrió y se fué directamente a la oficina del propietario del establecimiento, al que conocía. "Pat,—le dijo —deseo que me presentes a esa muchacha que trabaja aquí. Creo que tiene aptitudes para el cine." Pat lo llevó a donde Arleen y después de las formalidades de rigor le dió permiso a la empleada para que al día siguiente fuera a hacerse la prueba fotogénica en los estudios Twentieth Century-Fox.

Así empezó la novela de esta encantadora jovencita que jamás había soñado con ser estrella de la pantalla. La prueba fotogénica salió muy bien, a pesar de lo azorada que se puso al enfrentarse a las cámaras.

AL VER la prueba, Darryl Zanuck, jefe de la compañía, le firmó un contrato por sus servicios.

Muchos escépticos dudarán de la veracidad de esta historia, pues se han dado casos en Hollywood en que los productores han "situado" a muchachas que se supone les eran desconocidas en ciertos y determinados lugares para luego "descubrirlas" y dar a conocer el hallazgo de una manera sensacional. Sin embargo, lo dicho de Miss Whelan es absolutamente auténtico, como puede comprobarlo todo el que vaya al hotel Roosevelt y pregunte si trabajó allí de manicurista después de cursar seis meses de estudios en una academia de embellecimiento.

Tan pronto la Twentieth Century-Fox tuvo en sus manos a la nueva Cenicienta, la mandó a estudiar artes dramáticas. Mientras tanto, prohibió que la pusieran a trabajar en películas sin importancia y no dejó que los agentes de publicidad publicaran nada sobre ella. Así permaneció un año, preparándose para el debut.

Hace algunas semanas, el productor Zanuck anunció que este debut será como figura estelar con Warner Baxter en la película Secuestro, adaptada de una obra de Robert Louis Stevenson.

Difícil es en verdad predecir lo que le aguarda a esta bella jovencita en el futuro. Arleen no quiere hacer especulaciones y lo deja todo en manos del destino. Su descendencia irlandesa por ambas ramas de la familia la hace sentirse media fatalista cuando se trata de su propio porvenir. Por ahora, lo único que le preocupa aparte de su carrera es amortizar la hipoteca de la casa donde vive con sus padres y mandar al colegio a su hermano Bobby, que cuenta catorce años de edad.

El padre de Arleen, Arthur Whelan, tiene un pequeño taller de mecánica eléctrica, negocio a que se dedicó después de haber sido jugador de pelota por varios años en los equipos de muchas ciudades americanas del oeste. La madre quería que ella hiciera la carrera musical y la había hecho estudiar con este propósito. Sus obras predilectas son las de Beethoven y en ópera le gustan más Carmen, Lakme y Madame Butterfly. Como tiene vocación para el canto, en la cinta Secuestro la hacen cantar una balada escocesa compuesta especialmetne para ella. Los que la han oído dicen que canta muy parecido a Alice Faye.

MUY pocas son las manicuristas tan educadas como Miss Whelan y que sobresalgan en tantas actividades a la vez. Sabe bailar admirablemente bien, es ágil nadadora, sabe correr a caballo, juega tennis. No visita los lugares de diversión nocturna y se acuesta a las diez de la noche en punto. Sale de paseo a menudo con Bill Faye, el hermano de Alice, con quien tiene íntima amistad.

El primer día que la pusieron a trabajar estaba excitadísima y el director Alfred Werker tuvo que hacerla sentarse quieta en un rincón del estudio durante dos horas mientras filmaba las escenas en que ella no tomaba parte. Se inició ante las cámaras con Warner Baxter y Freddie Bartholomew y lo hizo como una veterana. Confiesa que Baxter le dió buenos consejos y que con su ayuda no perdió la calma ni se puso nerviosa cuando llegó el momento de actuar.

Arleen administra su dinero con la diligencia de una competente ama de casa. Ahorra el diez por ciento del total y el resto lo distribuye según las necesidades de la familia. Todavía no gana un sueldo lo suficientemente grande para pensar en amasar fortuna.

Por su perseverancia y laboriosidad, y por su amor al estudio, es muy posible que vaya mucho más lejos que otras que se creyeron perfectas cuando apenas empezaban a dar los primeros pasos en la carrera cinemática. A diferencia de esas que pierden la cabeza tan pronto han sido seleccionadas en algún reparto de importancia, Miss Whelan se dedica a cultivarse, cantando dos horas diariamente y tomando lecciones adicionales por la noche con su maestra de música Florence Enright.

"Estimo que aun no soy una artista, —dice—y por si tengo que volver a mi trabajo de manicurista, a ganar dieciocho dólares a la semana, quiero ahorrar todo lo más que me lo permitan las circunstancias." Viste sin extravagancia, pero con gusto. Hasta la fecha el único lujo que se ha echado encima es un vestido muy bonito que se compró el día que cobró el primer sueldo.

La han comparado con Janet Gaynor, pero es más esbelta que ésta, pues tiene una estatura de cinco pies cuatro pulgadas y media. Pesa 112 libras. Estos son los detalles generales de la Cenicienta de 1938.

CON motivo de la buena fortuna que le ha tocado a Miss Whelan, me decía una amiga artista que hay personas en este mundo a quienes protege el ángel de la fama.

"Mire usted, Gualda, — exclamaba en son de queja — yo no me creo más hermosa que nadie ni tampoco tengo pretensiones de genio. Pero a fin de cuentas no soy tan fea que no llame la atención. ¿Qué opina?"

"Pues yo opino — le contesté sinceramente — que está entre las diez mujeres más atrayentes que he conocido en los muchos años que llevo viviendo aquí."

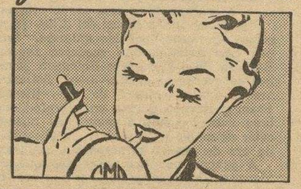
"Es lo que me han dicho otros, — repuso — y lo que afirman los pintores para quienes hice de modelo en Nueva York antes de trasladarme a Hollywood. Pero ya ve lo bien que me han ido semejantes recomendaciones. En aquellos días todo el mundo se deshacía en elogios de mi cabello rojo y mis ojos verdes, exactamente iguales a los de Arleen Whelan. Cometí el error de creer en los piropos. Hubo hasta directores de influencia que me alabaron de la manera más exagerada. Y a pesar de tantos aspavientos mi porvenir se esfumó y aquí me tiene, como una Tilly Losch a quien no le permitieran hacer bailes exóticos!"

"Realmente — apunté — no me explico a qué se debe esta indiferencia de los productores."

"A nada en particular, mi amigo, — contestó la artista — sino a las ocurrencias de la fortuna. Esa señora a mí me ha tratado siempre muy mal. Ojalá que a esta muchacha Miss Whelan no le suceda lo mismo, porque sería una lástima. Tiene la ventaja de que empezó su carrera aureolada por la leyenda de la Cenicienta. Eso es mucho más de lo que hemos tenido las otras. Pero si Arleen me consultara, le diría lo siguiente: no te dejes engañar, corazón, y aprovecha la brisa favorable que empuja tu velero hacia el puerto seguro. Trabaja fuerte, hasta imponerte por tus otros méritos, de manera que cuando haya terminado el entusiasmo que despertaste en los primeros días, todavía quede vivo el recuerdo de tu personalidad."

Labios Juveniles

Sin aspecto de Pintura



Porque Tangee les presta vivacidad y frescura juvenil

Observe cómo la magia en el cambio de tono de Tangee pone en sus labios la frescura de juventud y viveza. De anaranjado que es en la barrita, Tangee cambia en sus labios a un tono rosado encantador. Además, su base de "cold cream" mantiene los labios frescos y suaves. Tangee es permanente.

Para obtener armonía perfecta en su maquillaje, use Colorete y Polvo facial Tangee, que también se adaptan al tono natural de su rostro.

Si prefiere color más vivo, para la noche, pida Tangee Theatrical.

El Lápiz de Más Fama

TANGEE

EVITA ASPECTO PINTORREADO

M.E.C.D. 2016

Bosquejos de Louise.

EN LA Pista

Hollywood.

Por Sara Diez

LAS BELLEZAS del lienzo tienen ahora un sitio favorito de reunión: los hipódromos. En recientes meses, este gran deporte ha conquistado a la mayoría de las luminarias, y hoy no es difícil contemplar frente a las taquillas de Santa Anita a las principales mujeres de Hollywood, aquellas que ganan sueldos de cien mil dólares anuales para arriba, codeándose con los seres humanos comunes y corrientes que se dedican al pasatiempo hípico.

De consiguiente, las cronistas de modas tenemos también que visitar los hipódromos de vez en cuando, porque los personajes de nuestras informaciones van allí, no solamente a hacer apuestas sino a lucir sus últimas prendas de vestir para de día. Recientemente fuí a Santa Anita a ver este desfile de elegancias. La primera visión que apareció fué la de la señora de Fred Astaire, una de las damas más aristocráticas de los Estados Unidos. Llevaba un traje sastre de tweed, azul marino y rojo, con un sombrero de fieltro rojo, de copa alta y sin ala.

El Club de la Pista estaba materialmente lleno de celebridades pocos minutos después. ¡Y qué ropas, amigas mías! Abundaban los abrigos de coati y los tapados lujosos, pieles de zorro rojizas y plateadas, envolturas de piel de castor y de cordero.

Izquierda, Bárbara Reed con su abrigo de diseño de arenque, y Jane Bryan en un conjunto elegantísimo de blanco y negro.

LA ESPOSA de Darryl, F. Zanuck, miniatura beldad que adorna la vida del jefe de producción de la Twentieth Century-Fox, llevaba un vestido elegantísimo de tweed azul con infinitesimales motitas blancas, sombrero del mismo color tipo de funda de almohada, confeccionado de fieltro, y pieles de castor.

Nos detuvimos para saludar a la primorosa Anita Stewart, veterana de lo chic y del lienzo, que aun conserva los atributos de su clásica belleza. Vestía de azul marino, una prenda delicadamente cosida, que acompañaba con muy buen gusto de un turbante del mismo color con adornos blancos y de un tapado de coati. La breve Eleanor Whitney iba vestida de crepé carmelita, con abrigo de coati. Cuando nos acercamos a ella estaba conversando con Gracie Allen, ataviada de negro con un abrigo de piel de visón.

Gloria Swanson llamó poderosamente la atención del público al presentarse acompañada de Gene Markey. Gloria tiene el valor que necesita una mujer de convicciones para lanzar una nueva moda: es la primera que luce en Hollywood las zapatillas estilo sandalia con suelas de 5 centímetros de espesor y tacones de corcho.

Entre las prendas más populares en el hipódromo de Santa Anita y para cualquier salida figuran los trajes de tres piezas, consistentes de chaquetilla y chaquetón del mismo color y falda en color de contraste. Irenne Dunne vestía un conjunto de esta clase, confeccionado de lanilla de tejido diagonal, de chaquetilla carmelita y gris con clavel rojo anaranjado en la solapa, falda de un rojo anaranjado más pálido y sobretodo del mismo color del clavel. Agréguese a esto cartera y escarpines de piel de caimán y se comprenderá por qué Miss Dunne se veía tan audaz en esta indumentaria.

Abandoné los salones del Club para echar un vistazo por las galerías. Las primeras artistas que encontré fueron Bárbara Reed y Frances Robinson, jóvenes del elenco de la Universal, vistiendo ambas trajes sastres de tres piezas. Frances llevaba puesto un sobretodo de lana suave, cosido a mano, del mismo color de moho de la falda. La chaquetilla era de género estampado a cuadros.

A juzgar por las novedades que se vieron en los albores de la primavera, el color azul va a ser muy popular este año. June Lang, que luce espléndida en este color, vestía un conjunto ideal. Me dijo que se lo había confeccionado Herschel, de los talleres de costura de la Twentieth Century-Fox. Consiste de vestido de una pieza color azul de flores y va acompañado de una chaquetilla de tela a cuadros con tres matices de azul, hasta las caderas.

SENTADAS en un palco observé a cuatro de las estrellas jóvenes de los estudios Warner, divirtiéndose la mar. Jane Bryan llevaba un vestido de crepé negro y un abrigo de piel blanca de corte deportivo, y sombrero puntiagudo del mismo material del abrigo. La pelirroja Ann Sheridan vestía traje sastre gris con blusa de satín negro y accesorios de suede negro. Lana Turner tenía un vestido de género gris con cuadros invisibles, sombrero de fieltro negro con pluma verde, y pieles de zorro. Mary Maguire lucía un abrigo sport color tabaco con cuatro bolsillos, y accesorios de cuero color canela.

Frances Drake, que aparece en la reciente cinta de la Columbia **Siempre Una Mujer**, vestía traje de tres piezas, con sobretodo corto de material de cuadros.

Izquierda, Frances Robinson en un conjunto de tres piezas; centro, June Lang con su chaquetilla primaveral; y Mary Maguire con un traje sastre de tres piezas.

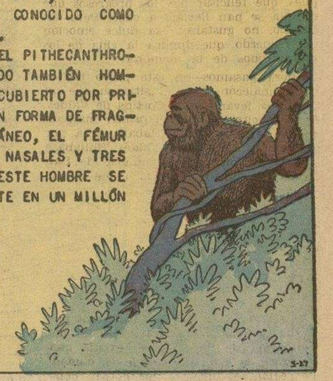
M.E.C.D. 2016

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA

LA EDAD DEL HOMBRE

HEMOS MENCIONADO EN NUESTROS ANTERIORES ARTÍCULOS VARIOS TIPOS DE HOMBRES PRIMITIVOS, ENTRE ELLOS LOS SIGUIENTES: CROMAÑÓN, NEANDERTALIANO, DE HEIDELBERG, EL DE PEKÍN, Y AQUEL ANTIGUO HOMBRE INGLÉS CONOCIDO COMO EL HOMBRE DE PILTDOWN.

AHORA HABLAREMOS DEL PITHECANTHROPUS ERECTUS, LLAMADO TAMBIÉN HOMBRE-MONO DE JAVA, DESCUBIERTO POR PRIMERA VEZ EN EL 1891 EN FORMA DE FRAGMENTOS FÓSILES DEL CRÁNEO, EL FÉMUR IZQUIERDO, LOS HUESOS NASALES Y TRES DIENTES. LA EDAD DE ESTE HOMBRE SE CALCULA APROXIMADAMENTE EN UN MILLÓN DE AÑOS.



Viejas postales descoloridas

UN PASEO en AUTOMOVIL

Por Federico Villoch

CUANDO los «descoloridos» del tiempo viejo damos por la ciudad un paseo en automóvil, vamos experimentando distintas sensaciones; ora de alegría, ora de pena, según se presentan a nuestros ojos las infinitas transformaciones que ha experimentado aquélla con el correr de los tiempos. Los jóvenes de quince, diez y ocho años, no pueden apreciar como nosotros la importancia de esas innovaciones ni experimentar aquellas sensaciones risueñas o melancólicas a que antes nos referimos, no sabiendo si con ello pierden o ganan. La ciudad es para esos jóvenes como ha sido siempre, y a nadie tienen, pues, que felicitar por los progresos que en ella se han llevado a cabo. Pero, en cambio, no gustaran esa dulce emoción del recuerdo, que duplica la vida de los «agradecidos de la memoria».

Ahora pasamos—en este paseo por el nuevo malecón—ante el sitio en que un tiempo se levantaba la Cortina de Valdés. Puede decirse que fué el primer malecón que se levantó en La Habana, allá por los tiempos del general Valdés. Hallábase situada al fondo del Seminario de San Carlos; y ocupaba el espacio que se encuentra, siguiendo el litoral, desde la antigua Maestranza de Artillería hasta la calle de Tacón, en la que estaba una pescadería. Consistía en un muro de cerca de cuatro a cinco metros de alto por veinte de ancho. Cirilo Villaverde la cita en su preciosa novela criolla «Cecilia Valdés». En un principio la usaban como paseo los habaneros de aquel tiempo. Después se la adjudicaron los pillos callejeros para sus pedreas y correrías. Al lado del Seminario de San Carlos existía una «nevería», la más grande de la ciudad, que recibía el hielo al por mayor, conducido desde el Canadá por grandes barcos «neveros» que la traían natural, desde aquellas regiones. Atracaban delante de la Cortina, y los grandes cantos de hielo eran transportados al almacén en unas vagonetas que corrían por un puente que se montaba especialmente para el caso entre el barco y el almacén. Era uno de los espectáculos más entretenidos y animados de la Cortina el del desembarco del hielo. Los pilluelos se daban de mojicones para recoger del suelo y llevárselos a sus casas, los desperdicios que caían del puente. La Cortina de Valdés, por su situación frente a la brisa fresca del Este y por el panorama de la bahía que dominaba, resultaba uno de los sitios más agradables de aquella parte de allá abajo» de la ciudad.

Los días de entrada o salida de correo se llenaba de curiosos. El barco cruzaba muy cerca del muro de la Cortina, y podían reconocerse visitantes y pasajeros. Era un sitio apartado, no obstante su situación dentro de la ciudad, que se prestaba para el reposo y la meditación. Algunos viejos comerciantes de aquella época recordarán seguramente las tardes, y también las noches, en que se pasearon a lo largo de la Cortina de Valdés buscándoles soluciones a sus problemas económicos. Era un sitio de reposo, un lugar de retiro entre el ajetreo de aquella Habana ensordecida por el rodar de los coches y los carretones sobre el piso de las calles toscamente adoquinado, y el griterío ensordecedor de los pregones callejeros. Un mirador también para los que iban allí esperando que el vigía del Morro anunciara el barco de sus ansias: el correo de España, los bergantines con cargas de tasajo de Montevideo, «losas isleñas» de Canarias o aceite de oliva de Mallorca. Era la Cortina de Valdés, más que nada, un muro de contén para las fuertes resacas que levantaban los nordestes, y resultaba entretenido ver cómo se estrellaban allí y saltaban el muro las grandes olas en los tempestuosos días de octubre. Los estudiantes que se «futivaban» del Instituto, la Universidad o los colegios particulares, iban todos a recalar a la Cortina de Valdés. Un plan de ensanche y descongestión de la ciudad barrió con la Cortina y hoy, sobre el terreno que ocupaba, cruzan las líneas del tranvía eléctrico y ya sólo queda un recuerdo. ¿Qué lector de alguna edad no disfrutó en su tiempo de las pillerías estudiantiles en la Cortina de Valdés? Si no fué así, no sabe lo que se perdió.

Y ahora desembocamos en lo que fué «Plaza del Muelle de Luz». Los viejos centros de población que desaparecen al ser sustituídos por otros, son como viejas estaciones abandonadas, que el tren del progreso va dejando a su retaguardia. Las poblaciones, como los ríos, son caminos que andan; sólo que los ríos dan en el mar y allí mueren; y las poblaciones, mientras tienen espacio y campo por delante, andan y andan sin detenerse, y antes desaparecen por completo en un cataclismo geológico.

Ningún sitio en la Habana más palpitante de vida y color que aquella plazoleta del Muelle de Luz, a donde acudían la mayor parte de los viajeros de la capital para embarcar en la estación de Fesser, situada en Regla, hacia el interior de la Isla, hasta los primeros años del gobierno del Presidente José Miguel Gómez, en cuyo período se llevó a cabo, bajo sus auspicios, el comentado trueque del Arsenal por los terrenos que en el propio centro de la capital ocupaba la vieja Estación de Villanueva, con sus almacenes y talleres anexos. Levantada la Estación Terminal de los Ferrocarriles Unidos, concentróse en ella todo el movimiento de pasaje y mercancía; y la antigua estación de Fesser quedó reducida al escaso interés que podía prestarle el movimiento de pasajes entre la Habana y Guanabacoa, cada día más reducido, a causa de la competencia.

La plaza del Muelle de Luz fué lentamente perdiendo su antiguo auge e importancia. Los hoteles, cafés y establecimientos de todas clases que en ella se levantaban, fueron decayendo hasta cerrar definitivamente sus puertas; y lo que fué movimiento, prosperidad y alegría, se convirtió en el transcurso de los años en soledad, decaimiento y tristeza, hasta llegar a lo que es hoy: una de las tantas plazoletas inactivas de la ciudad. ¿Quién no se acuerda del Muelle de Luz? ¿Quién no cruzó por aquella plaza en días de Pascuas, o formando parte de aquellas excursiones políticas al interior, tan llenas de esperanzas y tan enardecidas de ideales? Iba y venía el oro de los negocios; palpitaban en todas las almas y se reflejaban en todos los rostros las ansias de un pueblo trabajador, noble y tranquilo. Hoy, el eco de un Jazz Band que funciona en un cabaret establecido en el destartalado salón de lo que fué el Café de «Luz», es la única señal de vida que se oye por aquellos contornos; y eso tan sólo en horas avanzadas de la noche, como avergonzada de perturbar con su estridencia el reposo de aquel cementerio del pasado.

No hay para qué citar los recuerdos que se agolpan a la memoria al atravesar en nuestro auto esta avenida del Capitolio y el Aire Libre, que se ensancha en la Plaza de la Fraternidad: la antigua estación de Villanueva, tan simpática en su modesta sencillez; la «Casa de parada del camino de Hierro de la Habana»; y los paseos carnavalescos coloniales, con sus «tiros a la Du-Mont» y sus «breaqs» de la más refinada y elegante nobleza habanera, escoltados por una legión de caballeros en sus briosas «Jacas criollas». Al enfrentarnos con la Calzada de la Reina, dirijimos una mirada hacia la izquierda, donde se levanta el Palacio, estilo colonial, que fué la casa de Aldama.

Allá por los años 80, 81, etc., hallábase la Audiencia territorial de la Habana en la mansión de Aldama, donde se encuentra hoy la fábrica «La Corona». Nunca se vió nuestra Audiencia mejor ni más dignamente instalada. Aquellos amplios y decorados salones y departamentos parecían fabricados especialmente para el servicio que estaban prestando. Sabido es que por aquel entonces la casa del acaudalado patricio era uno de los palacios más suntuosos de la Habana. Sus pisos, de pulidos mármoles, y sus techos, de regio artesonado, le daban el aspecto de una mansión de reyes. Confiscada por el Gobierno desde la guerra del 68, prestó varios servicios oficiales, hasta que definitivamente se le destinó a dar cabida a nuestra Audiencia territorial, que no había tenido hasta esa fecha un lugar adecuado. Hoy mismo hállase instalado el Palacio de las Leyes en un lugar que no le corresponde. Rara esta inquina que al parecer se le ha tenido siempre a la Audiencia habanera; hoy aquí, mañana allá, nunca en un sitio seguro, ni en el que le corresponde. Cualquier día se viene abajo el destartalado edificio en que hoy se encuentra, y aplasta debajo de sus escombros a magistrados, oficinistas y público. ¿Y entonces en qué edificio se instalará el tribunal, encargado de juzgar a los culpables de esa hecatombe.

Cuando se hallaba la Audiencia en la casa de Aldama era la edad de oro del foro habanero. Sonaban entre los abogados y procuradores notables los nombres de Toñarely, Barreiro, Navarrete, Azcárate, Viondi, Bruzón, Gálvez, Fernández de Castro, Zeguera, Baños, Aparicio, Villageliú, Rojas, etc., etc. A menudo veíase discurriendo por aquellas salas y pasillos un hombre de poco más de treinta años, siempre vestido de negro, de ojos soñadores, abstraído, como perdido en una nube de ensueño. Veíasele con frecuencia en compañía del conocido abogado Miguel Viondi, en cuyo bufete se decía que trabajaba como segundo de aquél. La casa de Aldama, más que la Audiencia, era el punto en que se reunían de paso los conspiradores de aquel tiempo. En la pequeña escalinata de mármol que daba acceso a la puerta principal de la calle, se sentaba un desperdicio del arroyo, un hombre derrotado por los vaivenes de la vida, vestido con un astroso traje negro y empuñando un viejo bastón que ostentaba unas mugrientas borlas negras, distintivo de la categoría de Juez de Primera Instancia, cuyo puesto había desempeñado en su buena época: llamábase este desperdicio humano, Peláez. De vez en cuando lanzaba al aire una sonora trompetilla, seguida de la palabra ¡Yegua!, que pronunciaba con voz chillona y estridente; todo el mundo lo conocía y todo el mundo evitaba enfrentársele, huyendo sus despectivos comentarios. Peláez quedó como el inventor de la trompetilla. Ya a la caída de la tarde, Peláez, vencido por el aguardiente que bebía a tragos de una botella que llevaba oculta en su mugriento levitón, se quedaba completamente dormido, reclinando la cabeza en el marco de la puerta de entrada.

En la casa de Aldama se ventilaron famosos pleitos y cursaron proceso criminales de la más alta importancia. Era apreciado entre los abogados el relator señor Oduardo, por la claridad y precisión con que leía. La Audiencia prestaba gran vida y animación a aquellos alrededores: a ellas debió el café próximo «Marte y Belona» su fama. Los muchachos de aquel entonces recuerdan aquel sitio como uno de los más animados de la Habana, y también al hombre de grandes ojos soñadores, abstraído, perdido como en una nube de ensueños: José Martí...

Siguiendo «Reina» arriba, entramos en el Paseo de Carlos III, el mismo de siembre, con algunas insignificantes mejoras; y cruzamos allá por la Quinta de los Molinos, frente a los solares donde se asentó la glorieta de Almendares que nos trae el recuerdo del club beisbolero de su nombre y el de su contrincante glorioso, el Habana. Oh, crónicas de Víctor Muñoz!...

Los partidarios de los dos modernos clubs se miraban con la misma hostilidad que si fueran liberales y conservadores, que entonces era lo mismo que decir españoles y cubanos. El club «Fe» se fundó como para servir de puente entre uno y otro. Los más entusiastas organizadores de este club fueron los hermanos Cores, joyeros entonces establecidos en la calle de San Rafael esquina a Manrique. Del club Almendares era presidente el doctor Jesús Barraqué. Con el tiempo Barraqué fué muchas cosas en la República, y, no obstante, siguió siendo para los de aquella fecha, y sus íntimos, el presidente del Almendares. Y podría apostarse que eso y nada más hubiera querido él seguir siendo toda su vida. Ser jugador del Almendares o del Habana era una cosa seria y de importancia social. Wen Gálvez fué juez —ampaya—mucho tiempo y puede asegurarse que más se le respetaba y consideraba de juez pelotero (es un decir) que de juez de Primera Instancia o de Instrucción, cuando lo fué después en distintas ocasiones y en varios distritos de la Isla.

Al principio, los desafíos se verificaban en unos terrenos del club Habana, a la entrada del Vedado. Después se trasladaron a los terrenos del Almendares, a un lado de Carlos III. En el Habana jugaban, allá por el 85, Alfredo Arcaño, champion-bat; Delabat, al que llamaban Pancho Tranca; Estrada, Luján, etc. Y en el Almendares, Alfredo Arango, Carlitos Maciá, Ramón Hernández, Eloy Martínez, Gustavo Aróstegui, etc. El rojo era el color distintivo del Habana; el azul, del Almendares, y el carmelita, del Fe; y era tal el fanatismo de los simpatizadores, que algunos hubieran hasta derramado su sangre por su color favorito. El elemento femenino lo usaba en el cabello, en el vestido, etc. Había muchachas a las que el color azul parecía hacerles más hermosas y románticas; el rojo, más entusiastas y apasionadas; el carmelita, más modestas y cariñosas. De vuelta de los juegos, en los carritos del Vedado—aquellos de las maquinitas de cajones: cucarachas—se sostenían las más acaloradas discusiones y se tomaba, como cosa del más alto interés nacional, la decisión, buena o mala, dada por los jueces, sobre una jugada cualquiera. No se discute hoy con más fervor una decisión gubernativa o una ley de carácter social; y es que había entonces en los corazones más pasión por todo. Pasión, no encono. Al principio los gastos de estos clubs se solventaban con las cuotas mensuales que abonaban sus socios; pero como con el tiempo se viese que era un negocio productivo, se organizaron y reglamentaron como un espectáculo corriente, dando con ello principio a su futura desaparición y decaimiento, cual sucede con todas aquellas empresas fomentadas y sostenidas con el entusiasmo más sincero y que caen después en las ambiciones de las empresas mercantiles. Hace poco, un grupo de viejos jugadores, supervivientes de aquella época, organizó un «game» entre ambos clubs, con un fin benéfico; y resultó irrisorio y altamente cómico ver a aquellos pobres viejos corriendo, dando batazos en el aire y echándose fresco con la gorra...

Hemos recorrido la friolera de cerca de cincuenta años. En uno de aquellos antiguos arrastrapanzas no hubiéramos llegado nunca. En menos de veinte minutos hemos realizado este paseo en automóvil. No cabe dudar que el presente vuela... Pero ¿sabemos hacia dónde?

---

nlobras! ¡Qué ciencia de comedianta para sedudir al conde! Tal arte se dió que cinco semanas después, el 13 de diciembre—día para siempre fatal—el conde de Woronzoff contrajo matrimonio con la que había de ser criminal e indigna esposa.

¿Cómo fué posible que se efectuase la boda? ¿Cómo el conde, el hombre de corazón enérgico, de entendimiento claro y de mirada penetrante, se dejó coger en los anillos de un reptil con rostro de ángel?...

Pero cierto día el hombre se despertó. La venda cayó de sus ojos, y desde entonces volvió a ejercer la autoridad con mano firme. Ella intentó luchar; rogó, suplicó, lloró. Sus esfuerzos y sus rebeldías fueron completamente inútiles. El soberano legítimo, que había abdicado momentáneamente sus derechos, los reivindicó en absoluto y se mostró resuelto a ejercerlos sin discusión. Ella se sometió en apariencia, porque se dió cuenta de que sus artificios resultarían vanos en lo sucesivo, y porque lo vió decidido a no caer de nuevo bajo el yugo, a continuar siendo el amo, un amo severo, en verdad.

Quedaba, sin embargo, un punto que era un consuelo y una satisfacción para Alejandra: el dinero. Veía colmados los ambiciosos sueños de su juventud; tenía el dinero a manos llenas y lo dejaba deslizar entre sus finos dedos con sincero cariño.

ra transformarlo en perlas, en rubíes, en brillantes, únicos a los cuales profesaba.

Sí, sabía ingeniarse maravillosamente para derramar en torno suyo, no por caridad, sino para satisfacción de su lujo egoísta, los rublos que jamás le negaba Isbileff, el intendente del conde.

Hubo un momento en que todo San Petersburgo fijó la atención en el palacio de Woronzoff. Súpose que se estaba preparando en la opulenta mansión una de esas fiestas de hadas, que había de dejar recuerdo imborrable en las crónicas mundanas.

Los invitados, elegidos entre lo más selecto de la aristocracia rusa, lucirían disfraces. Hasta se decía en voz baja que, envuelta en un dominó, la Gran Duquesa honraría de incógnito con su augusta presencia, siquiera fuese durante breve rato, el palacio de su dama favorita.

La víspera de la fiesta, después de un almuerzo silencioso, la condesa de Woronzoff siguió a su marido al salón de fumar. Allí se dedicaba el conde después del almuerzo, a fumar y a leer los periódicos.

—Perece mentira—dijo Alejandra dirigiéndose a Sergio—que a estas horas seas el único en San Petersburgo que no se preocupa de mi traje.

—Te he dejado en completa libertad para que procedas a medida de tu capricho; con tal de que no representes un papel mitológico, todos los demás me parecen buenos.

—Ya sabes que, después de oír tu severa declaración, he renunciado a ser Diana Cazadora. ¿Qué opinas de un traje de «Aurora»? Creo que la aurora pertenece a todas las épocas.

Sergio no pudo reprimir una sonrisa.

Alejandra oprimió el timbre que estaba al alcance de su mano, y Macha, la primera doncella, entreabrió la puerta y dejó ver su rostro picaresco.

—Di a Nadia que te ayude a traer aquí mi traje. El señor conde desea verlo.

El conde hizo un gesto negativo. Pero la orden estaba dada; se resignó a que le mostraran el disfraz.

Prontamente el diván, las mesitas de centro desaparecieron bajo oleadas de tul, de gasa diamantina y de raso flor de melocotón.

—Este matiz es difícil de sostener, ¿verdad, Sergio?—exclamó Alejandra—. Pero es realmente el matiz sonrosado de la aurora. ¿Qué te parece?

—Ignoraba que poseyeses tantos conocimientos artísticos—observó el conde con tono burlón—. ¿Quién te ha proporcionado esos datos?

Alejandra se ruborizó, y excusando la respuesta, murmuró con voz acariciadora:

—Después de todo, ¿qué importa? Lo esencial para mí es agradarte, y no sé si alguna vez podré conseguirlo.

XXVIII

Llegó la mañana del día en que iba a celebrarse la fiesta. El conde huyó de su palacio, que realmente se hallaba inhabitable en aquellos momentos.

La condesa, que estaba encerrada con su peluquero para decidir el asunto de su peinado, hizo un gesto de impaciencia al ver entrar a Macha sin que la hubiese llamado.

—¿Qué ocurre?—exclamó—. ¿No será posible que se me deje tranquila un momento? He dicho que, si hay algo que resolver, se dirijan a Isbileff. Ya le he dado las últimas instrucciones.

Macha, con expresión desesperada, dió a entender, mediante un gesto, que no podía hablar teniendo al peluquero por testigo.

La condesa lo comprendió en el acto y pasó a una habitación inmediata ordenando a la doncella que la siguiera.

—¡Ah, señora!—murmuró Macha con acento entrecortado—. ¡Ah, señora! ¡Qué desgracia! Esta magnífica fiesta...

—Bueno, habla; me haces perder la paciencia.

—Un telegrama de Warinhoff! Lo encontré abierto... Lo leí, impulsada por misterioso instinto... y ¡ay! me he enterado de la horrible noticia...

—¿Quieres acabar de explicarte, imbécil?—exclamó la condesa, en el colmo de la ansiedad.

—Pronto estará enterada la señora de lo que ocurre. La princesa de Lipowski, la tía del señor, agoniza en sus dominios de Moldaia. Llama al señor conde a su lado; quiere volverlo a ver. ¡Es preciso que el señor se ponga en camino sin perder momento!

—¡Ah!—gimió Alejandra, palideciendo horriblemente y llevándose una mano al corazón.— ¡Es espantoso!

Macha conocía a su señora. Sabía que aquella exclamación de pesadumbre refería se, no a la moribunda, sino a la fiesta de la cual no iba a disfrutar.

—Si la señora se atreve y se decide, nada se ha perdido—insinuó astutamente Macha.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?—preguntó la condesa, irguiéndose nerviosamente sobre los almohadones de terciopelo.

—Excepto la señora condesa y yo, nadie ha visto este telegrama.

—¿Y qué?

—Pues que es preciso suprimirlo y no hablar de él al señor conde. Más tarde si llega otro telegrama se procurará explicar la pérdida de este.

En el ánimo de la condesa se entabló una lucha terrible. Desgraciadamente, no luchaba con el sentido moral. No le asustaba la idea de que le remordiese la conciencia si se decidía a seguir el consejo de Macha; le asustaba la perspectiva del conde enojado, furioso, amenazador, al descubrir que le habían engañado.

—Pero nunca llegará a saberlo, señora. Puede estar tranquila la señora.

—El conde quiere muchísimo a su tía. No me perdonará que lo prive de la última bendición de esa anciana.

—¿Es posible que vacile la señora condesa? ¿Es posible que se resigne la señora a renunciar al triunfo que la espera? ¡La señora condesa está divina con el traje de Aurora!

Esta insinuación fué decisiva, la condesa cedió; estaba deseando ceder.

Y abriendo un cofrecito de plata cincelada, sacó una sortija vallosa: un ópalo rodeado de brillantes.

—Toma, por tu consejo... y por tu discreción—añadió, entregando la preciosa alhaja a la pérfida doncella.

—Señor Gayac—exclamó la condesa, volviendo al tocador y dirigiéndose al peluquero francés—, me he decidido; llevaré esmeraldas como único adorno. Mariposas en los cabellos, en los hombros y en el talle...

—¿Pero tendrá la señora condesa esmeraldas bastantes para el adorno completo?—preguntó respetuosamente el peluquero.

—Macha, trae el estuche.

La doncella llevó en el acto un gran estuche forrado de seda blanca. La condesa lo abrió.

El señor Gayac declaró que nunca había visto riqueza semejante en la corte de Francia, en la cual estuvo muchos años dedicado al ejercicio de su arte hasta que S. M. la Zarina le dispensó el alto honor de llamarlo a San Petersburgo.

—Digo y repito que en el mundo no hay esmeraldas como éstas—exclamó con entusiasmo—. Sin embrago, para el papel de Aurora, tal vez resultasen más adecuados los brillantes de la señora condesa.

—Creo que tiene usted razón—contestó Alejandra—. Pero aún no he llevado todas las esmeraldas a ninguna fiesta. En fin, esta noche resolveremos en definitiva. Macha, guarda las alhajas. Quedamos en que vendrá usted a las nueve, señor Gayac.

M.E.C.D. 2016

A las diez las puertas del palacio se hallaban de par en par abiertas, y la numerosa orquesta aguardaba en su sitio. El patio principal, iluminado a la valenciana, comenzó a llenarse de lujosos carruajes.

Muy pronto el vestíbulo y los primeros salones viéronse ocupados por damas y por caballeros que lucían trajes magníficos, pintorescos y variados; gentileshombres con capa corta o con casacón conducían a nobles damas cubiertas de pedrería.

La gran señora, orgullosa, apasionada, coqueta, vengativa hielo y llama al mismo tiempo—el tipo acabado de la aristocracia rusa—, habíase transformado aquella noche, merced a una de las habilísimas metempsicosis en las cuales era maestra genial. Parecía haberse propuesto resueltamente conquistar el corazón de su marido, representando de nuevo el papel, gracias al cual, logró seducirlo antaño.

—La Aurora más bella que el día—murmuró a su lado un dominó negro que según se decía en voz baja, era S. A. I. el Gran Duque.

Y cuando Alejandra tendió al misterioso dominó su «carnet» de nácar para que se anotase, el enmascarado, al cual acababa de conceder un vals, el incognito escribió sin firmar, en caracteres microscópicos, un soneto improvisado que comenzaba así:

Bella, blanca y gentil cual azucena,
Guarda en su palidez tonos de rosa.

Rebosante de orgullo, entusiasmadísima, porque S. A. I. el Gran Duque no era pródigo en lisonjas, Alejandra buscó a su esposo para ofrecerle aquel tributo de caballeresca admiración; pero no logró encontrar al conde de Woronzoff que, sin duda, se hallaba confundido entre la muchedumbre desdeñando los aplausos que cosechaba la reina de la fiesta.

Decididamente, la maravillosa belleza de Alejandra había perdido el poder de seducir a Sergio.

.. ..

Al cabo logró dar con el conde. Lo halló cambiadísimo. ¿Qué le había ocurrido? Tenía el rostro densamente pálido y le brillaban las pupilas con fulgor salvaje, espantoso.

La condesa estremecióse al sentir el contacto de la mano helada que se posó en su desnudo brazo.

Cinco dedos férreos le atenazaron una de las muñecas.

El conde la llevó hasta el hueco de un balcón, y allí, con voz concentrada y terrible, con la fisonomía descompuesta por intensa expresión de desprecio y de amenaza le dijo:

—¡Eres una criatura miserable! Me marcho, y, si no la encuentro viva, es inútil que implores perdón.

En aquel momento la orquesta preludiaba un vals que servía de comienzo al cotillón. Eran las cuatro de la mañana. La fiesta se hallaba en el apogeo Alejandra tenía que dar la señal para que empezase el cotillón.

—¡Quédense para mañana los asuntos serios!—murmuró.

Y aceptó el brazo del jefe superior de Policía, hombre muy joven aún, que había conquistado su elevada posición a fuerza de intrigas y que ahora reaparecía por vez primera ante la bella Alejandra, desde la época en que ésta lo rechazó cuando, como a otros muchos, tuvo la audacia de solicitarla por esposa. Entonces era un funcionario obscuro y pobre.

—Aceptaría a usted si fuese usted rico o poderoso—le dijo en aquella fecha Alejandra—. Pero no puedo aguardar hasta que usted se abra camino.

Instintivamente desde el primer momento, Alejandra comprendió que era inútil disimular ante aquel hombre de singular penetración, de sentido moral más que dudoso y de conciencia poco habituada a alarmarse.

Y logró abrirse camino el ambicioso. Ya era el Excmo. Señor Jefe superior de Policía, posición importantísima aun cuando difícil, pero muy envidiada en aquella época de conspiraciones; además, se encontraba en camino de enriquecerse.

—¡Ah! ¿Por qué no aguardó usted?—alrevióse a murmurar al oído de la condesa, al dar la primera vuelta de vals.

Alejandra no contestó, pero pensó que aquel hombre hubiese sido un esposo muchísimo más indulgente que Sergio. Con Sergio era necesario aparentar prudencia, grandeza de alma, sensibilidad hacia los que sufren y otras muchas cosas que no se acomodaban al carácter ni al temperamento de Alejandra.

En el ambicioso jefe de Policía, hubiese encontrado un cómplice de sus gustos, de sus locuras, de sus pasiones y de sus vicios. ¡Un antifaz toda la vida pesa mucho y es insoportable!

Y aún más aborrecía a Dimitri sospechando que éste había espiado a Macha y había conseguido comunicar al conde la noticia contenida en el telegrama.

Era verdad. En mitad del baile Dimitri, que tenía por costumbre vigilar e inspeccionar todo, encontró, por casualidad providencial el despacho telegráfico que la despreocupada Macha olvidó arrojar al fuego. Apresuróse a entregarlo a su señor y éste envió inmediatamente al leal servidor a la estación de ferrocarriles de Moscú para que en el plazo de una hora mientras él cambiaba de traje, estuviese preparado un tren especial.

A pesar de la extraordinaria diligencia que se desplegó, el conde llegó demasiado tarde.

Su amadísima tía reposaba en el féretro cuando el sobrino, al cual profesaba cariño verdaderamente maternal, acudió para recibir su última bendición.

—¡Murió llamando al señor conde!—dijo entre sollozos la vetusta Ana Moeskine, que ejercía al lado de la princesa de Lipowski el doble cargo de intendente y de señora de compañía—. ¡Murió pidiendo a Dios que la dejase vivir lo bastante para volver a ver en la tierra al señor conde!

XXIX

Tras ocho días de ausencia, el conde de Woronzoff regresó a San Petersburgo.

La condesa fué a recibirlo a la estación. Temía una explosión de cólera y prefería que la primera entrevista se efectuase en público y no a solas.

El conde la saludó con mucha frialdad, como a una persona extraña, y únicamente habló para manifestar sorpresa porque el cochero y los lacayos no llevasen aún libreas de luto.

—Hoy mismo trataré de este asunto con Isbileff—contestó Alejandra tímidamente.

—Es inútil; ya estoy aquí. Además, tienes en qué ocuparte. Pasado mañana saldremos para Moldaia.

La condesa procuró disimilar su desencanto mostrando mucha solicitud.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos en Moldaia?

—Puedes prepararlo todo como si no hubiésemos de volver a San Petersburgo—contestó Sergio.

La condesa no se atrevió a continuar preguntando; el corazón le palpitó violentamente de alegría. Sin duda el conde hacía cuenta de ir a pasar con ella en París la temporada de luto. Una visita a la tumba de la princesa, algunas lágrimas hipócritas sobre la tumba, algunos días dedicados a la enojosa tarea de escuchar manifestaciones de pésame de los vecinos y de los siervos, y todo quedaría terminado... París, la ciudad de los placeres, el sueño dorado de Alejandra desde hacía muchos años. París se le aparecía como final de los días de prueba

Mostróse amabilísima durante el viaje; no se quejó del frío que era glacial, ni de la lentitud del viaje—lentitud determinada por la nieve que cubría los rails e impedían al tren avanzar con la rapidez reglamentaria—, ni del mal servicio de las fondas de las estaciones. Impulsada siempre por el deseo de agradar llegó hasta pedir a Macha que buscase en el saco de viaje un tomo de poesías polacas: «El Alba» de Krasinski. No le inspiraba el menor interés la poesía, sobre todo la poesía polaca—no era alma capaz de simpatizar con los vencidos el alma de la condesa—; pero conocía la compasión y el entusiasmo caballeresco de su marido hacia la heroica e infortunada Polonia, y deseaba con gran empeño reconquistar su influencia en el ánimo del conde, atacándole por todos los puntos vulnerables.

¡Trabajo perdido! El conde sacó un periódico y luego otro, se absorbió en la lectura y de modo tan ostensible, que no permitió a su esposa intentar siquiera el trabar conversación. Con los ojos en el libro, pero con el pensamiento muy lejos de las poesías, soñaba en el día próximo en que, instalada de nuevo en el ferrocarril, se iría aproximando por momentos a París, término dichoso de viaje. Imaginativamente combinaba trajes encantadores. El color negro sienta muy bien a las rubias. ¡Aún había medio de sacar partido de la situación! Sonrió al pensar así, pero la sonrisa se le heló en los labios. Acaba de tropezar con la mirada glacial del conde, que estaba contemplándola con expresión difícil de traducir.

—Macha—dijo lacónicamente el conde—, prepare todo; hemos llegado.

En la estación aguardaban dos trineos que pertenecieron a la princesa difunta, uno para los señores y otro para Macha y para el ayuda de cámara del conde. Dimitri llegaría después con los demás criados. Respecto al intendente aun permanecería varias semanas en San Petersburgo. Este último detalle influyó mucho para el fomento de las esperanzas que venía acariciando la condesa acerca del viaje a París.

Alejandra frunció levemente el ceño al fijarse en el trineo que iba a ocupar y que se asemejaba a un cargamento de peletería.

—Si me condenasen a vivir aquí siempre—pensó Alejandra, estremeciéndose—preferiría morir inmediatamente. Habitar en este desierto vale tanto como ser enterrada viva.

XXX

La casa señorial hallábase muy distante de la estación del ferrocarril; para llegar a ella había que recorrer unas cuarenta verstas. Así pues, era ya de noche cuando los viajeros penetraron en la avenida, cerrada por una cancela de madera en bastante mal estado; la cancela, abierta de par en par, revelaba que los amos eran esperados.

—¡Qué sepultura!—pensó Alejandra, cuando el conde le tendió la mano para que descendiese ante la escalinata, al pie de la cual se hallaba, vestida de riguroso luto y en actitud muy triste, la afligida dama de gobierno.

El conde tuvo sonrisas y frases amables para los leales sirvientes de su tía, y tuvo saludos afectuosos para los «mujiks—, que vestían túnicas sujetas con cinturones—, y para las mujeres que lucían diademas orientales, con adornos de oro o de plata. Sus camisolas de lienzo, con mangas muy amplias, de blancura deslumbrante, y adornadas con bordados de escarlata, y sus faldas de lana, de color azul, y sus faldas de lana de color azul, amapola o verde esmeralda, alegraban el paisaje poniendo pinceladas vivas en la blancura uniforme de la alfombra tejida por la nieve.

El conde pronunció algunas palabras al oído de Ana Moeskine.

—¡Oh— Muy bien, ya había pensado en ello, Excelencia—contestó Ana—, Mi señora, que Dios tenga en su gloria, había establecido esa costumbra los días en que aquí llegaba.

Enjugóse disimuladamente una lágrima, se recogió la falda negra, y con presteza muy de admirar a su edad y con su obesidad, desapareció por el fondo del vestíbulo escasamente iluminado.

—¿Qué esperamos aquí?—preguntó con impaciencia mal reprimida, la condesa a su esposo.

—Esta gente va a beber a nuestra salud—contestó Sergio—. Es necesario que lo presenciemos.

Al cabo de unos minutos reapareció la intendente. La seguían muchos servidores conduciendo cestas llenas de galletas, de emparedados de carne, de pasteles variados y de tarritos de caviar. Tras ellos, otros dos criados se acercaron empujando una barrica de «kwass» cuya aparición fué saludada con vítores.

El más anciano del pueblo tuvo el honor de abrir el tonel; luego ofreció al «poppe» que figuraba a la cabeza de la diputación, el primer vaso de bebida. Este lo pasó a manos del conde, que humedeció en él los labios y lo devolvió, mientras que Alejandra rechazaba con gesto despectivo otro baso que le presentaba una joven ruborosa y conmovida.

—¡Bebe!—murmuró el conde, en francés, al oído de su esposa.

XXXI

Cinco minutos después la elegante condesa, recostada en un diván de cuero en su cuarto, escuchaba las lamentaciones de Macha, la cual declaraba que no se sentía con fuerzas para vivir más de una semana en aquel abominable país de lobos.

—¿Acaso te propones abandonarme?—le preguntó la condesa con cierta emoción.

Macha poseía precisamente todas las aptitudes y todos los defectos que podían agradar a una mujer como la condesa de Woronzoff.

—La señora sabe bien que no la abandonaré hasta el día que me lleven al cementerio—contestó la astuta doncella

Necesito que me animen y que me distraigan. Así, pues, háblame de nuestro viaje a París—dijo a su doncella.

Macha movió melancólicamente la cabeza.

—¿Pero piensa acaso la señora condesa con ese viaje? Si no me engañan mis pensamientos, si en verdad significan algo los tres cuervos que he visto posados como centinelas en el techo de la casa cuando llegamos...

Sonó un golpe seco en la puerta; la doncella interrumpió repentinamente su charla.

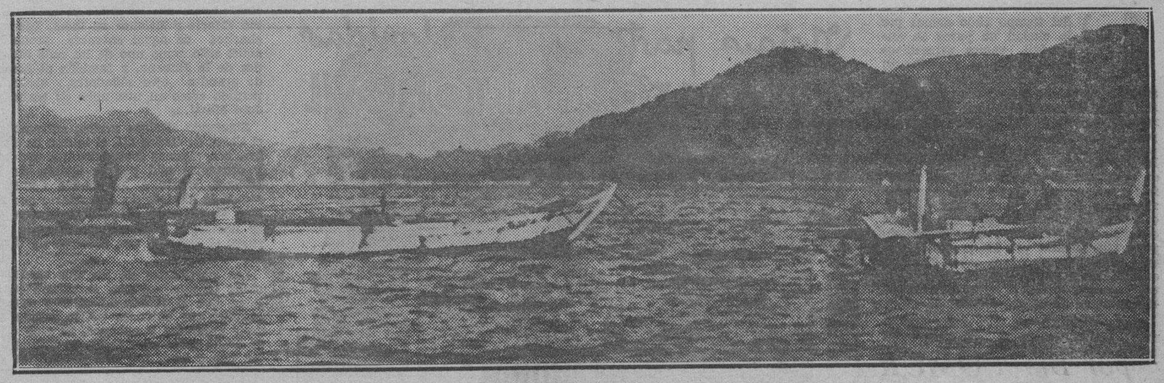
—¡El señor conde!—murmuró con acento medroso.

El conde miró a su esposa con gesto de asombro.

—¿Aún no estás vestida y van a dar las ocho?—le dijo—. He invitado al «pope» a comer.

—Estoy cansada, Sergio, y desearía abstenerme de presentarme en el comedor.

—Precisamente vengo a pedirte todo lo contrario. Tú verás si el sacrificio es



Por la mañana, después del ligero refrigerio a base de pescado seco, los trabajadores del mar se dirigen agua afuera para iniciar sus labores de pesca, preciado fruto de sus desvelos

Como todas las pacíficas aldeas donde en un tiempo vivi, Hatsu ha perdido muchas de sus características de más atracción. El sitio de mi morada se ha convertido en el del centro industrial más grande del Japón, lugar de las fundiciones de estaño de Yawata. La industrialización y la civilización han destruido su antiguo encanto. Muchos se han arruinado a consecuencia de la crisis y de los fuertes impuestos. Las ganancias son insuficientes y el quebranto de la lucha por la vida, ha impreso sus huellas en los sonrientes rostros de los habitantes de Hatsu.

Por estas razones la alegre aldea de Shirahama es única en su clase. Los pescadores siguen sonriendo con confianza y serenidad. Allí los pobladores hace 40 años que gozan en comunidad del usufructo de los productos del mar. Y durante ese período Shirahama ha progresado, de mísera aldea que fuera, a ser una de las más ricas localidades del Japón.

Shirahama que significa «playa blanca», está situada en la orilla este, cercana al extremo de la Península de Izu. Más o menos trescientas familias forman su población. Viven cerca de la playa de arena sobre una porción elevada y plana que es una extensión de las cordilleras Fuji. A ambos lados, al sur y al norte, se encuentran costas de roca cubiertas de pinos. Históricamente y por tradición, Shirahama no tiene renombre; es como el oro que sirve de base al engarce de una piedra preciosa. Porque hacia el este a menos de quince millas está Oshima, conocida más allá del hemisferio oriental como el «Volcán del suicida». Se encuentra sobre la montaña Mihara de 2.500 pies, donde años y años, los desilusionados del amor han ido a poner fin a sus días. Todos los años, unos mil hombres y mujeres, perdidas las esperanzas, se lanzan con las manos entrelazadas a las profundidades del volcán. Cosa curiosa, más de un ochenta por ciento han vuelto a salir ilesos. Muchos de ellos vienen de Tokio, que dista sesenta millas.

Los geólogos atribuyen el origen de Oshima a las erupciones de la cadena de volcanes que salen de la montaña Fuji y cruza la península hasta una serie de islas al sur de Oshima. Otra versión es la de una leyenda.

Cuentan que el diablo, cansado de oir las ponderaciones de la belleza del Monte Fuji, decidió arrojarlo al Océano Pacífico. Todas las noches llenaba canastas de tierra de la montaña y sobre los hombros los llevaba a depositar a orillas de la península de Izu. Este promontorio, que sobresale enormemente del agua fué llamado luego Oshima, isla grande.

A sólo dos millas de distancia de Shirahama por una carretera campestre, se llega al puerto de Shimoda. La visita del comodoro Perry a este lugar en 1854, y sus negociaciones con el Gobierno japonés, han dado importancia histórica a este puerto. Fué también teatro del romance del primer cónsul norteamericano con una niña del país llamada Okichi. Recuerdos de ella se conservan en un edificio y forman parte del museo histórico de Shimoda. Son objetos que pertenecieron a los días de intimidad con el cónsul, y de la época en que la enferma Okichi se arrojó al lago bajo una cascada, no lejos de Shimoda. En los nichos de un temp'o budista, donde antes estaba el Consulado Norteamericano, cinco norteamericanos y tres rusos descansan en paz.

A Shirahama nunca le alcanzaron semejantes distinciones, era ciertamente famosa por sus zambullidores, pero muchos siglos tardaron antes de que los productos del mar, peculiares a esa zona, fueran conocidos en el exterior.

No obstante la benignidad del clima, las trescientas familias tenían entre todas menos de doscientas hectáreas de campos de arroz, unas doscientas cincuenta de terrenos áridos y algunos montes.

Algo tenían que buscar para mantenerse. No había industrias, la aldea carecía de buenas carreteras y de ferrocarriles, y aunque por agua no distaba de la capital japonesa más de sesenta millas, se hallaba islada del resto del país.

Los pobladores hallaron ese algo en el mar, casi bajo sus pies. Algas marinas, mariscos y conchas había en abundancia. Una variedad de alga marina conocida como «gelidium amansii», materia prima para la jalea vegetal, crece profusamente en el fondo del océano, cerca de la aldea. La planta se extrae del mar en el verano y primavera, se la pone a secar en la playa y luego se la vende.

Los pobladores de Shirihama tuvieron, sin embargo, que luchar intensamente para conseguir el monopolio de los productos de sus costas. Sólo en el año 1899 obtuvieron del gobierno la exclusividad. En los años que sufrieron escasez y penurias por causa de explotadores ambiciosos, mucho aprendieron sobre la mejor forma de explotar sus productos para el mayor rendimiento. Formaron cooperativas, y los beneficios de las ventas al exterior benefician igualmente a todos los habitantes de Shirahama; que se ha vuelto una comunidad rica y progresista.

Pero no solamente el aspecto económico de Shirahama es notable. Como mencionamos ya, sus zambullidoras le han dado fama desde hace siglos. En épocas muy remotas, eran los hombres los que bajaban al fondo del mar, pero luego descubrieron que las mujeres tenían mayor resistencia. Como resultado de esto la enseñanza de las zambullidoras comienza a los primeros años de su infancia. A los quince años son nadadoras «graduadas», a los veintiuno expertas y continúan trabajando hasta los cuarenta y aún más.

Desde los primeros días de abril, hasta los últimos de septiembre, las zambullidoras se reúnen en la playa de mañana para trabajar. Se dividen en dos grupos, las más expertas trabajan lejos de la orilla y las principiantes quedan cerca de la costa.

Semidesnudas, las zambullidoras toman calor rodeando unas fogatas que se encienden en la arena, antes de emprender sus tareas. Las más jóvenes llevan consigo planchas de madera que les sirven de boyas. Las zambullidoras de mar adentro van en botes remados por jóvenes. Ellas bajan con sus redes y cuando se cansan tiran de la cuerda que las ata al bote. En esta forma son izadas a la superficie por sus acompañantes.

Cada zambullida dura de cincuenta a setenta segundos. Tiempo que emplea en llegar hasta la plancha, separarla de su raíz en la roca, llenar su red y subir. Cuando aparece, se toma del borde del bote y respira lentamente como si estuviera silbando, porque la respiración rápida daña al corazón. Se zambulle varias veces durante media hora. Luego se cambia de ropa y descansa en el bote hasta su próximo viaje hacia las profundidades. Su cosecha diaria es de cincuenta a ochenta libras de algas.

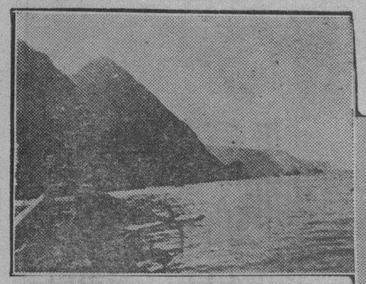
La «pesca» es vendida a la sociedad cooperadora y puesta en la playa a secarse. Por una pequeña remuneración los niños y los viejos clasifican las plantas en A y B. La cosecha una vez seca es envasada en bolsas, que pesan unas cincuenta libras. Una bolsa vale de doce a trece yens.

El «Gelidium Amansii», que crece unas seis o siete pulgadas en dos o tres años, es puesto a hervir para la elaboración de gelatina vegetal. Mucho se manda en su estado natural a lugares lejanos del Japón, donde la gente la hierve para uso propio durante los meses de invierno.

La vida en Shirahama no tiene al parecer atractivos. Algunos paseos campestres y festivales tradicionales no compensarían para la mayoría de las mujeres la ardua tarea diaria. Pero la falta de preocupaciones económicas y las aspiraciones sencillas de los aldeanos les procura una vida feliz. No existe envidia, porque el dividendo de los varios centenares de yen que produce la venta de las riquezas del mar, se reparte igualmente entre todas las familias. Aun los más ancianos tienen su parte.

La pintoresca vida de las zambullidoras ha inspirado a más de un pintor. Entre las tantas aldeas de pescadores que arrastran una vida miserable, agitadas por complicaciones sociales y económicas, se destaca Shirihama como ejemplo luminoso de una comunidad cuyos miembros cooperan en la labor de utilizar los productos de la naturaleza para el bien común.

M.E.C.D. 2016



UNA ALDEA FELIZ EN EL JAPON

por Bunji OMURA

Acosados por la "civilización" estos pescadores han hallado su felicidad lejos del mundo y de sus preocupaciones.

ARRIBA, EXTREMO OPUESTO: Una puesta de sol, cuyos rayos bañan la costa feliz sobre la que descansa la aldea. ABAJO: Dos pescadores en plena tarea, ajenos al mundo y sus preocupaciones

Pescado...; pero en pintura. Los japoneses son grandes artistas de la naturaleza. Toda su obra se inspira en los productos de ella. Este es un cuadro que rinde su tributo a la pesca, ejecutado con toda la fuerza plástica del temperamento artístico japonés

CUANDO era niño, muy a menudo iba a un puerto de pesca, Hatsu, cerca de Fukuoka, en el Suroeste japonés. Hatsu está situada en el extremo de una lengua de tierra que se introduce en el mar en forma de anzuelo. Al pie de las pendientes rocosas se hallan las cabañas de los pescadores, más pequeñas y más bajas que las casas usuales de los campesinos. La pobreza y el miedo a la destrucción —debido a los vientos—hace que estas chozas no se edifiquen con la solidez de lo permanente. No existe el peligro de los terremotos, pero sí el de los tremendos oleajes que producen los tifones.

Hatsu era entonces—y lo es aún—una pequeñísima aldea. A un lado de la playa, el puerto y el mercado, y a otro, los botes recogidos a lo largo de la costa arenosa. Cuando llegábamos, mi padre y yo, de día, reinaba el silencio, porque todos los hombres estaban durmiendo en espera de la noche, durante la cual pescaban. Algunas veces, sin embargo, uno de mis tíos se despertaba para hacerme por la centésima vez el relato de sus hazañas heroicas en la batalla de Tsushima, durante la guerra ruso-japonesa. Había sido condecorado con la Estrella de Oro de séptima categoría, que incluía una pensión vitalicia de cien yens anuales. Su hermano me entretenía con cuentos de su viaje alrededor del mundo a bordo de la escuadra marina de aprendizaje.

Fué la madre de estos tíos, sin embargo, la que más impresionó mi espíritu infantil. La familia constituía el centro de la actividad comercial. Tenía a su cargo la compra-venta de los productos de la aldea. A mi tío rara vez lo veía porque generalmente se hallaba a bordo del barco de pesca de la familia. Se embarcaba al oscurecer y volvía de mañana para descansar.

La parte comercial delegábala toda a su esposa, que acompañada de sus dos hijas cultivaba los campos de arroz o se zambullía en las profundidades del mar en busca de algas marinas, mariscos, conchas y madreperlas. Frecuentemente salía a las inmediaciones de la aldea con dos cañas de bambú sobre los hombros; largas cañas a cuyos extremos colgaban canastos llenos de productos marítimos. Además se ocupaba de las finanzas de la familia y de los asuntos que concernían a los aldeanos. Era la cabeza, propiamente hablando, de la familia y de la comunidad.

Tal vez todo esto a mí me maravillaba porque mi vida era tan distinta de la de estos pescadores. Donde vivía yo, mi padre era el «jefe». El se sentaba a la cabecera del círculo familiar durante las comidas, representaba a la familia en todas las ocasiones, a su cargo estaba la compra y venta de los productos de la chacra y era el que decidía todos los asuntos.

A mi padre le agradaba visitar a los pobladores de Hatsu durante las festividades de la aldea porque gustaba escuchar las canciones nativas que servían de acompañamiento a los bailes regionales. Me solía decir que los habitantes de las costas eran buenos cantores, porque desde su infancia ejercitaban sus cuerdas vocales para competir con el ruido de las olas y del viento y para acompañar el ritmo de los remos. Durante las danzas tradicionales, las robustas muchachas de piel tostada rodeaban la «orquesta» de voces, de entonación marítima y de tambores de monótono son. Vestidas con un ligero kimono, con un paño triangular en la cabeza, las muchachas bailaban toda la noche hasta que al amanecer eran vencidas por el sueño y la fatiga.

demasiado grande. En tal caso, renunciaré a exigirlo.

El acento del conde era irónico. Alejandra tiró del cordón de una campanilla; en sus nuevos planos figuraba el aparentar resignarse a todo.

En el momento en que Sergio abría la puerta para marcharse, su esposa lo llamó.

—¿No te parece que esta chimenea da humo?

—Lo mismo sucede con todas las de la casa. a lo he notado y ya tiene instrucciones Ana Moeskine para que mañana mismo envíe aviso a los mejores obreros del pueblo más próximo.

—¿Vale la pena de que suframos las molestias de esa obra para tan poco tiempo?

—Aún está lejos de concluir el invierno; y además, el año próximo, cuando llegue la época del frío, no te disgustará encontrar corriente la calefacción.

—Pero... ¿vamos a volver aquí el año próximo?—preguntó Alejandra con espanto sincero.

—No tendremos necesidad de volver, puesto que no hemos de irnos.

Sergio recalcó estas palabras de un modo que la condesa juzgó cruel y sin réplica.

—¡Vamos a vivir dos años en esta comarca salvaje!—exclamó Alejandra.

—He hablado del luto, pero no de la residencia—contestó Sergio, sonriendo amargamente—. Nunca más saldremos de Moldala.

Aquella noche, ante Macha, que desempaquetaba los lujosos estuches de su señora, para colocarlos en un cofre de cedro que perteneció a la difunta princesa. Alejandra se dejó dominar por un arrebato de desesperación que rayaba en la locura.

La vista de las joyas, testigos de su efímera felicidad, de sus triunfos y de su reinado de un día, despertó en el alma apasionada de la condesa sus aspiraciones hacia la vida mundana, que era su verdadera vida.

—¿Para qué quiero mis alhajas?—exclamaba, viendo fulgurar los brillantes, los rubíes y las esmeraldas—. ¿Para qué las quiero en este desierto?

La condesa lloró «lágrimas de cocodrilo», como afirmaba Dimitri, que seguía con mucha atención los progresos de aquel hundimiento, que no le sorprendió porque lo tenía previsto desde un principio.

Pero Alejandra no lloró ya en presencia de Sergio. Sabía que la época de las lágrimas, de los ataques de nervios y de las amenazas de suicidio había pasado definitivamente.

—Ten cuidado—dijo cierto día a su marido—; puedo llegar a tal extremo de desesperación, que me prive de la responsabilidad de mis actos.

—¿Me dispensarías acaso el honor de envenenarme?— —preguntó el conde, con sonrisa sarcástica.

—En ningún caso peligraría tu vida, pero podría peligrar la mía—contestó Alejandra con entonación dramática.

—Eres demasiado cobarde para eso —murmuró Sergio, en voz tan baja que su esposa no lo oyó.

¡Sí, era cobarde! ¡Era muy cobarde! Obligada a renunciar a la lucha cara a cara, soñó en la venganza, y su imaginación acalenturada evocó para vengador al hombre que, entre el bullicio de la última fiesta, le deslizó al oído estas palabras:

—¡Ah! ¿Por qué no esperó usted?

XXXII

A partir de este día, la «paloma», a

la cual el conde había amado por su aparente dulzura, se transformó en buitre. Alejandra amaba instintivamente el combate.

Y los criados se convirtieron en esclavos y como esclavos fueron maltratados por la condesa. Las frecuentes ausencias del conde, que, dedicado a cazar, se pasaba a veces muchos días seguidos sin volver a su casa, dejaron el campo libre a la inventiva de Alejandra, escasa en inteligencia, pero abundante en malicia.

Constantemente, con violencia imperativa, sonaban las campanillas y los timbres, acumulábanse sobre los criados órdenes absurdas y contradictorias; las órdenes iban acompañadas de injurias, y, en ocasiones, la condesa, a semejanza de las patricias de la antigua Roma, golpeaba a las criadas que tenía a su inmediato servicio.

Unicamente Macha nada temía de aquellos arrebatos de cólera. Habíase convertido en favorita de su señora, y se aprovechaba de la situación para mortificar a los demás sirvientes.

A partir de entonces, la servidumbre vivió tranquila; Ana Moeskine continuó desempeñando sus tareas sin obstáculo alguno; el «pope» ya no tuvo que temer burlas incesantes, y Dimitri pudo andar con la frente erguida. Pero la tempestad continuaba rugiendo sordamente en el corazón de la vengativa esposa.

No era más que un punto negro en el horizonte; sin embargo, para una mirada clarividente, aquel punto negro acarrearía una tempestad.

XXXIII

Terminábanse los preparativos para la comida de Pascua en la mansión señorial. Esa comida es una gran fiesta para los rusos de todas clases sociales, y el conde había dado a Ana Moeskine amplias y minuciosas instrucciones para dicho acto. La servidumbre, que respiraba a sus anchas, gracias a los últimos «ukases» de emancipación dictados por el señor, regocijábase con el alegría infantil de los «mujiks», que olvidan en una hora de placer todas las penalidades de los días precedentes. En las «isbas» de los alrededores también reinaba satisfacción, porque el intendente Isbileff había anunciado, en nombre de su señor, que se efectuaría un abundante reparto de kwas», pasteles, pan blanco, pescado seco y conservas.

La tarde del gran día, la condesa sentada ante el tocador, con la magnífica cabellera suelta sobre la espalda, discutía con Macha la clase de peinado que ésta debía de hacerle.

—Nada más que bucles. Macha—decía la condesa—, y procura que sean muy ligeros.

¿Quiénes iban a ser los cortesanos que llenasen el comedor, en el cual había sido instalada una gran mesa? ¡Pobres cortesanos, en verdad, para la que antaño fué ídolo y reina de las fiestas imperiales!

Los comensales serían modestos propietarios de la comarca, algunos funcionarios civiles y militares, los «popes» de los pueblos próximos y los ingenieros y directores de obras de una línea férrea en construcción. Poco era para una mujer que había visto a sus pies a la Corte de Rusia. Pero hay coqueterías de tal manera insaciables, que se satisfacen con el alimento más grosero.

Cuando Alejandra salió de su cuarto para presentarse ante los invitados que aguardaban en el salón, encontróse con su marido a la entrada del corredor.

Ya en dos ocasiones había subido el jefe de comedor a preguntar a la condesa si podía servir la comida; pero Alejandra, aun cuando se había dignado acceder a deslumbrar a los comensales, se cuidaba muy poco de hacerles esperar. Así, pues, las dos veces despidió al importuno, sin excusarse y sin prometer darse prisa, y se tomó todo el tiempo que consideró necesario para acicalarse.

Llevaba ya muchas semanas privada de una satisfacción de ese género. Hizo que Macha la peinase dos o tres veces, se probó distintos trajes, y al fin eligió una túnica de gasa de la India, plateada, con adornos de tafetán color malva y grupos de lilas.

—La señora condesa está deslumbradora. La señora condesa parece la imagen de la primavera —exclamó Macha, ajustando al brazo de Alejandra una espléndida pulsera de amatistas, que hacía juego con el collar y con las agujas que sujetaban la cabellera—. La señora condesa va a enloquecer a los invitados.

Alejandra pagó el elogio con una sonrisa amabilísima y se contempló detenidamente en un antiguo espejo.

Sin duda quedó satisfecha del examen: resplandeció su frente, iluminaronse con brillo triunfal sus bellísimos ojos y salió de la estancia adoptado la actitud serena y mayestática de una diosa que va a dignarse entrar en conmunicación con los simples mortales.

—Ya estoy dispuesta, Sergio— dijo a su esposo, tendiéndole la mano al encontrarlo en la entrada del comedor.

El conde tomó la mano que se le ofrecía; pero su rostro no reveló contento ni admiración.

—Alejandra—exclamó en voz baja— para abandonar el luto has debido aguardar a que yo me lo quitase—. ¿Qué van a pensar nuestros invitados? Los criados llevan aún libreas, y tú, que has heredado en unión mía a la difunta tan amada por todos, vas a presentarte en traje de baile. La fiesta de hoy para nuestros convidados es una fiesta religiosa y no un regocijo. ¿Tan alejada estás del sentimiento ruso, que todavía no lo has comprendido?

La condesa bajó los ojos antes aquella mirada tristemente severa.

—Pero, Sergio—murmuró—, este traje es de medio luto. El lila ha sido siempre considerado como tal.

—Yo no establezco diferencias de detalles ni de matices—contestó el conde—; más el conjunto no revela que estés afligida. No puedo hacer que experimentes sentimiento, ni tampoco puedo penetrar en el santuario íntimo de tu alma; pero sí quiero que se salven las apariencias. Así, pues, deseo que cambies ese traje por otro más conveniente

M.E.C.D. 2016

—Ya comprenderás que el vestirme de nuevo será tarea muy larga—exclamó Alejandra, roja de despecho.

—Bueno, procuraré distraer a los invitados, y tendremos paciencia. Hace un momento no te preocupaba el que estuviesemos esperando.

El tono era breve, imperativo; no había más remedio que obedecer; pero Macha tuvo que pasar un mal rato y el antiguo espejo que había reflejado durante muchos años la fisonomía venerable de la digna princesa de Lipowski, pudo asombrarse al ver los relámpagos de cólera que lanzaban los bellos ojos de su nueva señora.

Pero al antiguo espejo le había llegado la última hora. Un espejillo de mano, con marco cincelado artísticamente, chocó, lanzado por la condesa, contra el antiguo espejo, que saltó roto en mil pedazo.

También el espejillo quedó destrozado en aquel trágico arranque de cólera, y Dimitri, supersticioso como verdadero aldeano ruso, murmuró al ver los numerosos fragmentos de cristal azogado:

—¡Dos espejos rotos el día de la comida de Pascua! ¡Indudablemente va a ocurrir aquí alguna desgracia!

El banquete, sin embargo, celebróse con tranquilidad.

El vaporoso traje de tul negro, adornado de azabaches brillantes—que como diamantes negros ponían de relive la blancura de su cutis y prestaban a sus pupilas nuevos fulgores—, consoló en parte a Alejandra del desengaño sufrido momentos antes. Vióse admirada, festejada, cortejada, adulada y presidió la ceremonia con gracia tan exquisita, que él conde lamentó la severidad de su lenguaje y, más aún tal vez, el haber omitido el regalo pascual que en los dos años anteriores ofreciera a su esposa.

En la Pascua última, la condesa encontró bajo su servilleta, al sentarse a la mesa, un reloj microscópico, obra maestra de joyería y de relojería, cubierto con una placa de cristal de roca. Era una maravilla, en la cual lo que menos valía era la orla de magníficos brillantes.

—Este año, nada—pensó Alejandra al desplegar la servilleta de tela satinada, prodigiosa labor de dibujo y de tejido, que representaba, en tamaño microscópico, una cacería a caballo.

—¡Nada!—pensaba en el mismo instante el conde de Woronzoff con profundo sentimiento—. ¡Pobre Alejandra! Ya la compensaré de esta omisión.

Adoptada esta resolución, mostróse amable con todos, sonriente, casi alegre. La conversación se animó mucho en el centro de la mesa.

En los extremos reinaba respetuoso silencio.

Allí tenían su sitio los individuos de la alta servidumbre: el intendente Isbileff, el ama de gobierno, Ana Moeskine, el administrador de la hacienda, y, en fin, todos los que estaban unidos por un sueldo al señor, sin convivir con los criados ni pertenecer a la categoría de éstos.

Después de la comida, mientras que el «samovar», cuidado por Ana Moeskine, hervía en un ángulo del salón, se habló de teatros.

—Señora condesa, ¿no cederá usted a la tentación de ir a Moscú, para asistir a la gran fiesta que va a celebrarse? —preguntó el señor Obrenowitch, digno propietario de los alrededores.

—¿De qué fiesta habla usted?—dijo Alejandra, con los ojos abrillantados por intenso fulgor.

—De una fiesta artística y musical, sin precedentes.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Petrow, el insigne cantante, festejará su quincuagésimo año de servicios como artista de la Opera rusa. Se pondrá en escena la obra de Glinka, «La vida por el Zar», y todo el mundo sabe la popularidad y las simpatías que ha conquistado Petrow interpretando el personaje histórico de Fussanina. El eminente cantante recibirá valiosos regalos. En fin, se habla de desengachar los caballos de su carruaje la noche de la celebración de sus «bodas de oro» con el teatro, y de conducirlo en triunfo, con música y antorchas, hasta su casa.

—Será, en efecto, un espectáculo soberbio—observó el veterano—. Pero si yo me impusiese la molestia de emprender una excursión artística, preferiría ir a San Petersburgo, para conocer el teatro Paulowski.

—¡Ah! ¡El nuevo teatro! —observó con expresión desdeñosa el hijo de uno de los más acaudalados propietarios del distrito—. Pero, ¿acude público a ese teatro?

—Creo que sí. Los Grandes Duques asistieron el día de la inauguración, y su ejemplo ha sido imitado por toda la alta sociedad de San Petersburgo.

Durante esta larga conversación la condesa se había dejado caer lánguidamente en un diván que se hallaba próximo.

—¡Dios mío!—pensaba—. ¡Qué insípidos charlatanes! ¡Qué injustificadas vanidades de hombres de mundo! Si estoy condenada a vivir entre esta sociedad provinciana, tengo por seguro que veré marchitarse mi juventud y mi belleza.

En el aquel mismo instante el conde de Woronzoff miraba atentamente a su esposa.

—¿Qué hay en el fondo de esos ojos? —se decía—. ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde comienza la ficción? Si estuviese yo equivocado, si supiese descubrir que es «sincera» y realmente capaz de arrepentirse... ¡la perdonaría con toda mi alma!

Pero aquella mirada, como la de Joconda, era un enigma indescifrable.

Sergio aproximóse a su esposa y le preguntó:

—¿Te encuentras fatigada, Alejandra?

—No, Sergio respondió la condesa, sonriendo.

—¿Estás aburrida quizá?

—¡Oh! En modo alguno. Cierto es que mi pensamiento se halla muy distante de los asuntos teatrales que aquí se discuten...

—Persevera en esos sentimientos, Alejandra — contestó el conde—, y si ella, si mi bien amada tía no perdona, otro te perdonará... tal vez.

—¡El perdón!—pensó Alejandra—. Yo tendré algo mejor que el perdón: ¡la venganza!

XXXIV

Durante los días que siguieron al banquete de Pascua, el conde cumplió fielmente el propósito que había formado.

Pasó más ratos en la casa, invitó a Alejandra a pasear en trineo, procuró amenizar las horas con música, con lecturas y con tertulias al amor de la lumbre.

Pero la vida del hogar, las distracciones familiares no se amoldaban al carácter de Alejandra. A pesar de sus esfuerzos hipócritas, no encajaba en aquel marco. No sabía ni podía interesarse por una obra literaria, por un asunto histórico o por una crítica de arte.

Y lo que era peor, nunca Sergio logró sorprender en Alejandra esos impulsos de generosa indignación contra el mal, de entusiasmo apasionado hacia el bien, que ponen temblores en la voz y humedad de llanto en los párpados.

Pero, fuera del torbellino mundano, en el cual se agitaba con encanto triunfador, Alejandra era una nulidad completa, y el conde, no obstante su buena voluntad y sus esfuerzos cotidianos, vióse obligado a reconocer la frivolidad y el escaso o ningún valor del cerebro y del corazón de aquella bellísima criatura a la cual rindiera culto fervoroso. No había podido elevarla hasta él, pero no estaba dispuesto a descender hasta ella.

Comenzó, pues, nuevamente a alejarse, a reanudar las cacerías, y a dejaria consagrada a las preocupaciones de trajes, adornos y vulgaridades elegantes que llenaban su vida.

¿Qué hacer durante las interminables veladas y durante los días más interminables aún?

La nieve continuaba cubriendo la tierra, y aquel blanco sudario entristecía los ojos de Alejandra, como imagen de un luto que nunca tendría término.

Hasta entonces, desde el día en que llegó a Rusia, la nieve había sido para ella el anuncio de una serie de diversiones, acaso más agradables para su carácter fogoso que los bailes y los espectáculos teatrales.

¡Hacía un mes que estaba lejos de las distracciones, de la sociedad, de la vida! ¡Hacía un mes que para recreo de la vista sólo tenía aquel paisaje siniestro, aquellos árboles negros semejantes a fantasmas, aquellas miserrimas «isbas», casi sepultadas bajo la nieve, con sus salvajes habitadores!

¡Oh! ¡Bien supo elegir su venganza el implacable señor y dueño! Haber condenado a su juventud a marchitarse en aquel destierro, como expiación de una falta muy leve!

Al pronunciar la palabra venganza, una oleada de sangre tiñó de rojo las pálidas mejillas de Alejandra.

XXXV

Al fin, el invierno se alejaba.

Cierto día, la condesa de Woronzoff abandonó por vez primera, a pie, el recinto de los jardines. Iba acompañada por Macha, y prestaba escasa atención a los animados relatos de su doncella favorita. Caminaba recogiéndose con la mano derecha los flotantes pliegues de la falda negra, mientras que con la izquierda balanceaba sobre su cabeza una sombrilla, con franja de seda, perfectamente inútil, dada la poca fuerza del pálido sol.

—¡Oh!—decía Macha—. Aseguro a la señora Condesa que es distraidísimo verlos en su campamento. Un carretón enorme, custodiado por dos perros de Crimea, que tienen aspecto feroz, guarda sus muebles y sus provisiones. Es de presumir que no les va mal en esta tierra, porque los ví comer un pato relleno, y ví que disponían con gran abundancia de leche cuajada y de «kwas».

—Esa gente estará llena de suciedad.

—Es muy posible; pero el color obscuro de su piel disimula la falta de limpieza; entre esos vagabundos hay figuras arrogantes, rostros bellísimos y ojos admirables. Nunca pude imaginar un cuadro semejante al de un campamento de bohemios. Una anciana vigilaba la marmita, en torno de la cual jugaban y se revolcaban niños y niñas, vestidos con oropeles y con trozos de telas de vivos colores. En distintas actitudes, hallábanse, tumbados en la hierba, hombres y mujeres; los hombres no dormían, por que tres o cuatro arrancaban sonidos estridentes de unos instrumentos semejantes a bandurrias. Estaba ofreciendo un concierto a su reina.

—¿Tienen reina esos bohemios? ¿La llegastes a ver?

—Aquella tarde, no; pero la ví al siguiente día. ¡Oh! Es una criatura muy bella, y posee el don de predecir a las personas lo que ha de ocurrirles. Mucho me alegraría de que la señora condesa se prestase a que esa mujer le dijese la buenaventura.

Alejandra se encogió de hombros.

—¿Te has vuelto loca? ¿Imaginas que voy a poner los pies en ese rincón inmundo?

—Pero la señora condesa no tiene necesidad de subir al carretón; además, los bohemios no lo permitirían, porque no reconocen más autoridad que la de su reina. Ahora bien: en mitad del campo, al aire libre, manteniéndose a distancia, no hay cuidado alguno.

—¿Por qué a distancia?

—Porque estando cerca de ellos, la señora condesa tendría que sufrir la molestia del humo, del tabaco, del olor del vino y de la comida—se pasan todo el día comiendo—y la vista de huesos roídos, de botellas rotas y de platos desportillados...

—¿Ese es—dijo la condesa, riéndose—el hermoso cuadro de que me hablabas? Mucho me asombra, Macha, que tú, que rehusas sentarte a comer con los rústicos de esta comarca, hayas tenido valor para acercarte a esa horda.

—Deseaba que me dijesen la buenaventura, y para lograrlo estaba dispuesta a cualquier sacrificio.

—Bueno, cuéntame, ¿qué te ha anunciado? ¿Que serás esposa de un príncipe, por lo menos?

—La señora condesa se burla—exclamó Macha algo picada—; no obstante, la señora condesa se asombraría si le repitiera lo que la bohemia me ha dicho acerca de mi señora.

Una sonrisa de incredulidad de Alejandra estimuló a Macha a ampliar su declaración.

—Usted—me dijo—está al servicio de la más bella señora del universo. Esa señora es un sol digno de iluminar al mundo.

—¡Ah! ¿De veras?—murmuró la condesa.

Su fisonomía se animó hasta el extremo de revelar vivísimo interés; pero al mismo tiempo su sonrisa orgullosa parecía decir:

—No es necesario ser gran adivinadora para efectuar semejante descubrimiento Para hablar así basta con haberme contemplado una vez.

—Y ¿dónde me ha visto esa criatura? —preguntó Alejandra.

—La reina Colomba, nunca ha tenido el honor de aproximarse a la señora condesa. Es la vez primera que llega a estas tierras y ha venido con sus súbditos— tal nombre da a los desharrapados individuos de su horda —única y exclusivamente para buscar ocasión de hablar con la señora condesa.

—¿De veras?—murmuró Alejandra, sonriendo desdeñosamente—. ¿Qué desea de mí?

—¡Aha! señora condesa—contestó Macha, bajando la voz—, esa mujer me ha revelado cosas muy sorprendentes. Me hubiera aterrado que alguien hubiese estado escuchándolas.

—¿Qué te dijo?

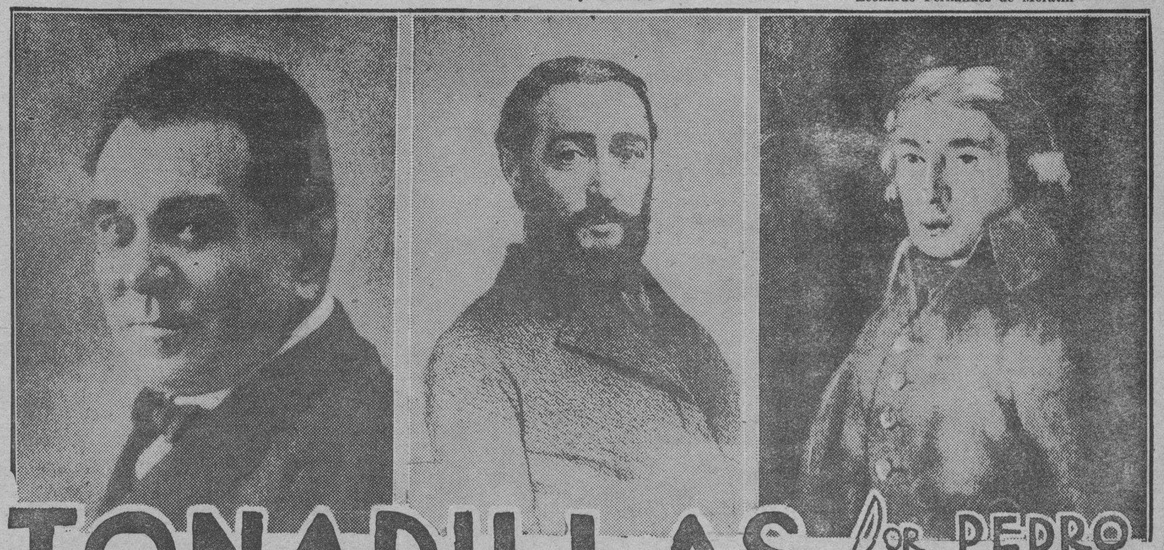
—Me dijo que el eclipse de este brillante sol—o sea de la señora condesa— no sería largo; que ella, la reina de los bohemios, tenía en sus manos la llave que abre todas las prisiones. Y me habló de un buitre de grandes alas que se cierne sobre la paloma cautiva...

—¡Cuantísimo disparate! Hija mía, esas son relaciones aprendidas de memoria. Los bohemios se les aplican al primero que se presenta. Todas las mujeres son palomas, y el buitre, que es símbolo de la desgracia, se halla siempre dispuesto a caer sobre nosotros.

CONTINUARA EL PROXIMO DOMINGO

M.E.C.D. 2016

El maestro Amadeo Vives — Francisco Asenjo Barbieri — Leonardo Fernández de Moratín



TONADILLAS

POR PEDRO MASSA

A bailar seguidillas
salió mi majo,
aunque son de la Mancha
no le mancharon.
Toma piñones,
que me gusta la gracia
con que los comes.

Seguidilla popular — Siglo XVIII

ESTA muy generalizada la creencia de que la tonadilla no fué otra cosa que una breve canción popular a una sola voz, que ponía fin a los sainetes y bailes que se interpolaban en las comedias durante la primera mitad del siglo XVIII. Esto es cierto a medias. Pues si bien no cabe dudar que por tonadilla se conoció aquella

canzoneta vulgar, breve y sencilla

de que habla Triarte en sus famosos endecasílabos, en elogio de la pieza lírica que nos ocupa, verdad es, asimismo, que el gracioso rótulo amparó también un espectáculo escénico, con valor y significación propios, desligado en absoluto de dramas y farsas, si bien serviales de entremés.

Esta amplitud y riqueza de partes originaron la tonadalla escénica propiamente dicha, llamada así por eruditos y musicólogos para diferenciarla de la canción suelta que ostentaba parejo apelativo.

A ella, a la tonadilla escénica, nos referiremos en esta nota, y no al parvo cantar de que se deriva, por considerarla uno de los frutos dramáticos más genuinos que alumbró el pueblo español, en un momento de su historia en que todo parecía conspirar contra la expresión artística de su genio.

Una simple ojeada sobre la vida en Madrid, en los años medios del siglo XVIII, nos dará, cabalmente, la razon y el porqué del nacimiento de la tonadilla escénica, precisamente en estos días y no en otros.

Música italiana; operismo y virtuosismo a todo pasto. Farinelli es el dueño y señor en tablados y salones de corte. Poco importa que su gran portector Felipe V haya bajado a la tumba. Fernando VI lo distingue con devoción.

Esto por lo que toca al panorama musical. La comedia y el drama están en manos de ingenios tan mediócres como Zamora, Cañizares, Candamo y Salazar, paradigmas insuperables de ramplonería inverosimilitud y exceso imitativo. Son los tiempos del «Sacrificio de Ifigenia», de Cañizares, detestable paráfrasis de la «Ifigenia» de Racine; los tiempos de la «Clemencia de Tito», de Metastasio, traducida por Luzán; los días deplorables de la Virtud vence al castigos, del capellán Tomás de Añorbe, absurda mescolanza de entremeses y falsedades, sin entronque alguno con el glorioso pasado del teatro español, tal que si la pluma que la forjara no llevara en sus puntos una brizna de las sales vernáculas.

Depravaciones y extravagancias de este porte, por fuerza tenían que sumir el gusto de las gentes en las simas de lo insípido.

Esta fué la precisa y providencial misión de la tonadilla escénica, en medio de la corrupción artística existente en España, en el momento de su nacimiento. Lo que iniciarán, con otro alcance y vigos, los Moratines, Iriarte y Cadalso con sus comedias, y rematará y consolidará don Ramón de la Cruz con sus sainetes.

Cabe al músico Luis Misón, renombrado flautista de la Capilla Real de Madrid, la gloria de haber lanzado la primera tonadilla escénica (fiestas del Corpus de 1757), que bien podría llevar por título «La mesonera y el gitano»», pues que desarrolla en ella una escena de amor entre una garrida moza de posada y un trotamundos.

Animado por el éxito resonante de esta pieza, el propio Misón compone una segunda para los días de Navidad de aquel mismo año, también a dúo, y no muy luego, lanza la tercera, ésta ya a tres voces, en la que toman parte María Hidalgo, Teresa Garrido y la Pacheco, comediantas de pro, a más de poseer una fina garganta y mucho salero para el baile.

No necesitó más el popular brote tonadillesco para cuajar en brillante espectáculo en los dos únicos teatros, a la sazón, en Madrid: el de la Cruz y el del Príncipe.

Bien pronto, acompañan a Misón en la elaboración de tonadillas compositores de tanto fuste como Manuel Pla, Antonio Guerrero, Pedro Aranaz y José Palomino. Pero la máxima gloria y el apogeo de la tonadilla estaban reservados a los ilustres músicos Pablo Esteve y Blas de Laserna, catalán el primero, y navarro el último, dándose una vez más el curioso fenómeno de que sean ingenios no madrileños los que mejor sirvan e interpreten el alma de Madrid.

Por centenares se contaron las tonadillas compuestas por estos dos autores, muchas de las cuales, por referirse a asuntos y episodios del día, no alcanzaron vida mayor, a diferencia de otras, verbigracia: «El pretendiente», de Esteve, y «El majo y la italiana fingida», de Laserna, cuyos donaires y jácaras hacen todavía las delicias de quienes las escuchan.

No faltaron, en medio de la calurosa aceptación que la tonadilla despierta en las gentes, voces agrias y destempladas que la hiriesen con los dardos de su diatriba. Don Leandro Fernández de Moratín, por ejemplo, arremete contra ella, en «La comedia nueva», de la manera más airada, y lo mismo hace Samaniego, éste, sin duda, por evidentes celillos y resentimientos contra Triarte, fabulista insigne, como él, y además tonadillero preclaro.

Enfrente de estas censuras, respetables, pero escasas, cabe oponer todo un ramillete de ditirambos, suscritos, igualmente, por plumas de la mayor solvencia. Beaumarchais y Rosini, Barbieri y Mitjana, Menéndez Pelayo y Cotarelo, elogian de lo lindo la tonadilla escénica, llegando a afirmar alguno de ellos que «las tonadillas ofrecen páginas de primer orden, no sólo por el color y la nota pintoresca, sino también por la profundidad de pensamiento y la fuerza expresiva».

Véase cómo una simple tonada, al remate del sainete o el entremés, va ganando cuerpo, desarrollo y sustancia, hasta convertirse en un género de positiva valía y significación, tanto que en él hay que buscar, sin disputa, la fuente originaria de la gran zarzuela española, no concibiéndose un Barbieri, un Chapí o un Vives sin la riquísima savia melódica que de la tonadilla y por la tonadilla les llega.

Arte plebeyo y soez la llamó alguien, fundándose en que la tonadilla no gozó nunca del favor de las clases privilegiadas ¿Cómo había de gozar de él, si en sus parolas, coplas y seguidillas está la sátira más acerba que cabe imaginar contra usías y madamas, agabachados hasta el tuétano y apestosos a remilgos de «incroyables» y «merveilleuses»? Bendigamos el rabioso españolismo de la tonadilla.

Algo ahora sobre su morfología. De tres partes constó la tonadilla en sus momentos de mayor auge, a saber: introducción, coplas y seguidillas. Servía la primera para pedir silencio al auditorio y anunciar el tema a representar, cuando éste no se deducía del título de la pieza. He aquí, como ejemplo, la introducción de la tonadilla. El cuento de una moza que se casó», de Esteve que nos descubre además ciertas costumbres del público de los corrales:

Oigan, señores, esta tonada... Todos atiendan. No haya algazara, y nadie diga mientras se canta

«¡Fuera sombreros!» «¡Callad, urracas!» No muevan bulla con los del agua, ni otras cositas que aquí se aguantan.

Las coplas desarrollaban ya el asunto de la tonadilla con la consiguiente interpolación de «parolas», o sea parte hablada sobre la música o sin ella.

Seguían a las coplas las seguidillas finales, que unas veces continuaban y otras no, el asunto desarrollado en la obra. Curiosas en extremo resultan las de «Los aguinaldos» de Laserna, sin anexo alguno, como se apreciará, con el tema general de la tonadilla, más de un gran valor como testimonio de lo exigente que era el público con el contenido de estas piezas. Decían así:

Raras veces se logra
con las tonadas
tener la complacencia
de todos grata.
Si tratan sobre el cortejo,
se quejan las cortejadas,
porque a ninguna le gusta
que en cara le echen las faltas
Si no tienen cascabel,
el patio con ellas rabia;
y si lo tienen, contra ellas
la luneta se levanta.
Las serias enfadan,
las alegres pican,
las de maja majan,
las de usía enfrían.
Más, sin embargo desto,
cuando ellas faltan,
falta de los teatros
la mejor salsa.
Esto no obstante,
padecen las tonadas
contrariedades.
Si son cortas, dicen todos
que en ellas no hallan sustancia,
y si tienen algún caso,
dicen que son muy pesadas.
También si hablan sobre el lujo
los palcos segundos chillan;
y si hablan sobre las viejas,
en la alcoba se amotinan...

En punto a seguidillas epilogales, la variedad era inmensa, hasta que al final del siglo surgió la «tirana», como final de la composición, reapareciendo la seguidilla muy de tarde en tarde y siempre en forma clásica.

Tipos y lugares de las tonadillas. Todo el Madrid majo y la riquísima variedad de personajes que lo puebla están en presencia o potencia en la intrincada selva del castizo género. Allí los bailes de candil y las casas de vecindonas; la Plaza Mayor y el Prado, el Avapiés y la Arganzuela; el Portillo de Gil Imón y los mesones de la Cava. Y en lugares tan ilustres de la manolería andante, el majo y el truhán, el baladrón y la petimetra, el torero y el cómico.

Mientras estos tipos nutrieron los entredós de la farsa, la tonadilla se mantuvo con espléndido verdor, y su influjo llegó al corazón de Europa, como lo atestigua el musicógrafo Burney que se deleitó en Munich, en 1770, oyendo al cantante Panzacchi «tonadillas españolas del más fino gusto y factura».

Más lo extranjero y relamido estaban al acecho para desvirtuar y corromper la entrañable vena española que la tonadilla representaba. Si antes fué el bolero el que arrinconó a la cavatina, ahora serán arias y rondós los que darán al traste con tiranas y polacas. Al desgarro genial de las majas, sustituirá el alambicado decir de italianizantes y circunspectos. La tonadilla se ensancha y cobra profusión de motivos — como señala con su gran autoridad en la materia el musicólogo español don José Subirá—, pero cuanto más se aleja de aquellas sus primitivas dimensiones, tanto más pierde en eficacia y españolismo

La invasión napoleónica presencia la agonía del género. Cuando el rey José toma el camino de Francia, ni un solo teatro peninsular rinde ya culto a las musas de Laserna y Valledor. La tonadilla se ha deshecho como terrón de sal en las aguas de lo exótico.

Los Conquistadores

LOVRIEN GREGORY & GLENN CHAFFIN

LOS EXPEDICIONARIOS POR FIN ABORDAN UN ENORME ANCÓN, ARRASTRADO POR CABALLOS DESDE LA ORILLA, QUE LOS CONDUCIRÁ HASTA LA CIUDAD DE BUFFALO POR EL CANAL DE ERIE. ES UN VIAJE LARGO, PERO SUEÑAN CON EL ORO EN LONTANANZA.

¡AY, SUSANITA, NO LLORES MÁS, NO LLORES MÁS QUE EN CALIFORNIA, QUE EN CALIFORNIA, ORO TENDRÁS, ORO TENDRÁS!

¿QUÉ TE PARECE ESA CANCIÓN? ¡ES LA CANCIÓN MÁS LINDA DEL MUNDO!

TODO EL MUNDO ESTÁ MUY CONTENTO. NO ME EXPLICO PORQUÉ LA CANCIÓN LE DICE A SUSANA QUE NO LLORE MÁS..

ES QUE LAS MUCHACHAS SIEMPRE ESTÁN LLORANDO POR ALGO.

¡BAH, NO TE ALABES TANTO! ¡LOS MUCHACHOS LLORAN TAMBIÉN Y TÚ TAMBIÉN LLORAS!

¡SUÉLTAME LA PIERNA, SUSANA! ¡NO PUEDO BAILAR SI ME AGARRAS POR LAS PIERNAS!

¡BÁJATE DE AHÍ, FRANK HIGGINS!

¡YA VES, ME HICISTE RESBALAR! ¡VETE DE AQUÍ!

¡JÉ, JÉ! ¡QUÉ CÓMICO TE VES! ¡TE DIJE QUE TE IBAS A CAER!

¡DÉJAME EN PAZ, SUSANA! ¡TE ADVERTÍ QUE TE MARCHARAS!

¡PERDÓNAME, FRANK! ¡MEJOR SERÁ QUE ME DEJES QUITARTE ESE TIZNE DE LA CARA!

¡CARAMBA, ME DUELE! ¡NO ME SAQUES EL PELLEJO! ¡AQUÍ VIENE ELMER!

¡ME HAN MANDADO QUE VAYA A TIERRA A VER SI ENCUENTRO LECHE! ¿QUIERES VENIR?

¿PARA QUÉ?

¡AQUÍ DEBE HABER VACAS COMO EN TODAS PARTES! TE ACOMPAÑARÉ, ELMER!

ENTONCES, YO TAMBIÉN IRÉ

¡MAMITA, DÉJAME IR CON LOS MUCHACHOS PARA DAR EL PASEO.

¡ESTÁ BIEN, NO LLORES! ¡TE DARÉ PERMISO!

¡FRANK Y ELMER ESPÉRENME!

¿A ESO LLAMAS CORRER? ¡DATE PRISA!

62.

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

Por OLIVARES KERSUSAN

PAVOS ACUÁTICOS

ESTAS AVES NO SON PAVOS, PERO LAS LLAMAN ASÍ EN EL TRÓPICO, TIENEN PARENTESCO CON LA ESPECIE DEL CORVEJÓN.

PUEDEN ALARGAR RÁPIDAMENTE EL PESCUEZO Y PILLAR CON SU AGUZADO PICO LAS PRESAS DE QUE SE ALIMENTAN.

AUNQUE MIDEN CASI TRES PIES DE LARGO, SE LANZAN AL AGUA Y SE SUMERGEN SIN HACER RUIDO, DEJANDO UN CÍRCULO DE ONDAS EN LA SUPERFICIE.

HABITAN DE PREFERENCIA EN LOS LUGARES PANTANOSOS, PARÁNDOSE SOBRE LAS RAMAS ALTAS DESDE DONDE ZAMBULLEN EN CASO DE ALARMA.

DEBAJO DEL AGUA NADAN CON FACILIDAD, DEVORANDO PECES A DIESTRA Y SINIESTRA.

LAS LLAMAN TAMBIÉN AVES-SERPIENTES PORQUE NADAN CON TODO EL CUERPO SUMERGIDO Y SOLAMENTE ASOMAN EL PESCUEZO SOBRE EL AGUA

EL PROFESOR CARIÑOSO

VISITA A HOLLYWOOD

SEÑORAS Y SEÑORES: CONTEMPLEN A LAS ESTRELLAS EN SUS HOGARES.

¡BAH YO QUIERO IRME A CASA!

¡VOTO A SANES! ¡ME GANO UN PREMIO DE UN VIAJE GRATIS A HOLLYWOOD Y YA EL CHICO ESTÁ PROTESTANDO!

¡NO TE ENFADES, POR DIOS! ES QUE EL VIAJE LO HA PUESTO NERVIOSO Y TIENE CATARRO.

¡SI LO HUBIERAS OBLIGADO A TOMAR LA MEDICINA QUE TRAJE, YA ESTARÍA BUENO!

¡VAMOS, JUAN! ¡BIEN SABES QUE EL CHICO ODIA ESA MEDICINA!

¡ESO ES, SIGUE CONSINTIÉNDOLO! ¡ME ECHARÁN A PERDER EL VIAJE!

¡VAYA, VAYA! ¿QUÉ HACEN VDS. EN HOLLYWOOD Y A QUÉ SE DEBE ESTA ALGARABÍA?

¡AH, PERO SI ES EL PROFESOR CARIÑOSO!

¡GRACIAS A DIOS, PROFESOR! EL CHICO ESTÁ INSOPORTABLE--

--Y JUAN DICE QUE SE DEBE A QUE NO LO OBLIGO A TOMAR UN LAXANTE QUE SABE MUY MAL

¡ESTO ESTÁ FUERA DE MODA! OBLIGAR A UN NIÑO A TOMAR UN LAXANTE QUE NO LE GUSTA, PUEDE HACERLE DAÑO.

¡PERO ES QUE ESTE NIÑO NECESITA UN LAXANTE EN SEGUIDA!

¡ENTONCES, HACER LO MODERNO! QUE TOME UN LAXANTE ESPECIALMENTE PREPARADO PARA LOS NIÑOS.

¡LA CASTORIA DE FLETCHER NO LE HACE DAÑO A LOS NIÑOS MÁS PEQUEÑOS. NO CONTIENE DROGAS NOCIVAS; NO CAUSA DOLORES, Y SU SABOR LE ENCANTA A LOS CHICOS!

¿DICE VD. QUE TIENE BUEN SABOR? ¡COMPREMOS UN FRASCO!

¡EL NENE HA GOZADO COMO NUNCA EN HOLLYWOOD!

SÍ, PERO NO NOS HUBIÉRAMOS DIVERTIDO TANTO SI EL PROFESOR NO NOS HABLA DE LA CASTORIA DE FLETCHER.

FÍJATE, A LA NENA TAMBIÉN LE GUSTA LA CASTORIA, Y LA NECESITA TANTO COMO TÚ.

CASTORIA

LA CASTORIA DE FLETCHER ES BUENA PARA TODOS LOS NIÑOS HASTA LOS 11 AÑOS. NO LE HARÁ DAÑO AL NIÑO DE SISTEMA MÁS DELICADO. PIDA EL FRASCO ECONÓMICO PARA LA FAMILIA.

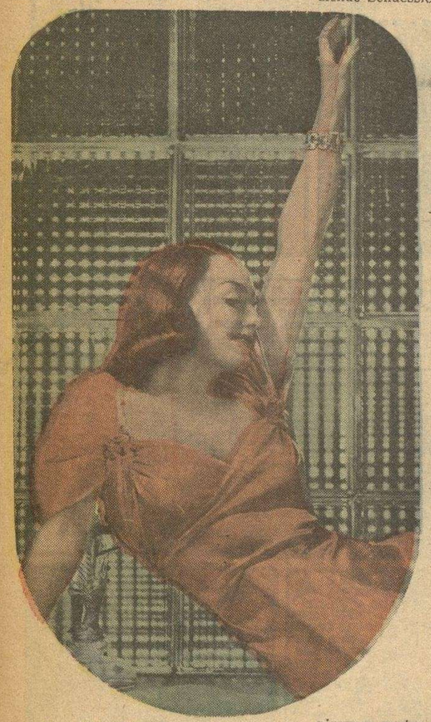
M.E.C.D. 2016

LA ESCASEZ DE GALANES

Por Ludovico Sierra

SENSACIONAL, pero auténtico. La industria cinemática está sufriendo una escasez de varones como jamás se ha conocido en la historia de Holywood. Innumerables agentes de las compañías han sido despachados a todos los países del mundo con instrucciones de atar de pies y manos y traer aquí a todo individuo bien parecido que tenga suficiente magnetismo para tipo de galán. A diario llegan los aspirantes por docenas aquí, pero son pocos los que llenan los requisitos de la pantalla y de consiguiente la demanda crece cada vez más.

Los estudios que son suficientemente afortunados y tienen en sus elencos un joven galán de primera categoría, lo miman como si se tratara de un tesoro ex-



Joan Crawford, la estrella que más galanes famosos ha iniciado en la pantalla.

traordinario. Los tipos de esta clase escasean en general, pero los de rango superior casi no se encuentran ni para remedio. Son estos los que llenan el vacío de Clark Gable, Robert Taylor y Tyrone Power en los elencos de todas las compañías, y si se contaran con los dedos de las manos de seguro que sobrarían muchos dedos en el cálculo.

La única manera que hay de conseguir varones para las películas de gran aliento es tomárselos prestados a las compañías filmadoras que tienen alguno, las que naturalmente exigen no sólo que el artista sea acompañado en la obra por una luminaria femenina de su misma calidad sino que cobran fabulosas cantidades por el "préstamo".

Cada vez que una mujer famosa del cine necesita hacer un papel de fuerza en alguna cinta donde un par de hombres se disputen su cariño, lo primero que exige es que escojan para el reparto galanes de su misma categoría. Los productores encuentran característicos, ingenuas y actores dramáticos a granel, pero en cuanto se les presenta el problema de buscar héroes románticos capaces de conmover al público ya eso es cosa que no saben cómo solucionar.

ESTARIAMOS dispuestos — dice el director de repartos de la Paramount, Fred Schuessler, — a contratar una docena de galanes si los encontráramos, pero desgraciadamente no aparecen por ninguna parte. Nadie imagina lo difícil que es hallar hombres buenos mozos, de físico perfecto, de carácter y que posean ese don intangible del atractivo— o lo que sea—que los hace triunfar inmediatamente. En Hollywood hay cientos de jóvenes bien parecidos, pero que carecen de ese magnetismo que constituye las cuatro quintas partes de un buen galán. Además, hay que tener talento junto con las otras cualidades que hemos anotado.

"En la escena legítima—continúa diciendo Schuessler—la escasez de varones es igual. Los productores de Broadway están pidiendo de continuo los servicios de galanes célebres para cuando éstos no estén filmando cintas. Sin embargo, no podemos complacerlos, porque los galanes de prestigio, que son muy pocos, siempre están ocupadísimos en la producción normal de la industria. Algunas veces descubrimos material de promesa en los teatros de aficionados, pero siempre los candidatos carecen de lo esencial, que es el elemento de atracción que hace de un hombre el tipo romántico ideal.

"Lo que a nosotros nos interesan son galanes que reúnan todos estos atributos y tengan vocación por el teatro. Individuos como Clark Gable o Spencer Tracy, que tengan algunas señales de arrugas en sus rostros, porque ya están en la etapa de los 30 a los 35 años, son sumamente interesantes para las mujeres. En otras palabras, hay tipos como Johnny Downs, que llenan los requisitos cabalmente, pero que nunca nadie los tomará nada más que como ingenuos en la pantalla."

En cambio, hay un gran número de artistas que no podrían descollar como actores en ninguna parte, y que sin embargo son muy populares por otros atributos. A éstos, aunque no realicen interpretaciones brillantes, hay que hacerlos figurar a menudo en los repartos, ya que son ellos los que atraen a las multitudes a la taquilla. Por otro lado, los directores de películas tienen que sujetarse estrictamente a los presupuestos aprobados para montar las obras y les es más fácil y económico filmar las cintas con artistas de experiencia y de nombre establecido, que ponerse a ensayar con jóvenes principiantes por más promesa que ofrezcan. Esto, aparte de que la publicidad necesaria para dar a conocer a los nuevos astros generalmente le cuesta al estudio de diez mil dólares para arriba.

COMO le sucede con frecuencia a las compañías productoras más conservadoras, la Paramount ha necesitado en varias ocasiones tomar "prestados" galanes a otros estudios. Para una película de Claudette Colbert se precisaban dos galanes. La Metro le facilitó los servicios de Robert Young. Entonces la Paramount le propuso a la Warner que le permitiera usar a George Brent y ella le traspasaría en cambio los servicios de George Raft. Warner no tenía ninguna obra apropiada para Raft y se lo subcontrató a la Metro. Surgió luego la dificultad de que Brent insistía en tomarse unas vacaciones y no deseaba hacer la cinta de la Paramount, de modo que para sacar del aprieto a esta compañía la Metro hubo de "prestarle"a Melvyn Douglas que estaba comprometido desde antes para trabajar con Marlene Dietrich en la cinta **Angel**. A no ser porque esta obra todavía tenía que demorarse algún tiempo, no hubiera sido posible efectuar la combinación.

No obstante los contratiempos citados y la escasez de varones de primera categoría, tenemos en la colonia artística de Hollywood un grupo reducido de mujeres célebres que parecen destinadas a iniciar a los galanes más populares en sus obras de debut. A la cabeza de estas luminarias que hacen el papel de hadas madrinas de los actores favoritos del público está la bella Joan Crawford, a quien le ha tocado iniciar en su carrera desde 1930 a doce artistas de primer cartel, entre ellos a su propio marido Franchot Tone.

Greta Garbo, asimismo, ha trabajado en ocho películas desde 1930, y en cada una de ellas ha tenido un galán distinto. Marlene Dietrich es una repetición de la Garbo: ocho galanes diferentes en ocho cintas en los últimos ocho años. La que parece haber batido el record en rapidez es Claudette Colbert que ha trabajado con siete diferentes en los últimos dos años.

La Paramount abriga grandes esperanzas con dos nuevos descubrimientos que hoy forman parte de sus elencos: el rubicundo Richard Denning y un mozo del tipo "avasallador" que se llama Jack Hubbard. Fred Schuessler, el encargado de formar los cuadros artísticos de la compañía, asegura que el actor argentino Georges Rigaud tiene "el acento latino con la atracción de Clark Gable y es un Mauricio Chevalier buen mozo". Lo encontraron por primera vez en un teatro de París y tan pronto le hicieron la prueba fotogénica lo contrataron. Los productores de la Paramount lo consideran un hallazgo excepcional y lo están reservando para presentarlo en una comedia ligera.

Los elencos de Warner Brothers cuentan con Wayne Morris, que ya este año pasado empezó a cosechar triunfos inu-**Campeón de Nacimiento.** Lloyd Bacon, el director que ha dirigido los pasos iniciales de Morris, está entrenando actualmente a otro galán llamado Willard Parker, y observando a otros cinco candidatos escogidos de diversos ramos, desde la radio hasta el periodismo.

Aun las grandes empresas cinemáticas como la Twentieth Century-Fox se ven apuradas para dar abasto a la demanda de primeros actores jóvenes. En vista de la escasez de varones, hay necesidad de hacer trabajar constantemente a los principales galanes del estudio. Don Ameche, por ejemplo, ha aparecido en 10 películas en los últimos dos años, mientras que Tyrone Power ha terminado ocho obras en menos de ese tiempo, aparte de las veces que ha sido prestado a otros estudios, como en la presente ocasión en que hace el papel estelar junto a Norma Shearer en la película **María Antonieta.**

Además de Power y Ameche, esta compañía cuenta con otros trece galanes menos notables, y con todo y eso en el 1937 tuvo que tomar prestados a William Powell, Robert Taylor, George Raft y Randolph Scott para completar sus repartos.

Samuel Goldwyn tiene bajo contrato a un número de galanes muy reducido mientras prepara a dos o tres jóvenes de promesa. Entre estos últimos merecen mención Jon Hall, el héroe de la película **El Huracán**; Jerome Cowan, que hizo el papel del Capitán Nagle en la misma cinta; David Niven, que ha resurgido con motivo de la filmación de **El Prisionero de Zenda**; y Joel McCrea, que es un valor positivo y de seguro éxito en la taquilla.

DESPUES de sufrir numerosos errores al rechazar a novicios que más tarde se convirtieron en figuras notables de la pantalla, la productora Metro, por conducto de su director de personal de los repartos, Billy Grady, consigue aumentar sus elencos con bastante acierto probando a los artistas descartados por otros estudios. Hoy día, esta empresa está desarrolllando una veintena de galanes desconocidos, mientras ejecuta sus laboriosos programas anuales con actores consagrados como Clark Gable, William Powell, Spencer Tracy, Robert Taylor, Alan Jones, Melvyn Douglas y Franchot Tone.

La Metro cree indispensable mantener una proporción grande de desconocidos aprendiendo las artes y la técnica del cine para el futuro. La habilidad de Billy Grady es cosa que no se discute, hasta el extremo de que la compañía lo ha autorizado a gastarse hasta 100,000 dólares en la preparación y presentación de los aspirantes de mayor promesa.

Este negocio—explica Grady—es como el del jugador. Mi trabajo consiste en adivinar lo que un artista puede llegar a ser en uno o dos años. Si acierto, el candidato puede hacer cuatro o cinco películas cada doce meses, y el estudio tiene probabilidades de ganarse de 200,000 dólares a un millón en cada obra".

Grady selecciona sus tipos por la personalidad que tengan, no por la apariencia. Siempre que posean ese don infalible de subyugar a las mujeres, los contrata aunque no sean buenos mozos, pues esto de embellecerlos es cosa que hacen a las mil maravillas los técnicos del maquillaje en Cinelandia.

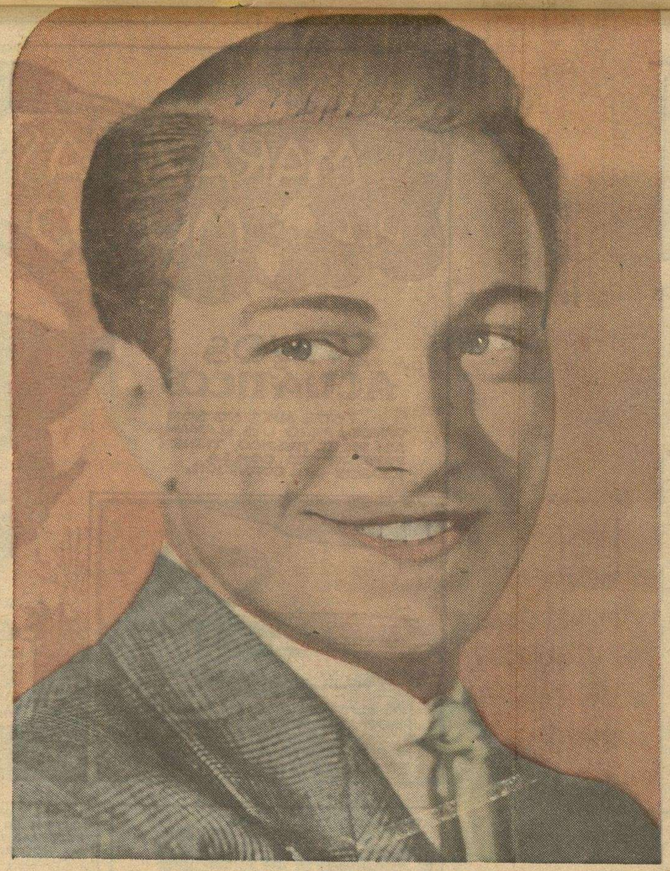
En una ocasión rechazó a una mujer que vino a solicitar puesto en la compañía. En cambio, le ofreció colocación inmediatamente al marido que la acompañaba. Era precisamente el tipo que le encanta a todos los públicos y que vuelve locas a las muchachas. Pero el afortunado no quiso aceptar el puesto y prefirió continuar trabajando de mecánico en una compañía proveedora de gas combustible.

DE MODO que todavía hay magníficas oportunidades para los muchachos buenos mozos que tengan aspiraciones artísticas.

Lo único que necesitan es tener, además de la figura, el "talento" y la personalidad. Aunque no debe olvidarse que Rodolfo Valentino no parecía lo que realmente era hasta que los peritos de Hollywood lo tomaron bajo sus cuidados. Poseía, sin embargo, las aptitudes naturales y esa cualidad especial — que nada tiene que ver con el buen parecido — que le permite a una persona hacer fotografías excelentes. La inteligencia de Valentino fué algo que se descubrió después, y hasta se pudo comprobar que consistía más de intuición dramática que de talento histriónico.

Con esto queremos decir que no se precisa ser un Drew o un Barrymore para llegar a ser un artista notable de la pantalla. Porque en el lienzo, la labor interpretativa es una cuestión de trabajo arduo, de ensayos infinitos y de aplicación. A diferencia de la escena legítima, donde el actor tiene que hacer su papel sin interrupciones, en una representación continuada, sin directores de escena, y necesariamente con un dominio absoluto de las emociones del público por medio de su genio y de su técnica.

HOLLYWOOD



Richard Denning, uno de los nuevos descubrimientos de la compañía Paramount.

Los productores de películas tienen en sus elencos toda clase de artistas—excepto galanes jóvenes con el tipo y la personalidad que seducen a las mujeres. Pero los quieren . . . ¡con figura y con talento!

Arriba, Claudette Colbert, que ha estrenado a siete galanes en dos años; abajo, Georges Rigaud, el argentino que es tan buen mozo como Gable y posee el magnetismo de Mauricio Chevalier.

M.E.C.D. 2016

ESTADO ESPAÑOL - MINISTERIO DEL INTERIOR - SECCIÓN DE HEMEROTECA NACIONAL DE PRENSA

DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 1 DE MAYO DE 1938

BLANCA NIEVE

LOS SIETE ENANITOS.—

POR WALT DISNEY

CREYÉNDOLA MUERTA, LOS ENANOS HACEN A BLANCA NIEVE UN HERMOSO FÉRETRO EN MEDIO DEL BOSQUE Y SE HINCAN FERVOROSAMENTE.

¡NO PUEDO CREER QUE ESTÉ M-M-MUERTA!

SÍ, AUN CONSERVA SU CARA DE ANGEL!

CABALGANDO POR EL BOSQUE EN BUSCA DE BLANCA NIEVE, EL PRÍNCIPE SE DETIENE DE PRONTO CON EL CORAZÓN HELADO.

¡ENCONTRÓ A SU AMADA; PERO, AL PARECER MUY TARDE...!

Copr. by Walt Disney Enterprises 1938 World rights reserved

BLAA

PERO BLANCA NIEVE NO ESTÁ MUERTA; ¡EL PRIMER BESO DE AMOR DESHACE EL MALEFICIO DE LA MANZANA ENVENENADA Y LA DESPIERTA DE SU SUEÑO.

¡VIVA! ¡NO ESTABA MUERTA!

¡ADIÓS Y GRACIAS POR TODO LO QUE HICIERON POR MÍ!

¡ADIOS, PRINCESA!

4-24

Copr. by Walt Disney Enterprises U.S. World rights reserved

¡EL PRINCIPE SE LLEVA A BLANCA NIEVE A SU CASTILLO EN LAS NUBES, EN DONDE VIVIERON MUY FELICES.

EL RATÓN MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

¡GUAU! ¡GUAU!

¡ATIZA! ¡HAY QUE VER LA ACTIVIDAD QUE DESPLIEGA TRIBILÍN!

¿QUÉ HACES, TRIBILÍN, Y A QUÉ TANTA ENERGÍA?

¿NO LO VES? HAGO UNA CERCA Y NO ESTOY PARA CONVERSACIÓN.

¡TODAVÍA NO ME EXPLICO EL MOTIVO DE TANTA PRISA!

¿¿POR QUÉ NO ME AYUDAS, EN VEZ DE PREGUNTAR TANTO?

¡ESTO SÍ QUE NO LO ENTIENDO!

¿HAS HECHO ALGUNA APUESTA CON ALGUIEN? ¡DIME!

¿O SERÁ QUE TE PIENSAS HACER DE MUCHAS AVES DE CORRAL?

¡EH, TRIBILÍN!

¡TE DIGO QUE NO ME MOLESTES!

Copr. by Walt Disney Enterprises World rights reserved

¡ES QUE SE ACABÓ LA MADERA!

¡LO QUE TEMÍA! ¡MAL RAYO!.... ¡TENÍA QUE FALTARME LA MADERA!

WALT DISNEY

¡Y YO QUE QUERÍA TERMINAR ANTES DE QUE SE ME ACABARA!

4-34

M.E.C.D. 2016

WONG-LO

BRANDON WALSH

Registered U. S. Patent Office.

LOS AMOTINADOS DEL "DELFÍN" HAN INGRESADO A LA "HERMANDAD DEL HIERRO", UNA BANDA DE ASESINOS CAPITANEADA POR UN GIGANTE QUE VISTE ARMADURA MEDIEVAL Y QUE EJERCE SOBRE ELLOS UN PODER HIPNÓTICO. ÉSTE, AL ENTERARSE DE QUE WONG, TOMÁS Y CARLITOS HAN DESCUBIERTO UNA MINA DE ORO, ORDENA LA CAPTURA DE NUESTROS AMIGOS.

¡CHALECOS A PRUEBA DE BALAS Y COLLARES DE ACERO! ¡ME SIENTO CONVERTIDO EN UN ACORAZADO!

¡SI ESOS PIRATAS QUIEREN SECUESTRARNOS, TODAS LAS PRECAUCIONES SON POCAS!

¡ESTA HUMIL'LE PELSONA CLEE QUE MAS VALE UN POL SI ACASO QUE UN QUIEN LO HUBIELA PENSALO. ¡GATO ESCALDALO HUYE HASTA DEL AGUA FRIA!

¡ES UN HOMBRE DE HIERRO!

¿QUÉ ANDARÁ HACIENDO SOLO A LA LUZ DE LA LUNA?

¡LEPLIMAN SUS BIEN MOLULALAS VOCES! ¡SE HA LICHO AL PELIGLO CON TIENTO Y AL LEMELO CON TIEMPO!

¡EL CAPITÁN SE VA A PONER FURIOSO AL VERNOS VENIR CON LAS MANOS VACÍAS!

¡EL HIPÓCRITA DE WONG LO ES MAS ASTUTO QUE EL DIABLO!

¡SILENCIO! ¡YA SABEN EL CASTIGO QUE DOY A LOS QUE FRACASAN!

¡EH! ¿QUÉ RUIDO ES ESE?

¡VENDEREMOS CARAS NUESTRAS VIDAS!

¡LEFLENA TUS HONOLABLES ÍMPETUS! ¡UN SILBATO LE PLATA NO PUELE ACALLAL A CIEN TLOMPAS LE BLONCE!

¡FUEGO! ¡QUE SE NOS ESCAPA!

¡UN SABIO PUELE SENTALSE SOBLE UN HOLMIGUELO; PELO NO TALDALÁ EN LEVANTALSE!

4-24

N. AFONSAY

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

¡LOS CHALECOS A PRUEBA DE BALAS NOS HAN SALVADO LA VIDA!

¡EN LETLAS LE OLO ESTÁ, ESCLITO QUE MÁS VALE PLECAVEL QUE TENEL QUE LEMELIAL!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office.

By Brandon Walsh

NO TE APURES, CLARITA. TU PADRE SANARÁ PRONTO DE SU ENFERMEDAD. ENTONCES PODRÁ TRABAJAR Y TE COMPRARÁ ROPA NUEVA Y COSAS BONITAS.

¡DICE MAMÁ QUE NO SABE QUE HABRÍA SIDO DE NOSOTROS SI NO FUERA POR TI Y LA SEÑORA DE MARTÍN! ¡QUE DIOS SE LOS PAGUE!

¡LA SEÑORA DE MARTÍN SI QUE ES UNA SANTA!

¡UF! ¡QUÉ ASCO! ¿NO HABRÁ MANERA DE EVITAR ESE ESPECTÁCULO DE NIÑOS HARAPOSOS EN LA CALLE MAYOR LOS DOMINGOS?

¡TIENES RAZÓN, MACLOVIA! ¡LOS TURISTAS QUE PASAN POR AQUÍ Y VEN TANTA MUESTRA DE MISERIA, SE VAN A FORMAR UNA IDEA MUY POBRE DE NUESTRA CULTURA!

¡ES QUE ESA GENTUZA NO TIENE ORGULLO CÍVICO! ¡PARECE QUE GOZAN EN EXHIBIR SUS ANDRAJOS ANTE LOS FORASTEROS, PARA MANIFESTAR SU DESPRECIO POR LAS CLASES SUPERIORES!

QUIZÁS YO PEQUE DE SENTIMENTAL; PERO MI JUICIO ES MÁS CARITATIVO. ATRIBUYO LA CONDUCTA DE ESOS NIÑOS A LA IGNORANCIA DE SUS PADRES, QUE NO HAN SABIDO EDUCARLOS BIEN.

CLARITA, ESTOY ENVOLVIENDO ALGUNAS COSITAS PARA TUS PADRES; PERO TEMO QUE EL PAQUETE SEA DEMASIADO GRANDE PARA QUE PUEDAS LLEVARLO TÚ.

SI USTED HACE DOS PAQUETES, YO PUEDO LLEVAR UNO, SEÑORA.

¡PERO YO VIVO TAN LEJOS DE AQUÍ, ANITA!

¡OH, ANITA, UNO DE TUS VESTIDOS, PARA MÍ!

A MÍ ME QUEDABA CHICO; PERO YO SOY MÁS GRANDE QUE TÚ.

¡QUÉ BUENA ERES, ANITA!

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

4-24

M.E.C.D. 2016

MODESTO RIZOS

Registered U. S. Patent Office

YO VIVO MUY CERCA DE AQUÍ.

BUENO. VAMOS A COMPRAR UNAS COSITAS.

¡PERO, SARITA! ¿EN DÓNDE HAS ESTADO Y QUIÉN ES ESTE SEÑOR?

¡ÉL NOS AYUDARÁ A ENCONTRAR A PAPÁ!

¡SOY REPORTERO DE "EL CAÑÓN," SEÑORA!

EL ANUNCIO QUE USTEDES HICIERON PUBLICAR EN NUESTRO DIARIO DESPERTÓ LA CURIOSIDAD DEL JEFE DE REDACCIÓN.

¿SÍ? YO LO ESCRIBÍ Y SARITA LO LLEVÓ AL PERIÓDICO. ELLA NO TENÍA DINERO; PERO USTEDES TUVIERON LA AMABILIDAD DE PUBLICARLO.

HACE UN MES, MI MARIDO SALIÓ POR LA MAÑANA A TRABAJAR, COMO DE COSTUMBRE. DESDE ENTONCES, NO SABEMOS NADA DE ÉL Y NO NOS QUEDA YA NI UN CENTAVO.

HIZO USTED UN BUEN TRABAJO, MODESTO, ENCONTRANDO A LA MADRE DE SARITA.

PERO ME VA A SER DIFÍCIL ENCONTRAR AL PADRE DE LA CHIQUILLA.

PUES SÍ, SARGENTO.. EL DESAPARECIDO SE LLAMA CARLOS BELTRÁN. TIENE 35 AÑOS DE EDAD, ESTATURA, 1,80 METROS, OJOS GRISES, PELO NEGRO. USA LENTES Y LLEVABA TRAJE OSCURO.

LO SIENTO, RIZOS. AQUÍ NO HAY NINGÚN DETENIDO DE ESA DESCRIPCIÓN.

¿ESTÁ SEGURA DE QUE AQUÍ NO HAY NINGÚN PACIENTE QUE SE LLAME BELTRÁN?

EL DIRECTOR ME DICE QUE NO, SEÑOR.

HOSPITAL

AQUÍ NO HAY NADIE DE ESE APELLIDO, JOVEN.

HOTEL AMERICA PRECIOS

¡HÁGAME EL FAVOR DE VER SU REGISTRO DE UN MES A ESTA PARTE!

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

VEO QUE AUN NO HA ENCONTRADO UNA PISTA, SEÑOR.

NO, SEÑORA; PERO NO SE DESANIME. LO SEGUIREMOS BUSCANDO HASTA DAR CON ÉL.

POR LA TARDE

¡CONTINUARÁ

LYMAN YOUNG

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

By Lyman Young

COMO LES DECÍA, MIENTRAS YO PREPARABA LA COMIDA, KANEY SE LIBRÓ DE LAS ATADURAS Y ME ATACÓ.

¿Y USTED LO HIRIÓ DE UN BALAZO EN LA PIERNA IZQUIERDA ANTES DE QUE SE ESCAPARA?

¡AGUILUCHO! ¡ESE TÍO A QUIEN DIMOS DE COMER Y BEBER, ERA KANEY!

¡SÍ, Y NOS HABÍAN MANDADO PARA QUE LO LLEVÁRAMOS AL CUARTEL GENERAL! ¡VAS A PERDER TUS GALONES, PEPE!

¡LA HERIDA NO LO HABRÁ DEJADO CAMINAR MUY LEJOS!

¡TODAVÍA PODEMOS ATRAPAR A ESE CRIMINAL, CABO!

¡LO HEMOS BUSCADO TODO EL DÍA.. Y NADA!

AGUILUCHO Y YO VOLVEREMOS AL CUARTEL GENERAL PARA DAR CUENTA; EL CORONEL ORGANIZARÁ UNA BATIDA.

ME HERÍ ACCIDENTALMENTE MIENTRAS CAZABA.. Y..

¿Y NECESITA USTED LA PRIMERA CURA? BUENO, AMIGO, LO LLEVARÉ DONDE EL SARGENTO GATES.

ENTRETANTO, UN DESCONOCIDO LLEGA AL CUARTEL DE LOS COLONIALES.

¡MUCHAS GRACIAS, SARGENTO!.. OIGA.. ¿TIENE ALGÚN CABALLO QUE ME PUEDA VENDER?

SÍ, EN LA REMONTA HAY ALGUNOS CABALLOS VIEJOS QUE LE PODEMOS VENDER BARATOS. AHORA LE HARÁ FALTA UNO.

¡OH! ¡ME DUELE TENER QUE DAR PARTE AL SARGENTO DE..!

¡PEPE! ¡AH! VIENE NUESTRO HOMBRE!

¡LE HA CAMBIADO LA SUERTE, AMIGO!

¡Y DE QUÉ MANERA!

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

MI SARGENTO, USTED NOS MANDÓ A DONDE EL SOLDADO KRONER EN BUSCA DE ESTE BANDIDO. ¡AQUÍ LO TIENE!

¿QUIEREN DECIR QUE ESTE ES..? ¡AH, SÍ!.. ¡MUY BIEN, MUCHACHOS!

LYMAN YOUNG

M.E.C.D. 2016

SUPLEMENTO CÓMICO

DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO CÓMICO

BOMBIN
by C.D.RUSSELL
Registered U. S. Patent Office

¡DIABLOS! ¡NO PUEDO SEGUIR ASÍ! TENGO QUE CONSEGUIRME UN PAR DE ZAPOS. ¡ESTOY CON EL PIE EN EL SUELO!

PODRÍA IR A LA BENEFICENCIA A PEDIRLES UN PAR DE ZAPATOS; PERO MI DIGNIDAD NO ME LO PERMITE.

¡Y ADEMÁS, SON MUY CAPACES DE PONERME A TRABAJAR!

¡MIAU-U!

4-24

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

C.D.RUSSELL

PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

¡OH! ¡MIRA! ¡UN CIRCO! ¡ME DUELE TENER QUE PERDERLO; PERO ESTAMOS EN LA INOPIA!

¡BAH! ¡PARA ENTRAR Y VERLO, BASTA CON ACARREAR UNOS CUANTOS CUBOS DE AGUA PARA LOS ELEFANTES!

¡BUENOS DÍAS, JEFE! ¿QUIERE QUE DEMOS DE BEBER A LOS ELEFANTES?

NO TENGO INCONVENIENTE.

¡PUES SÍ QUE TIENEN SEO!

¡LA ABSORBEN COMO ESPONJAS!

¡COMPADRE! ¡NO PUEDO MÁS! ¡ESTOY RENDIDO!

¡LES HEMOS DADO AGUA COMO PARA PONER A FLOTE UN ACORAZADO, JEFE! ¿QUIERE OBSEQUIARNOS UN PAR DE ENTRADAS PARA ESTA NOCHE?

LO HARÍA DE BUENA GANA...

...PERO HOY NOS MARCHAMOS. ANOCHE FUE NUESTRA ÚLTIMA FUNCIÓN AQUÍ.

4-24

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

C.D.RUSSELL

M.E.C.D. 2016